

VANNY FERRUFINO



LA
PRIMA
DEL
IZCONDE

LIBERTINOS ENAMORADOS 45

© 2020 Vanny Ferrufino. Todos los derechos reservados.

La prima del vizconde.

Edición: Kenfers Pérez.

Todos los derechos están reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo del autor.

“No decaigas, toda lucha tiene su recompensa.”

Agradecimientos

A ti, por darte el tiempo para leer mis historias y ser paciente a la hora de esperar cada una de las entregas.

Sinopsis

Para toda la población londinense: los vizcondes de Portman tienen el matrimonio perfecto que se basa en el respeto y se rige por la cordialidad, lo que cualquier noble espera de una unión por conveniencia.

Lo que nadie sabe es que dicha unión jamás fue consumada por la falta de atracción física del vizconde de Portman hacia su reciente esposa, quien por voluntad propia decide autoexiliarse en el campo para no seguir siendo la burla de toda la bendita e hipócrita sociedad, haciéndole la vida mucho más sencilla.

Sin embargo, lo que Lucien Pierce nunca esperó: es que su esposa regresaría después de dos años a la ciudad con la clara intención de hacerle la vida imposible al pretender tener un amante en sus propias narices.

Guiado por un terrible instinto de posesividad, Lucien tendrá que evitar que Seraphina ceda su cuerpo a otro hombre que no sea él.

Prólogo

Londres, Hampshire, 1833.

Seraphina Aldrich, hija de los respetables duques de Kent, todavía no podía creer que Aline Anderson se hubiera escapado con el duque de Blandes a Gretna Green sin atreverse a contarle nada; es decir, ¡eran mejores amigas!

¿Dónde quedaba su confianza?

Gruñó con enojo y nuevamente dio una patada en el suelo como si fuera una niña berrinchuda. Odiaba estar en el campo y la imprudencia de su amiga, provocó que la fiesta de esa noche se cancelara y todos se retiraran a sus aposentos lo antes posible, por lo que se encontraba condenadamente aburrida buscando algún libro que pudiera distraerla.

Su vida era tan aburrida...

Jamás tuvo una aventura amorosa y no precisamente porque no quisiera, sino porque su belleza no se ajustaba a lo que los hombres de su entorno podrían considerar como: admirable. Tenía sobrepeso y si bien su cara era bonita, seguía siendo redonda; y como si fuera poco, su comportamiento era inadecuado y mal visto por muchas personas sólo porque decía lo que pensaba en voz alta y no se andaba con hipocresías como todos esperaban.

Todo era muy injusto.

Si bien sólo tenía veinte años, en el fondo sabía que si no hacía algo pronto, sería consagrada como una solterona y eso era algo que no quería para su futuro. Siempre quiso casarse porque sentía que las mujeres casadas tenían mayor libertad que las damas solteras; se movían con mayor soltura, hacían compras con mayor independencia, se vestían con prendas mucho más hermosas que las suyas e iban a eventos sociales sin necesidad de pedir permiso.

Eso era lo que Seraphina quería y si tenía que aceptar un matrimonio por conveniencia para obtenerlo, lo haría.

—No es común verla tan callada, milady.

Rodó los ojos con aburrimiento al escuchar la voz del hombre que repudiaba con cada fibra de su ser y se mantuvo serena como si no hubiera escuchado nada. El vizconde de Portman era el individuo más narcisista, grosero, egoísta y fascinantemente hermoso que tuvo la desdicha de conocer, dado que se creía con el derecho de criticar y humillar a las personas que carecían de belleza física.

Como ella; por ejemplo.

Su relación con el apuesto pelinegro nunca fue la mejor ni la sería, por lo que Seraphina hizo de cuenta que él no existía en aquel momento y tomó un libro al azar para huir a su alcoba. Estaba con su ropa de dormir, prendas muy impropias para encontrarse a solas con un hombre tan perverso como él; aunque... No era como si el vizconde fuera a tocarla.

Según las palabras del noble: ella era simplemente desagradable a la vista.

Presionó sus manos en dos puños al recordar sus palabras; era un malnacido.

—No sea grosera, lady Aldrich —espetó con rapidez, plantándose frente a la puerta para bloquearle el camino.

¿Qué diantres...?

—No sea ridículo y hágase a un lado, Portman —bramó con enojo, no estaba para sus chistes pesados y no era la hora ni el momento para tener un encontronazo con él, suficiente tenía con la cancelación de la fiesta como para que él le generase otro disgusto.

—Llevo una semana intentando hablar con usted —comentó con diversión, observando su atuendo de soslayo. Claro, jamás se daría el tiempo necesario para detallar su horrible cuerpo—. ¿No cree que merezco unos minutos de su tiempo? Me he esforzado para coincidir con us...

—No merece ni un segundo, así que hágame el favor y apártese.

El semblante frío y distante que siempre recibió por parte del vizconde se dibujó en sus firmes facciones y evitó titubear por el rotundo cambio que se instaló en el ambiente, ahora la tensión era palpable y él no se veía tan amigable como hace unos segundos.

—Al menos sea lo suficientemente amable, y educada —añadió severamente—, y reciba la copa de vino que serví para usted —masticó sus palabras, indicándole con un movimiento de cabeza hacia la pequeña mesa redonda de mármol que estaba en uno de los laterales de la estancia.

¿Cuánto tiempo llevaba en la biblioteca?

La garganta se le cerró y por un momento sintió que corría un gran peligro. Ladeó la cabeza, él jamás sería una amenaza, podría ser grosero y narcisista, pero violento o malintencionado jamás, lo más probable era que sólo quisiera jugar con ella para entretener su aburrida estadía en la fiesta campestre de la marquesa de Winchester.

Y no la dejaría en paz hasta conseguirlo.

—Bien —respondió ofuscada y se dirigió hacia la mesa para beber el líquido rojizo de un solo trago y acabar con todo de una vez por todas.

—Cátese conmigo —dijo de sopetón y Seraphina abrió los ojos de par en par, mirándolo con incredulidad.

Si lo hubiera dicho hace unos segundos, habría escupido todo el contenido de su copa.

—¿Está bebido, milord? —inquirió con preocupación, no era común que Portman dijera una estupidez de ese calibre tan fácilmente. Era un hombre frío y calculador, sus palabras siempre estaban lo suficientemente bien pensadas como para meter la pata de esa manera.

—No —farfulló y al ver que se acercaba peligrosamente hacia ella, retrocedió.

—Entonces mi respuesta será un: no.

Él paró en seco y sin verlo venir le arrebató el libro de las manos y empezó a revisar sus páginas.

—¿Por qué no? —inquirió con indiferencia, como si no hubiera rechazado su propuesta matrimonial, y ella sonrió con sorna.

El poco respeto que se tenían hacia que una conversación entre ellos fuera bastante fluida.

—¿Todavía lo pregunta?

—Sí.

—Lo detesto, todo en usted es... desquiciante.

—Creí que diría perfecto —comentó como si realmente fuera una posibilidad y enarcó su oscura y poblada ceja por lo que sea que estuviera mirando—. ¿Lee libros eróticos por las noches?

—¿Qué? —Se alarmó—. No, claro que no.

Él le indicó el libro con diversión.

—Lo tomé al azar por su culpa, no esperaba su llegada —se justificó atropelladamente con las

mejillas sonrojadas, ¡ella no leía ese tipo de cosas!

O tal vez lo hacía de vez en cuando, pero ese era su secreto y Portman no tenía por qué enterarse de ello.

—Sí, claro —bufó, dejando el libro junto a la copa de vino vacía—. ¿Por qué no admite que desea sentir placer en vez de mentirme? ¿No le enseñaron que las damas no deben decir mentiras?

Puso las manos en jarras, pero ¿quién se creía? Si bien su situación era humillante, no era algo de lo que estuviera dispuesta a hablar precisamente con él, por lo que se mantuvo serena y seria para demostrarle lo poco que le afectaban sus palabras. Ellos no eran amigos, el único medio que los llevó a conocerse fueron los encontronazos que él provocó en el pasado, no le permitiría meterse en sus asuntos personales, menos en los íntimos.

—Si eso es todo por hoy, me retiro.

Lo pasó de largo, haciendo de cuenta que en esa habitación no ocurrió nada de suma relevancia, pero antes de llegar a la puerta sintió como todo a su alrededor se movía y su visión se nubló levemente. Paró en seco y agradeció que él la abrazara por detrás para brindarle mayor estabilidad.

¿Qué le sucedía?

De pronto un calor extraño se alojó en su entrepierna y la garganta se le secó, tenía mucha sed y se sentía caliente, su cuerpo quemaba por dentro.

—¿Se encuentra bien, milady? —inquirió la voz rasposa y baja del vizconde de Portman y negó con rapidez.

—Quiero ir a mi alcoba.

Era el único lugar donde se sentiría segura, necesitaba su cama.

Su cuerpo vibró al sentir como la amplia mano del vizconde se deslizaba por su vientre bajo y arqueó la espalda al no ser capaz de rechazar su contacto. Su cuerpo requería de esa caricia y se lo confirmó cuando su centro palpitó y se humedeció inmediatamente.

—Ah... —jadeó, viendo como sus manos acunaban sus generosos senos con descaro.

Eso no estaba bien, pero no entendía por qué su cuerpo clamaba por esas atenciones. Si bien siempre soñó con recibir placer, el protagonista de sus sueños nunca fue Lucien Pierce. Gimió abrumada por el cómo él restregaba su dura virilidad contra su trasero y sacó fuerza de donde no la tenía para implementar distancia.

—No lo deseo —confesó con torpeza, volviéndose hacia él. Se sentía débil, apenas y podía captar la silueta de Portman frente a ella—. No confunda mi malestar con deseo porque le doy mi palabra de que usted es la última persona que yo desearía entre mis piernas.

La sensación de su espalda estrellándose contra la puerta no fue nada en comparación al estruendoso ruido que su puño provocó contra el roble, tomándola por sorpresa. Intentó luchar, gritar para que alguien la escuchara y pudiera ayudarla, pero sus labios fueron sellados por los del vizconde, obligándola a mantener silencio.

Dios santo, eran las dos de la mañana, nadie la oiría aunque ella chillara como posesa allí mismo. Ni siquiera tenía la energía necesaria para empujarlo por el pecho y forcejear con él, quien la rodeaba por la cintura con desmedida posesividad y enterraba su lengua en su boca sin permiso alguno.

El aire empezó a faltarle y sintiéndose indefensa, dejó que su cuerpo se rindiera y la oscuridad la invadiera. Por más que le hubiera gustado estar despierta para saber qué ocurriría con ella, no pudo conseguirlo; así que sólo le hizo frente al hecho de despertar desnuda en su cama, con las

sábanas manchadas de sangre y el vizconde de Portman junto a ella sin una prenda encima, mientras que su madre, la abuela del noble y la anfitriona de la fiesta jadeaban horrorizadas por la inapropiada escena que estaba protagonizando.

¿Qué fue lo que le hizo?, ¿cómo pudo hacerle algo así?

Ni siquiera recordaba cómo llegaron allí.

—¿Qué pasó? —La voz de su hermano mayor llegó a sus oídos y la sangre se le congeló por la vergüenza.

No comprendía qué fue lo que le ocurrió la noche anterior, ¿por qué se sintió tan mal?, ¿qué la llevó a desvanecerse en la biblioteca? Era una mujer muy sana, nunca antes le había sucedido algo así.

Recordó la copa de vino que él le pidió que bebiera y la comprensión la golpeó con fuerza, provocando que algo en su interior se rompiera en mil pedazos. Aferró las sábanas contra sus pechos desnudos, como si así pudiera sentirse menos ultrajada, y la siguiente afirmación hizo que su mundo se viniera abajo.

—Ellos deben casarse, es la única forma de evitar el escándalo.

Lady Victoria Pierce no podía obligarla a hacer algo así, ¿no cuando su nieto abusó de ella! Las mujeres se hicieron a un lado, dejando que su hermano apareciera en su campo de visión, y con lágrimas en los ojos negó con rapidez mientras intentaba cubrir su desnudez con las sábanas.

Ella no hizo nada, por primera vez en su vida ella no hizo nada para meterse en problemas.

El jadeo de su cuñada no la ayudó a sentirse mejor y nuevamente miró por el rabillo del ojo la tela ensangrentada, ¿cómo podría esconder algo así de ellos?

No quería casarse con el vizconde de Portman.

Pero en ese momento, ya no había marcha atrás y en cuestión de una semana se convirtió en su esposa, brindándole todo el acceso libre hacia su dote; lo único que a él parecía importarle.

Capítulo 1

—Si tú no eres capaz de respetarme en público, ellos tampoco lo harán —bramó con rabia, exigiéndole que pusiera un alto a las duras burlas de sus amigos, y Portman le dio una larga calada a su puro, ignorándola.

—Ellos no hicieron nada. —Le restó importancia, como solía hacerlo cada vez que ella le reclamaba algo.

—Me insultaron. —Evitó que la voz se le quebrara, si bien ella había aceptado que su cuerpo era diferente al de las demás damas, odiaba que la molestasen por ello.

—No siento que hayan dicho alguna mentira —espetó despectivamente, evaluándola con la mirada—. Si no piensas bajar de peso, ve acostumbrándote a esos tratos.

Eso sobrepasaba el límite de cinismo que Seraphina podía soportar, en su vida se había sentido tan humillada y ultrajada por una persona. Ese hombre era la peor paria que pudo conocer, maldita la hora que se puso en su camino arruinándole la existencia.

No llevaban ni un mes de casados y quería salir huyendo de...

¿Cómo no lo pensó antes?!

—Quiero irme —soltó de pronto, comprendiendo que cualquier lugar sería mejor que la casa de su esposo.

—¿De verdad? —Enarcó una ceja con diversión—. He de confesar que creí que nunca lo pedirías. Tengo muchas casas en el campo, elige la que tú más quieras.

—Eres un malnacido. —Le importó muy poco que la mirara con ira contenida, no era ninguna mentira—. Te aprovechaste de mí para robarme mi dote, era lo único que te interesaba la noche que me violaste, ¿verdad?

—No me digas que llegaste a dudarlo —expresó mordazmente, con desprecio—. No seas patética, Seraphina, nunca te toqué, sólo recree la escena adecuada para que todos pensarán que te desvirgué.

Por unos segundos olvidó cómo se respiraba y abrió los ojos de hito a hito, sintiendo un terrible nudo en la garganta.

¿Seguía siendo pura?

—¿Por qué? —La visión se le cristalizó y pudo jurar que él se le rio en la cara.

—Porque mi abuela lo dijo: si no me casaba contigo no heredaría su fortuna, así que es una lástima que te hubieras metido en mi camino.

—Per...

—Elige a qué casa quieres irte y avísame ni bien lo sepas, yo también necesito que te largues para recuperar mi espacio; estás llegando a asfixiarme.

¿Aún era doncella?, ¿él nunca se aprovechó de ella?

—¿Nuestro matrimonio no está consumado?

—Ciertamente.

—¿Y qué pasará con el heredero?

Portman se quedó en silencio por varios segundos, mirando unos papeles que estaban en su

escritorio, y luego espetó:

—Tienes el permiso de hacerlo con quien se te venga en gana, porque yo no pienso tocarte.

Recordando el último encuentro que tuvo con su marido hace dos años, Seraphina dejó de revisar el libro de cuentas de Las garras de Lucifer y se incorporó con parsimonia de su lujoso sillón para caminar por su despacho.

Para todos, ella se encontraba en un autoexilio en el campo; sin embargo, la única verdad era que después de tener esa conversación con su esposo, Seraphina acudió al único hombre que podría ayudarla: su hermano mayor, el marqués de Sutherland, quien al escuchar su versión de los hechos se había sentido tan encolerizado que a poco estuvo de ir a matar al vizconde de Portman con sus propias manos.

Por suerte, su esposa lo hizo entrar en razón y entre ellos idearon el plan perfecto para que Seraphina nunca fuera sometida a la voluntad de un mal marido, creando así: Las garras de Lucifer, un club que portaba los mismos lujos que Triunfo o derrota, pero iba dirigido para la población burgués que ni siquiera podía soñar con entrar a dicho club.

Ese era su hogar.

Llevaba viviendo dos años en la lujosa construcción y prácticamente era la dueña y señora del club; no obstante, no podía ignorar que los dueños de Triunfo o derrota eran sus socios y siempre vigilaban que todo marchara bien por esos lares sin revelar que ellos también poseían otro de los mejores clubes de la ciudad.

Su mellizo, Zachary, y ella se encargaban de la administración de Las garras de Lucifer bajo identidades falsas y un maravilloso disfraz que consistía en el anonimato. Nadie conocía al dueño del club y lo mejor para todos era que siguiera manteniéndose de aquella manera.

Era irónico que del otro lado de los altos muros de su club fuera el hazmerreír de la hipócrita población inglesa, cuando muchos burgueses deseaban su perdón y favor para no acabar en la ruina o en la cárcel de deudores. En Las garras de Lucifer era respetada y temida, pero por culpa de su inútil esposo que se mofaba de su aspecto físico en sus propias narices y cambiaba de amante cada fin de semana, en el exterior era el entretenimiento de muchas personas.

Seraphina sabía todo lo que sucedía en el exterior del club a pesar de estar enclaustrada en él; conocía la clase de amigos que tenía su esposo y justamente por eso, con ayuda de su hermano y amigos, se había encargado que todos fueran vetados de los mejores e incluso peores clubes de la ciudad.

Libertinos como ellos merecían un castigo divino y ella estaba dispuesta a dárselos, todos eran unas parias sedientos de poder y ella había caído por culpa de uno que ahora mismo no podía dejar de observar por el vidrio que le permitía conocer lo que estaba ocurriendo en su club.

Lucien Pierce era un fiasco de persona.

No le bastó con drogarla y hacer creer a su familia que habían copulado para arrebatarle su dote, sino que el muy inútil lo había perdido todo en el juego y ahora estaba endeudado hasta el cuello.

Era un libertino sin remedio y para empeorar su situación ni siquiera tenía suerte en el juego.

A veces se preguntaba si un ser todo poderoso le había dado ese hermoso rostro con la condición de que no podría darle alguna otra virtud más interesante.

Como la inteligencia; por ejemplo.

—¿Qué opinas? Su deuda es de cinco mil libras y durante estos años perdió toda tu dote, la cual equivale a veinte mil libras —espetó su mellizo, poniéndose junto a ella, y Seraphina sonrió

con malicia.

Al menos había recuperado su dote y gracias a su trabajo era diez veces más rica de lo que lo fue alguna vez. Ahora comprendía por qué su hermano y sus amigos se creían los dueños del mundo, ver a todos esos inútiles apostando en las mesas de juego reducía su esperanza sobre la humanidad.

—Dejemos que siga disfrutando de su pésima racha —respondió escuetamente, abanicándose con lentitud.

Cinco mil libras era muy poco dinero, Seraphina necesitaba que él le debiera más, necesitaba tenerlo acorralado para conseguir lo que llevaba anhelando desde hace dos años.

Miró a su mellizo por el rabillo del ojo y suspiró al ver que quería una explicación. Ambos habían acordado que cuando todo acabara, dejarían Londres para buscar las aventuras que en su niñez siempre habían narrado en sus más locos juegos.

—No entiendo por qué lo dejaste entrar, es un pésimo jugador y si yo fuera tú: me encargaría de mantenerlo al margen de los problemas.

Sonrió con sorna.

—¿No crees que mi esposo está lo suficientemente grandecito como para cuidarse por sí solo? Yo no soy su niñera, él es libre de elegir como perder su dinero.

—¿Qué es lo que pretenden? —exigió saber—. Sé que Connor te está ayudando, pero no logro comprender cuál es el fin de prestarle dinero a un hombre que sólo sabe perderlo.

No le dio una respuesta, en esa ocasión su mellizo tendría que usar la imaginación porque el plan que Seraphina tenía era únicamente suyo y de su hermano mayor, quien la apoyaba ciegamente y anhelaba tanto como ella la caída del presuntuoso vizconde de Portman.

—Milady. —Se volvió hacia su mayordomo y mano derecha—. Tiene visitas.

Se tensó y entornó los ojos, recelosa.

—¿Mis padres?

—No.

—¿Mi hermano?

—Lamento informarle que: no.

—¿Mi cuñada con los gemelos?

—Es lady Victoria Pierce.

La sangre se le congeló y su hermano se puso a la defensiva.

Nadie en Londres sabía que se resguardaba en Las garras de Lucifer, ¿cómo era posible que la anciana hubiera dado con ella? Eso era absurdo, lady Victoria ni siquiera frecuentaba esos lares.

—¿Le dijiste que estaba aquí?, ¿por qué no inventaste algo?

—Temo que lleva días espíándonos y conoce cada uno de sus movimientos, milady. Me informa que si no la recibe usted, traerá a su nieto para que al menos él tenga la dicha de ser recibido por su rebelde e ingeniosa esposa.

Maldición.

Lo menos que necesitaba era que Victoria Pierce se entrometiera en su camino. Estaba muy cerca de conseguir lo que quería.

—¿Qué harás? —Su mirada se encontró con la de Zachary, ambos sabían que no sería fácil lidiar con la anciana ahora que estaba al tanto de su secreto.

—Recibirla. —Algo de suma importancia tuvo que haberla llevado hasta allí.

Si bien se suponía que Seraphina debía estar en Wiltshire, la servidumbre de esa casa estaba controlada gracias a su hermano y la ayudaban a figurar entre los demás que así era, por lo que

eso significaba que Victoria sólo pudo haberse enterado de la verdad porque fue a buscarla hasta ese pueblo.

Ingresó a la estancia donde su abuela política aguardaba por ella y no dejó que las piernas le temblaran ante su marcada silueta junto a la ventada. Como era de esperarse, llevaba un costoso vestido hecho por madame Gale que gritaba a los cuatro vientos el recato de la mujer, su color era gris y sólo conseguía darle una imagen más sombría a su perfilado rostro y cabellos blancos. En un vestido como ese, Seraphina se habría sentido asfixiada, los cuellos altos nunca fueron lo suyo y el gran escote que portaba el suyo era un buen ejemplo para confirmarlo.

Al percatarse que Victoria Pierce la estaba estudiando con la mirada, levantó el mentón con altanería y no se dejó amedrantar por la respetable figura que tenía en frente.

—¿Qué estás haciendo con tu vida, muchacha? —preguntó con dureza, apoyándose en su costoso bastón que portaba un diamante en la parte superior.

—Vivirla —respondió con una sonrisa fingida y la damaladeó la cabeza, disconforme.

—¿Enclaustrada dentro de estas cuatro paredes?

Sus palabras le afectaron más de lo que hubiera querido porque ciertamente se sentía como un animal enjaulado, pero no lo exteriorizó. No estaba en condiciones de mostrarse débil y temerosa.

—Muy pronto saldré.

Si todo marchaba a la perfección, muy pronto podría dejar Londres e iniciar su anhelada aventura. Por más que ahora le gustase su trabajo, no era lo que ella quería para su futuro, Seraphina deseaba viajar, conocer gente y tener distintos amoríos. Deseaba tener un encuentro amoroso, pero era consciente de que si quería la anulación de su matrimonio con Lucien, debía mantenerse virgen.

Lo único que le quedaba era esperar que el idiota de su marido se endeudara hasta las narices para que ella pudiera extorsionarlo con una anulación a cambio de no enviarlo a la cárcel de deudores.

Aunque no negaría que la cárcel de deudores sonaba bastante aceptable. El narcisista de su esposo moriría sin un espejo a su alcance y en los calabozos dudaba que lo privilegiaran con uno.

—Vine a hacerle un trato, milady.

La sorpresa la golpeó con fuerza, pero se encargó de no exteriorizarla.

—¿Ah sí? —Enarcó una ceja con un deje burlón y Victoria tomó asiento en el sillón aterciopelado.

—Quiero un bisnieto, un heredero para el vizcondado, y si usted me lo entrega, pienso ayudarla a acabar con su matrimonio con mi nieto.

La piel se le erizó.

Desde pequeña le inculcaron que su deber, después de encontrar un buen esposo, era concebir al primogénito; pero cuando fue desposada, le llegó la dura realidad de no saberse deseada por su propio marido quien prefería saberla con otro antes que entre sus sábanas. Fue ahí cuando supo que no quería ser madre, que no deseaba embarazarse ni cumplir el deber que desde pequeña quisieron infundirle.

—Siento decirle que no será posible, como puede ver entre su nieto y yo existen muchos kilómetros de distancia —ironizó, haciendo referencia al hecho de que para todos ella estaba en Wiltshire.

—¿Cree que su plan de endeudar a mi nieto la ayudará a conseguir algo?

Cuadró los hombros, tensa por su pregunta.

Todo indicaba que sabía sobre el plan que tenía en mente.

—¿No lo cree bueno? —inquirió serena.

—Soy mucho más rica que su hermano, milady, puedo cubrir las deudas de mi nieto y comprar este club si lo deseo.

Consciente de que lo mejor sería bajar la guardia, Seraphina se sentó frente a la anciana dándole a entender que estaba dispuesta a negociar.

—¿Qué es lo que quiere, milady?

Durante los últimos dos años se acostumbró tanto a salirse con la suya, que ahora le molestaba mucho saberse en las manos de la anciana.

—Un bisnieto.

—Su nieto no va a tocarme, nunca consumamos nada y dudo que ahora sea diferente —confesó con frialdad, sorprendiendo a Victoria.

No dejaría que nadie supiera lo mucho que su rechazo llegó a herirla.

—¿Quiere decirme que la anulación sigue siendo una opción?

—Ciertamente. —Y ella quería utilizarla a su favor—. Él me dijo que podía buscarme al amante que quisiera y embarazarme, que reconocería al niño.

—¿Le dijo eso? —Por alguna extraña razón, su semblante se tornó más serio de lo normal.

Asintió, comprendía su enojo, era el linaje familiar el que estaba en juego.

—Entonces tómelo como amante y haga que reconozca a un bastardo.

La sangre se le congeló y la miró con incredulidad.

—¿Cómo?

—Sé que para todos: la señorita Rosemary es la amante del conde de Ross. La hermosa pelinegra que pocas veces camina por el club del brazo de lord Ross, ¿por qué no cambiar de amante, Rosemary?

Rosemary era la identidad falsa que utilizaba para merodear por el club de vez en cuando y ciertamente todos pensaban que era la amante de Ross, porque una de las condiciones de su hermano para que ella pudiera entrar al club: era haciéndolo bajo la protección del conde, quien muy amablemente se tomaba la molestia de ayudarla a ganarse el respeto de los burgueses, pero eso no quería decir que Rosemary pudiera atraer al narcisista vizconde de Portman.

Todo en ella estaba lejos de ser del agrado del pelinegro.

—Piénselo, dañaría el ego de Portman y se saldría con la suya, dejándolo con un hijo que supuestamente no es suyo. Él tendría que cargar toda una vida con el peso de que su esposa dejó bajo su cuidado a un bastardo.

Era una venganza maravillosa, pero había algo que no le gustaba. Tampoco era como si quisiera que su hijo recibiera los maltratos de su propio padre porque este pensara que era un bastardo.

—Si usted hace lo que le pido, financiaré su huida y me encargaré que tenga tanto dinero como para dos vidas.

Era una oferta tentadora, pero...

—Sólo si me promete que el niño será bien cuidado y no recibirá jamás ningún abuso físico ni psicológico por parte del vizconde.

Una vez que diera a luz cedería a su hijo para evitar generar lazos sentimentales con él, dado que eso podría provocar que cambiara de parecer y se sometiera a una vida conyugal con el cretino de su esposo; no obstante, eso no quería decir que no se aseguraría de dejarlo en buenas manos.

—Es un trato.

Asintió, aún no tenía idea de cómo haría para que Lucien Pierce aceptara acostarse con ella, pero si había algo que en esos últimos dos años había aprendido: era que para Seraphina Pierce no existían imposibles.

Capítulo 2

Deslizó la fina media de encaje por su esbelta pierna y como de costumbre puso dos dagas a la altura de la liga, siempre que bajaba al club le gustaba hacerlo con armas que pudieran serle de ayuda en caso de que algún pelele intentara sobrepasarse con ella.

Se acercó al espejo para darse una última apreciación y sonrió satisfecha al ver como el glorioso vestido color esmeralda se ajustaba a sus curvas. Madame Gale conocía sus gustos y los escotes profundos siempre serían su corte preferido, se podría decir que era la única amiga que tenía por ahora, conocía su situación y estaba decidida a diseñarle los mejores vestidos para la seducción.

La peluca color azabache contrastaba perfectamente con sus ojos color cielo y enarcó una oscura ceja por el gran cambio que el maquillaje conseguía causar en sus facciones. No le sorprendía que nadie la reconociera, cada vez que se ponía en la piel de Rosemary; Seraphina dejaba de existir.

Sujetó su abanico con maestría y pasó el lujoso accesorio por el nacimiento de sus senos. El guiar un club le enseñó ciertos trucos de seducción, pero debía confesar que nunca sintió la necesidad de implementarlos porque no le atraían los inútiles que perdían su dinero en tonterías.

Salió de su alcoba con paso resuelto y una enorme sonrisa se dibujó en su rostro al ver al conde de Ross aguardando por ella.

Zachary no se había mostrado muy animado con la idea de que ella volviera a salir al club, pero eso la tenía sin cuidado, ella era un alma libre.

—Milord.

El castaño de labios gruesos y mirada profunda esbozó una sonrisa perversa y la evaluó con pericia.

—Se ve maravillosa, milady.

—Rosemary —corrigió con coquetería y Ross le entregó el brazo.

Les tomó menos de tres minutos llegar al club y no le sorprendió ver el lugar repleto, sus chicas esa noche sacarían buenas ganancias si sabían cómo moverse. Manteniendo la política de Triunfo o derrota: en su club las cortesanas debían ser tratadas con respeto y no se aceptaban actos vandálicos en contra de las mujeres, eso permitía que se desplazaran por el establecimiento con los rostros sonrientes; confiadas de que nada malo les sucedería.

—Admito que me sorprendió su decisión de acercarse a su esposo —musitó Ross sólo para que ella escuchara y sonrió de lado.

Todo tenía una razón de ser y en este caso ella tenía mucho que ganar, si lady Victoria estaba de su parte, nada ni nadie salvaría al mequetrefe de su esposo de lo que le esperaba a continuación.

—Tengo mis razones.

—¿Deseos de venganza, quizá?

—Quizá.

—Sólo vaya con cuidado.

Ella asintió, percatándose de como más de un par de ojos se posaba sobre ellos.

Siempre era lo mismo, cada vez que visitaba el club del brazo de Ross se sentía malditamente observada. No lo comprendía, en un principio llegó a pensar que la habían reconocido, pero cuando un día su esposo se puso frente a ella y se limitó a saludarla con picardía, Seraphina pudo olvidarse de esa preocupación, por lo que al final llegó a la conclusión de que todo se debía a que el conde de Ross tenía una amante como ella; hermosa e inteligente.

—Jugaré con él —comentó el conde y ella asintió levemente, viendo cada vez más cercano el rostro de su marido—. Caballeros, ¿tienen un lugar para mí?

Por supuesto, la mayoría de los burgueses recibieron con entusiasmo al conde de Ross y le brindaron dos espacios, no todos los días uno tenía el honor de cruzar palabras con el noble; no obstante, Portman se mantuvo serio y los miró con dura frialdad.

Se veía molesto, ¿podría ser posible que hubiera vuelto a perder muchas libras?

—¿Qué te trae por aquí, Ross? —inquirió su esposo, mirándola de reojo.

Muchos creían que Ross asistía a Las garras de Lucifer sólo porque ella era su querida; sin embargo, era uno de los dueños y era normal que su hermano lo mandase para que viera que todo iba a la perfección, más cuando era el único soltero de los cuatro amigos.

—La mujer más hermosa de Gran Bretaña. —Besó su mano enguantada, usando toda su labia para cautivar a su público, y Seraphina sonrió abiertamente.

—Empecemos —soltó Portman con rudeza, ordenándole al lacayo que empezara a barajar las cartas.

—Yo también jugaré —dijo con voz melosa, haciéndola más aguda de lo normal, y los hombres no se sorprendieron por su participación en el juego.

Rosemary ya era muy conocida allí.

En lo que la noche transcurría y ella desplumaba a su marido, Seraphina pudo captar la desesperación que solía atrapararlo cuando iba perdiendo. No lo entendía, ¿por qué simplemente no paraba?

Como ella lo había ordenado, los préstamos que solicitó al club fueron aceptados y nuevamente se vio perdiendo.

Intercambió una rápida mirada con el conde de Ross y él se encargó de ponerle un alto al juego, evitando avergonzar todavía más a su esposo, quien furioso se puso de pie y se dirigió al salón de entretenimiento.

Tenía un carácter horrible.

—Iré tras él, necesito conversar con él.

—Te estaré esperando.

Como todos creían que era la amante del poderoso conde de Ross, nadie osaba en acercarse a ella o hacerle insinuación alguna. Se dirigió al salón de entretenimiento y desde la entrada pudo ver que estaba vacío, todos los hombres seguían jugando en lo que el espectáculo empezaba.

—No quiero que nadie entre —le dijo al lacayo que estaba a cargo de esa sección y el hombre asintió—. Sólo abrirás esta puerta cuando yo lo ordene. Si alguien quiere entrar dile que el show se canceló y envía a las bailarinas a las mesas.

—Como usted ordene.

Dándose una última mirada evaluó que su aspecto estuviera perfecto e ingresó al lugar escuchando como la puerta se cerraba tras de ella, estaba entrando a la boca del lobo por voluntad propia pero gracias a Dios en ese momento ella representaba a un león y no a un asustadizo conejito.

Sentado plácidamente en el lujoso sillón de la estancia, Portman no se percató de la nueva

visita hasta que su olor a rosas inundó sus fosas nasales. Miró sobre su hombro y Seraphina no supo qué sintió al ver que evaluaba su cuerpo con pericia y reposaba la vista en su amplio escote sin pudor alguno.

—¿Se le ofrece algo, querida? —inquirió con voz ronca, tensándole los músculos.

No le dio una respuesta y en vez de eso se deslizó escuetamente por la estancia hasta llegar frente a él.

—Ciertamente, milord —respondió con coquetería, abanicándose con maestría.

Él separó las piernas en su dirección, como si de pronto necesitara relajar el cuerpo, y ella lo inspeccionó con la mirada. Era un hombre muy atractivo, pero lastimosamente estaba podrido por dentro.

—¿Dónde dejaste a tu amante? No creo que al conde le haga mucha gracia que te encuentres conmigo a solas.

—No creo que usted represente un peligro para mí integridad física.

Él rompió en una ronca carcajada y volvió a clavar la vista en ella.

—¿Integridad? Quisiera saber cuál es el concepto que tiene de integridad una cortesana como usted.

Prefirió pasar por alto su grosero comentario y le sonrió con picardía.

—¿Ya se aburrió del juego?

Él se incorporó con parsimonia, mirándola de manera penetrante.

—Sí, ahora busco un juego más divertido. —Clavó la vista en sus senos y Seraphina contuvo el aliento e hizo aquello que jamás pensó que sería capaz de hacer en la vida.

—¿Podría divertirme con usted? —sugirió traviesamente, provocando la sorpresa en el semblante de Portman.

Él tragó con fuerza, mirándola con un deje de preocupación y luego miró hacia la puerta que ahora permanecía cerrada. Entró en un breve lapso de silencio y después de lo que le pareció una eternidad, ladeó la cabeza muy lentamente.

—Lo siento, pero usted tiene un amante que fácilmente podría quitarme la vida si se lo propone.

—Los hombres no van a duelo por sus amantes. —Empezó a preocuparse, tal y como lo había pensado, él no sentía ninguna atracción física hacia ella.

—Creo que prefiero no arriesgarme.

Le guiñó el ojo, como si de pronto hubiera recuperado el control de sus pensamientos, y la dejó totalmente sola en medio del salón de entretenimiento, igual de dolida como la última vez que se vieron como marido y mujer.

Empuñó sus manos a ambos lados de su cuerpo e inhaló con pesadez.

Si no sería por las buenas, lo haría por las malas.

Salió del club hecha furia y ni bien ingresó a su casa, el mayordomo apareció en su campo de visión, alarmado.

—Milady, ¿qué...?

—Quiero que lady Victoria esté aquí mañana a primera hora.

No descansaría hasta ver a Lucien Pierce arrastrándose por obtener aunque sea un poco de su atención, iba a conquistar a ese hombre y a enseñarle que el amor no surgía únicamente por el aspecto físico de una persona.

Lo haría suyo, lo enamoraría perdidamente y luego le rompería el corazón sin contemplación alguna.

Esa era su promesa.

Capítulo 3

No lo deseo. No confunda mi malestar con deseo porque le doy mi palabra de que usted es la última persona que yo desearía entre mis piernas.

Sin poder quitar esas malditas palabras de su cabeza, Lucien giró sobre su lugar con frustración y abrió los ojos al sentir la desagradable fragancia de su amante de turno.

Jamás olvidaría la noche que Seraphina lo rechazó, su estúpido comentario había generado que su ego se viniera abajo y se propusiera a sí mismo nunca tocarla para que algún día ella se diera cuenta de lo triste que sería no saberse deseada por él; no obstante, nunca esperó que la insensata se marchara y se olvidara de su existencia como si no fuera alguien importante en su vida.

¡Ella lo había abandonado!

Pero él la había dejado ir... Lucien pudo haberla retenido, incluso pudo haberla seducido y conquistar el corazón de la rubia de curvas irresistible, pero la política de Lucien consistía en no obligar a ninguna fémica a permanecer junto a él, que cualquier dama que merodeara a su alrededor debía hacerlo por voluntad propia y no porque un contrato matrimonial la atase.

Llevaba dos años sin saber de ella y siempre atormentaba sus recuerdos, más cuando la irresistible Rosemary decidía pasear por Las garras de Lucifer del brazo de su amante, el acaudalado conde de Ross.

¿Podría divertirme con usted?

Sí que podría divertirse con ella, estaba seguro de ello, pero siempre que estaba junto a la pelinegra la imagen de su esposa venía a su mente y la idea de que una noche con ella bastara para que decidiera ir por Seraphina a Wiltshire lo atormentaba.

Su matrimonio nunca se efectuó de buena manera, él no fue el mejor hombre después de su boda y vergonzosamente había perdido toda su dote en el juego y ahora estaba endeudado hasta el cuello.

Era un desastre y no quería que Seraphina lo supiera.

Ahora, hacer de Rosemary su amante era un riesgo que no pensaba correr; primero porque no tenía dinero para brindarle sus comodidades y segundo porque no pensaba ganarse la enemistad de Ross, suficiente tenía con Sutherland y Beaufort como para lidiar con otro socio del club Triunfo o derrota.

Se incorporó con disgusto y empezó a vestirse sin reparar un solo segundo en su amante.

Siempre pensó que las mujeres servían únicamente para brindar placer y ayudar a uno a desfogarse, pero últimamente le estaban resultando un dolor de cabeza y ninguna era capaz de hacerlo sentir complacido.

Llegó a su casa sin hacer mucho revuelo y se imaginó como sería su hogar si su esposa estuviera allí para hacerse cargo de todo.

¿Pacífico?; lo dudaba.

¿Divertido?; posiblemente.

No quería confesarlo pero extrañaba el espíritu entusiasta de Seraphina, incluso antes de ser marido y mujer ellos ya compartían disputas que si bien a veces eran un poco toscas, siempre

conseguían robarle más de una sonrisa.

Ella era única en su especie, fuerte y decidida; la única dama que tiempo atrás se atrevió a ponerle en su lugar.

Era una lástima que hubiera demostrado ser igual de ordinaria que todas las demás damitas respetables y hubiera huido a Wiltshire, puesto que él jamás se plantearía la idea de hacerle una visita a su mujer por más deseoso de poseerla que estuviera. Nunca debió decirle que el matrimonio no se consumó, lo mejor habría sido dejarla vivir en la ignorancia en cuanto al tema.

Miró la hora.

Eran las cuatro de la mañana.

Ese día tendría que hacerle una visita a Victoria, necesitaba cubrir la deuda que tenía con Las garras de Lucifer si no quería tener problemas con el dueño, su abuela siempre lo ayudaba con esos temas porque como toda dama respetable quería seguir teniendo el nombre del título en alto.

Su abuela era malditamente rica y por eso drogó a Seraphina para hacerla su esposa; porque si no era ella, Victoria no le heredaría nada cuando muriera.

Hecho que por cierto, hace dos años lo vio muy cercano y ahora cada vez más lejano.

La vitalidad de la anciana era admirable.

Se despertó a las tres de la tarde, ni siquiera compartió el almuerzo con su madre, por lo que algo confundido y cansando llamó a su ayuda cámara para que lo preparara para visitar a su abuela. Le hubiese encantado ir más temprano, pero su ajetreada vida nocturna lo tenía muy ocupado en lo que perdía dinero y gastaba su energía con viudas necesitadas que no fueran a cobrarle por sus favores.

Toda intención de ir donde su abuela se dilató cuando le dijeron que el conde de Devonshire estaba en el salón verde. Matt Gibbs era su compañero de juergas y al igual que él; disfrutaba de mujeres mientras ignoraba la existencia de su esposa.

—¿En qué puedo ayudarte? No es común que me visites a esta hora del día —dijo nada más entrar al salón.

Devonshire lo visitaba cuando estaban a minutos de ir por nuevas conquistas.

—Dado que Blandes se encuentra en una etapa de reconciliación con su esposa, aceptación en lo que su ceguera concierne y Grafton pasa la mayor parte del día con ellos, eres el único amigo que me queda —espetó con frialdad, generándole un escalofrío en la espina dorsal.

¿Por qué tenía que ser tan aterrador?

—¿Y para qué me necesitas?

—En una semana es el cumpleaños de mi hermana y quiero hacerle un regalo, tú sabes mucho de los temas que fémimas y obsequios respetan por lo que requiero de tu ayuda.

Enarcó una ceja, burlón.

Aún no comprendía como era que el castaño conseguía amantes, Devonshire era el tipo de hombre que jamás hacía un regalo, las únicas damas que se llevaban sus atenciones eran su madre y hermana.

—¿Harás una fiesta? —inquirió con curiosidad y el conde asintió.

—¿Crees que sea prudente? Si mal no recuerdo, tu esposa cumplió años hace poco y no hiciste nada. Es más, ni siquiera fue vista.

—No sabría decirte, no estoy al tanto de lo que ocurre con ella.

Pero vivían en la misma casa, el caso de lady Devonshire era muy distinto al de Seraphina. Incluso él le enviaba regalos de cumpleaños a su esposa.

—¿Está en Londres? —curioseó.

¿Y si todo era una mentira?, ¿y si lady Devonshire estaba exiliada en el campo?

—¿Me ayudarás o no?

Quizá podría aplazar un poco la mala noticia que tenía para Victoria, aún no le habían hecho el cobro en Las garras de Lucifer, por lo que no tenía por qué alarmarse o adelantarse. Con la noche de ayer había sumado otras miles de libras a su deuda, aunque esa suma no era nada para Victoria.

—De acuerdo.

El mejor regalo para una mujer como Laurine Gibbs era un hermoso y costoso collar de diamantes, no le cabía la menor duda de ello. La dama era toda una belleza que requería de riquezas en sus accesorios para presumir su poder ante las personas que quisieran destruirla por su ilegitimidad. Ser la bastarda de un conde no era algo ventajoso para una mujer y la clara prueba de ello era que la hermosa rubia seguía sin recibir una sola propuesta matrimonial.

Si no fuera porque su hermano era rico e influyente, ella ni siquiera pondría un pie dentro de un salón de baile.

Capítulo 4

Durante las siguientes tres semanas, Lucien se planteó constantemente la opción de tomar a Rosemary como su amante, dado que la descarada mujer había empezado a frecuentar el club y siempre le salía con diferentes insinuaciones que le estaban colmando los sentidos.

Incluso ahora, Lucien era incapaz de pensar con claridad mientras ella acariciaba su muslo con descaro mientras Ross y él se enfrentaban a un juego de mesa. Estaba nervioso, excitado y sorprendido por el descaro de la mujer, si Ross descubriera lo que estaba ocurriendo bajo la mesa: dejaría de brindarle su apoyo monetario a la pelinegra y buscaría vengarse de él, pero incluso así Lucien era incapaz de frenarla e impedir que palpara su duro miembro.

La deseaba... Maldita sea que quería entrar en esa mujer y complacer los apetitos sexuales que su esposa había dejado en él hace dos años.

Físicamente eran muy parecidas, o al menos eso creía él porque jamás vio a su esposa con un vestido tan provocativo como el que llevaba Rosemary.

Como milagro del día terminó ganando la ronda y tragó con fuerza cuando la mano femenina abandonó su verga y toda ella se inclinó hacia su amante.

Los celos lo carcomieron por dentro.

—No siempre se puede tener suerte —espetó el conde con una sonrisa ladina y Rosemary curvó sus labios con picardía.

—Quizá no es su noche.

—Si tú estás conmigo siempre será mi noche —respondió Ross y tomándolos a ambos por sorpresa, unió sus labios con suavidad.

La sangre empezó a hervirle y de pronto sintió la necesidad de tirar de Rosemary y poseerla ahí mismo, encima de la mesa. Ella lo deseaba a él y si aún no se lo decía era porque no tenía dinero para hacerla su querida.

Maldición, odiaba verla con Ross.

La pelinegra se apartó del contacto y su humor no mejoró al ver el rubor en sus mejillas. Bebió el contenido de su copa de whisky de un solo trago y su mirada se encontró con la del conde, quien prácticamente se mofaba en su cara.

Quiso abrir la boca para retirarse de la mesa sin sentirse tan humillado, pero la voz del encargado del club lo puso en tensión.

—Milord, el dueño desea verlo.

¡No! Lo menos que necesitaba era encontrarse con el misterioso dueño de Las garras de Lucifer, sabía que esa reunión tendría que ver con el cobro de los pagarés y eso implicaba que tendría que ir a ver a su abuela, pero no se sentía de humor para lidiar con un desconocido.

—No se detenga por nosotros, Portman —soltó el conde mientras se incorporaba junto a Rosemary—. Nosotros ya nos íbamos.

Y para empeorar su día ese imbécil retozaría con la mujer que él quería para él esa noche.

Disconforme con el último pensamiento que vagó por su mente, Lucien siguió al lacayo por oscuros pasillos y misteriosos pasadizos hasta llegar a una lujosa y amplia oficina en la parte

posterior del club.

Tomó asiento en uno de los lujosos sillones que estaban frente al escritorio y estudió el lugar con recelo. El lacayo no se había marchado, seguía ahí, vigilándolo. En el lugar sólo había una vitrina que contenía muchos folders y el escritorio con sus sillones en lo que el mobiliario respectaba; no obstante, lo que llamó su atención fue la gran puerta que estaba al lado derecho de la estancia justo en frente de la gran chimenea.

La puerta de la estancia se abrió y sintió una gran sorpresa al ver al conde de Hamilton allí, jamás se habría imaginado que el dueño del club fue...

—Antes que nada: no, no soy el dueño —le aclaró con una sonrisa burlona, sentándose frente a él.

A juzgar por los documentos que tenía en mano, seguramente era el...

—Soy el abogado del dueño.

Antes de heredar el título, Marcus Woodgate ejercía como un simple abogado. Ahora era un hombre casado y tenía un hijo de dos años, jamás se habría imaginado que estuviera metido en aquellos negocios; es decir, su hermosa esposa era rica.

—Supongo que quiere cobrarme.

—Tendrás una audiencia con él siempre y cuando firmes esto. —Le indicó unos papeles y confundido leyó el contenido.

Se pedía absoluta discreción en cuanto a la identidad del dueño de Las garras de Lucifer y por supuesto la labor del conde de Hamilton. En caso de incumplir con el término sería liquidado por un valor elevado a un cien por ciento de su deuda principal y enviado a la cárcel de deudores sin piedad alguna.

Firmó sin problema alguno, a él no le interesaba en absoluto quien era el dueño del club ni en qué ocupaba su tiempo Hamilton, sólo quería saber hasta cuánto tiempo podrían esperarlo para que pudiera conseguir el dinero de su deuda.

A Victoria no le haría mucha gracia saber que se había metido en un nuevo problema.

—Muy bien —espetó Hamilton—. Como no leíste el contrato en su totalidad, aquí dice que si aceptas la propuesta del dueño también debe existir confidencialidad en cuanto al tema y que estarás sometido a su voluntad.

Se rio sin humor alguno.

Nadie iba a someterlo a nada porque él pagaría su deuda.

—Perfecto. ¿Cuánto tiempo debo seguir esperando?

—Dale unos minutos —pidió Hamilton, levantando todo para retirarse—. Debes sentirte halagado, pocas veces está dispuesto a negociar. Él simplemente liquida a los jugadores como tú.

—¿Cómo yo? —Enarcó su oscura ceja, curioso.

—Libertinos que derrochan su fortuna en el juego.

—Sus clientes favoritos, querrás decir —respondió en tono mordaz y agradeció que el noble se largara antes de que su paciencia llegara a su fin.

En lo que esperaba al dichoso dueño del club, Lucien sacó su pequeño espejo de bolsillo y se garantizó de que su atuendo estuviera en perfecto estado. Con todo lo que pasó con Rosemary, no pudo detallar si se veía presentable.

—¿Qué te sucede, Ross?, ¿por qué hiciste eso? —exigió saber, exasperada, y el castaño de mirada oscura se encogió de hombros con indiferencia.

—Sólo te di una pequeña ayuda.

¿Ayuda?, ¡ella no necesitaba la ayuda de nadie para seducir a Lucien!

Al menos no en escena, dado que sus cortesanas tuvieron que darle un par de cursos para que supiera como seducirlo y volverlo loco.

—No quiero que esto se repita, esto no está bien.

Si bien sólo fue un simple beso, sentía que estaba traicionando la confianza de su hermano, Ross era uno de sus mejores amigos y jamás sería bien visto para él que ella se aprovechara de su confianza.

—Vamos, Seraphina —la llamó por su nombre de pila, mostrándose más relajado—. Sé lo que pretendes, sé cuáles son tus intenciones y quiero ayudarte a que todo salga según lo planeado.

Quizá sospechaba algo, pero él no podía saber lo que ella tenía pensado hacer. Ni siquiera Zachary lo sabía.

—¿Y por qué lo harías? —Se cruzó de brazos.

—Porque eres como una hermana para mí.

—Confórmate con proteger a tus hermanas y primas, yo puedo sola.

No le gustaba esa actitud sobreprotectora que poseía, ¡no todas las mujeres necesitaban de su ayuda!

—No pensabas así cuando entrabas de mi brazo al club para sentirte más protegida —jugó con ella, con toda la intención de provocarla, y lo consiguió.

—¡Pero eso es diferente! No te pedí que me besaras.

—Porque los besos no se piden, se roban.

—Igual, Portman es mi esposo y nos vio, si algún día...

—Él te es infiel, ¿por qué tú deberías respetarlo? ¿Acaso no te agradaría la idea de que supiera que todo este tiempo no estuviste tan sola como él lo pensaba? Si algún día tu secreto sale a la luz, él pensará que fuiste mi amante.

La piel se le erizó, por alguna extraña razón ese pensamiento no la reconfortaba. Ella pudo sentir el desagrado que el vizconde sintió cuando el conde la besó, todo hombre por instinto primitivo era celoso con lo suyo y si bien en un futuro gozaría de su enojo, no le daría mucho gusto que la condenara como adúltera.

—Tendrás una reunión con él ahora, ¿no es así?

Asintió, al final de cuentas Ross sólo intentaba ayudarla, no podía juzgarlo por un simple beso.

—¿Quieres saber qué lo pondrá muy molesto?

Lo miró con curiosidad, con el pasar de los días había descubierto que le encantaba borrar la sonrisa victoriosa con la que Portman solía jactarse la mayor parte del tiempo.

—¿Qué?

—Esto.

Sintió como su espalda impactaba contra la pared del oscuro pasillo y un gemido brotó de su garganta al sentir la rudeza con la que Ross tomó posesión de sus labios. Los chupó con ahínco, haciéndole sentir un picor sobre su cálida piel y mordió la piel enviándole oleadas de placer y dolor a su vientre bajo.

Nunca se sintió atraída por el conde, pero debía admitir que ese beso despertaría hasta a un muerto. Los gruesos labios hicieron de las suyas contra la suave piel de su boca y cuando la sintió latente, él se apartó con una sonrisa traviesa, observando sus labios.

—Ve, te aseguro que lo volverás loco.

Tragó con fuerza, sintiéndose abrumada.

No estaba segura si quería que su esposo la viera en esas condiciones. Su pulso latía a un ritmo desenfrenado y la humedad entre sus piernas era casi palpable, pero... él no notaría el estado en el que el beso de Ross la dejó con una simple mirada, eso era imposible.

Se alejó del conde, implementando una gran distancia, y con una breve despedida se encaminó hacia su despacho. A esas alturas Portman ya habría firmado el contrato que Hamilton le presentó y estaría aguardando por ella.

Dios santo... Le había pedido a Victoria que se mantuviera al margen de todo y esperaba que su esposo no quisiera acudir a su abuela para conseguir el dinero que debía al club; eso sólo complicaría las cosas.

Seraphina nunca descartaría la opción de que él no quisiera aceptar su propuesta. A veces el orgullo de Portman era inquebrantable.

Sin preocuparse por evaluar su aspecto, Seraphina ingresó a su despacho con el perfecto disfraz de Rosemary y con un movimiento de cabeza le pidió a su lacayo que la dejara a solas con el vizconde.

Él la obedeció y con un manejo de nervios avanzó cautamente hasta posicionarse unos pasos por delante del asiento del hombre, sintió una gran satisfacción por su semblante de incredulidad ante el nuevo descubrimiento.

—Debe ser una broma —bramó con enojo, incorporándose, y sin inmutarse ante su duro comportamiento tomó asiento tras su escritorio.

—No me gustan los juegos de mal gusto, milord —respondió con frialdad, invitándolo a sentarse con una simple mirada.

Él así lo hizo y Seraphina se removió inquieta al ver que tenía los ojos puestos sobre sus labios. Respingó cuando apretó la mandíbula, ¿qué diantres le ocurría?

—Lo mismo opino, Rosemary.

La desafió con la mirada, indicándole que lo que vendría a continuación sería una negociación bastante complicada.

—No eres afortunado en el juego —comentó con fingida indiferencia, desviando la mirada hacia el cajón de su escritorio para extraer los documentos donde se especificaba cuánto dinero le debía su esposo.

—Así parece.

Lo miró de reojo, ¿por qué se veía tan enojado?, ¿odiaba saber que era una mujer la que lo tenía bajo su dominio?

—Debe ocho mil novecientas libras. —Le entregó un resumen de sus deudas y él lo aceptó, pero no lo leyó, sino que hizo la hoja a un lado. Suspiró con frustración, habían cosas que nunca cambiarían y una de ellas era su mal genio—. ¿Cómo piensa pagarme, Portman?

—Con dinero.

Ante su estúpida respuesta, Seraphina se incorporó y manteniendo la calma rodeó su escritorio hasta ponerse junto a él, apoyando la cadera en el borde del macizo roble. Sonrió seductoramente, dejando atrás su papel de empresaria, y se inclinó sobre él, dándole una gran vista de la abertura de su escote.

—¿Y lo tienes? —Su voz fue suave y rasposa y le encantó verlo tragar con fuerza.

—Lo conseguiré a más tar...

—¿Por qué no hacemos una negociación más interesante? —Acarició su mentón con descaro y lo buscó con la mirada cuando atenazó su muñeca con precisión.

—¿Cuál?

—Sea mi amante durante un mes, sometiéndose a todos mis deseos, y olvidaré hasta el último penique de su deuda.

Un mes era el tiempo suficiente para terminar embarazada, no necesitaba más tiempo.

Capítulo 5

Sin poder contenerse a las tentadoras palabras de Rosemary, Lucien tomó impulso para tomar posesión de sus labios, pero ella fue lo suficientemente rápida como para apartarse y sonreírle con sorna por su intento fallido.

—¿A qué estaba jugando?; no tenía la menor idea, pero él no pensaba rechazar tal oferta.

Sin embargo...

—¿Qué me dice del conde de Ross?

—Pronto se irá de viaje, ya me informó sobre sus planes y decidimos terminar nuestro amorío.

—¿Eso explica el beso ardiente que recibió antes de venir a mí? —inquirió con los celos a flor de piel, no había que ser un genio para saber que ella estuvo retozando con el conde.

Sus palabras la sorprendieron y él casi quiso bufar ahí mismo, ¿es que no era consciente de su desastroso estado? No le sorprendería descubrir que bajo sus faldas la humedad ya estaba presente.

Ese pensamiento lo encolerizó.

—No hablaré de mis asuntos personales, ¿acepta o no mi oferta?

Sonrió con malicia.

—Acepto.

Lo menos que quería era tener que rogarle a Victoria por un poco de su ayuda y no podía negar que estaba deseoso de enterrarse en el cuerpo de Rosemary, ella le había pedido un mes y él estaba decidido a hacer de lo suyo una relación a largo plazo.

Algo en su interior le decía que era lo que necesitaba para encontrar por fin la satisfacción en su cuerpo.

—¿De verdad piensa someterse a mí, milord? —inquirió con un deje burlón, sacándolo de su ensoñación.

¿Someterse?

—Sí.

No era como si pudiera dar marcha atrás, él no era un cobarde y no había nada que esa ordinaria mujer pudiera hacerle en la cama. A decir verdad, él se encargaría de ponerle el mundo patas arriba desde su primera noche.

—Tendrá que venir cuando yo quiera.

—No es un problema.

—Hacer lo que yo quiera.

—Me parece.

—Todo sin objetar, prácticamente me convertiré en su ama.

El último comentario no le agradó, pero él sabía que tarde o temprano domaría a la fierecilla y sería ella quien suplicaría por más. Era parte de la vida, las mujeres eran débiles y tarde o temprano terminaban enamorándose.

Además, siendo realistas, él era muy guapo para fijarse en la tentadora Rosemary, por lo que ella terminaría fascinada con sus atenciones.

—Puedes firmar —le indicó un papel que estaba sobre el escritorio y sin leer el contenido, así lo hizo.

—Tenemos un trato, mi deuda por un mes siendo tu amante.

—No sabía que fuera un prostituto —se mofó de él, divirtiéndole de sobremanera, y Lucien sonrió abiertamente.

—Y yo no sabía que fuera una pequeña zorra aprovechada.

Ella no se mostró ofendida por su comentario y eso hizo que la deseara aún más, odiaba a las damitas remilgadas y algo le decía que ante él tenía a toda una fiera sexual que despertaría sus más bajas pasiones.

Rosemary tocó la campanilla que estaba sobre su escritorio y pronto el lacayo apareció nuevamente en su campo de visión, arruinándoles el momento.

No iba a despacharlo, ¿verdad?

—Puedes llevarlo.

¿Llevarlo a dónde? La miró con curiosidad, pidiéndole una explicación para su proceder, y ella se abanicó con parsimonia.

—Te daré alcance dentro de poco.

Asintió estoicamente y siguió al criado en silencio, meditando un poco sobre el acuerdo que hizo con la pelinegra. Lo cierto era que le parecía mejor arreglar por sí mismo sus problemas financieros si tenía la posibilidad de hacerlo, fue por eso que tampoco pensó mucho en su respuesta; no obstante, odiaba que ella creyera que tenía un poder especial sobre su persona cuando ciertamente no era así.

Él era un hombre libre de alma indomable.

Vio como el lacayo abría una puerta al final del pasillo e ingresó a la estancia con paso resuelto, encontrándose con una habitación de escasa iluminación. Barrió el lugar con la mirada y sonrió con satisfacción al ver la amplia cama donde pronto tendría a Rosemary tendida para él solo.

La puerta se cerró tras de él y con curiosidad merodeó por la habitación, observando que no había nada excepcional allí dentro.

Un gran maletín captó su atención y sin pudor o recato alguno lo abrió, tensándose levemente por las cadenas, esposas y diferentes artefactos de sumisión que estaban en él. Nunca le gustó practicar el sadismo en el sexo, pero si a ella le gustaba que la amarrasen o sometieran no se haría ningún problema con tal de complacerla.

Se imaginó a la pelinegra tendida en la cama, atada de pies y manos, mientras le robaba gemidos lastimeros, y la comisura de sus labios se elevó con deleite.

Como disfrutaría bajarle los humos a esa engreída.

Dios santo, era una locura, jamás pensó que el idiota de su marido aceptaría someterse sexualmente a ella con tanta facilidad, por un momento pensó que su orgullo y espíritu competitivo lo pondrían más testarudo en cuanto a su oferta.

No tenía la menor idea de lo que haría ahora.

Bueno, sí sabía lo que tenía que hacer pero no estaba segura si lo conseguiría.

Portman era físicamente atractivo y había sentido un leve placer al tocarlo e insinuársele durante esos días, pero no deseaba compartir su lecho.

Un bisnieto...

Recordó lo que Victoria quería y tragó con fuerza, no había marcha atrás, había hecho un trato con la anciana y la única manera de liberarse de las ataduras que la familia Pierce había puesto sobre ella era dándole lo que quería a Victoria.

Inhaló con pesadez cuando su doncella le puso su bata de seda sobre sus hombros y no muy conforme se encaminó hacia la alcoba que había hecho preparar para que pudiera consumir todo con su marido.

No podía retroceder ahora, por fin podría cobrar su revancha, algo que llevaba soñando desde hace más de un año. La cobardía nunca fue uno de sus defectos, siempre fue por sus ideales y en esta situación iba por mucho más.

No llamó a la puerta de la habitación e ingresó sin causar gran revuelo. Ella era la dueña de ese lugar y podría ingresar al cuarto que quisiera cuando se le diera la gana. Barrió el lugar con la mirada y se estremeció de la cabeza a los pies al ver a Portman sentado en la cama.

Ya no llevaba la levita, el chaleco ni el pañuelo. Los zapatos tampoco formaban parte de su vestuario y eso la puso en tensión.

Ella no sabía nada de hombres, pero esa noche actuaría como una cortesana experimentada, por lo que no podía mostrarse muy cohibida al respecto.

—Creí que nunca llegarías, querida —comentó con diversión, incorporándose de su lugar.

Seraphina ahogó un jadeo al ver cómo se quitaba la camisa por encima de la cabeza. Su torso era firme y tal y como lo había imaginado sus brazos delataban la fuerza que poseía, sabía que Portman se ejercitaba, solía cuidar mucho su aspecto físico, pero nunca se imaginó que sin ropa podría verse tan bien.

Se mordió el labio inferior con nerviosismo, odiaba cuando su cuerpo la traicionaba.

—Me gusta darme mi tiempo.

Aunque lo cierto era que estaba reconsiderando la situación, ya no estaba segura si perder su virginidad con su esposo seguía siendo una buena idea. Le hubiera encantado obtener la anulación de su matrimonio, pero Victoria tenía razón, si ella quería podría meterse de por medio y arruinar cada uno de sus planes que ideó para sabotear al pelinegro.

Lo mejor era tenerla de su lado.

—A mí no me gusta esperar. —Ejerció un tono más oscuro y avanzó peligrosamente hacia ella, pero lejos de retroceder Seraphina levantó el mentón con altanería.

—Pero estás aquí para hacer lo que yo quiera, ¿recuerdas?

Esa simple pregunta hizo que él se petrificara en su lugar y apretara la mandíbula con ira contenida. Sonrió satisfecha, al narcisista no le gustaba ser dominado y ella estaba amando el poder que tenía sobre él en aquel momento.

—Acabemos con esto de una vez por todas —masticó sus palabras, devorándola con la mirada y ella asintió.

Mientras más rápido acabaran con todo, mejor.

—Recuéstate —ordenó, haciéndolo respingar.

—¿Cómo?

—Que te echas te digo —se exasperó y no muy confiado se dirigió a la cama.

Rápidamente sujetó las esposas y las cintas que estaban en el maletín que lord Hamilton le cedió y se subió a la cama para arrodillarse junto a él.

—No sabía que te gustaba ser una sumisa —espetó el vizconde, mirando los accesorios con curiosidad.

Enarcó una ceja, divertida.

—No me gusta —soltó de pronto, haciendo que el hombre respingara.

Antes de que él pudiera hablar, lo empujó suavemente por el pecho y dejando que la tela de su salto se moviera hacia abajo, regalando una gran vista de sus voluptuosos pechos, sujetó una de las manos del vizconde y la llevó por encima de su cabeza para esposarla en el cabezal de la cama.

Perfecto, al final sí pudo mejorar su técnica.

—Pero ¿qué diantres? —bramó el pelinegro, tirando de su mano, y con una sonrisa traviesa Seraphina se encargó de esposar la otra de igual manera.

Él no podía tocarla, si se percataba de su peluca podría irle muy mal. Además, se había jurado a sí misma que nunca sería dominada por Portman y era un juramento que no pensaba romper.

—Firmó el contrato, milord, usted está sometido a mi voluntad y a mí me gusta así.

La miró con incredulidad, como si no pudiera creer que fuera a dejar sus manos fuera del juego. También tenía miedo al respecto, una de sus cortesanas le había explicado que los juegos previos al acto eran de suma importancia, más para ella que perdería la virtud esa noche, pero antes de arriesgarse a ser descubierta, Seraphina prefería encargarse ella misma de su cuerpo para prepararlo para el acto.

—Me cuesta imaginar al conde de Ross siendo sometido por usted —se mofó con malicia, robándole una ronca carcajada.

Como si existiera mujer capaz de controlar a ese hombre.

Debía admitir que Portman se acoplaba a la situación de una manera bastante agradable, aunque en algunos términos él no estuviera de acuerdo con su proceder, accedía a sus gustos sin protestar.

Se incorporó levemente sobre su lugar y empezó a abrirle los pantalones. Con las manos temblorosas lo despojó de las únicas prendas que lo cubrían y la boca se le hizo agua al ver su miembro levemente erecto.

La anatomía de los hombres siempre le pareció algo curiosa y más aún cuando las cortesanas del club le explicaron cómo debía desarrollarse la situación. Vio como el falo palpitaba y se elevaba un poco y lo buscó con la mirada.

—¿Por qué no le brindas un poco de amor, querida?

Una damita virginal se habría escandalizado, pero Seraphina sabía cómo eran los hombres con sus cortesanas y no solían ser muy corteses con ellas. Sus peticiones eran libidinosas y exigentes, jamás consideraban sus emociones o sentimientos, por lo que ese día decidió que no sería tan sencillo para él obtener lo que quería.

Prosiguió a atarle los pies con dos cintos de terciopelo rojo y disfrutó de la frustración del pelinegro por aquel hecho.

—Juro que no huiré en ningún momento, no es necesario que me ates y encadenes, cariño.

En realidad todo tenía una razón de ser, las cintas le ayudarían a ganar tiempo cuando le tocara huir en unos minutos.

—No tema, milord —susurró seductoramente mientras se subía a horcajadas sobre él y Lucien la miró con una intensidad aplastante que la hizo tiritar—. Sé perfectamente lo que estoy haciendo.

Era mentira, pero su instinto le decía que debía continuar.

Deslizó su bata de seda por sus hombros desnudos y sin desatar el cinto hizo que la tela colgara a la altura de su cintura, mientras sus generosos pechos quedaban a la intemperie. Le gustó mucho ver la lujuria en sus ojos.

—¿Te gusta la vista? —musitó, gimiendo suavemente mientras sus manos rodeaban sus senos, y

contuvo el aliento por la grata sensación que su propio toque podría generarle.

—Sí, inclínate para mí, preciosa, debo probarte.

Quería obedecerlo, pero lastimosamente en esa cama las órdenes las daría ella.

Se inclinó, pero no precisamente hacia su rostro, dado que en un determinado momento, Seraphina se vio rodeando con sus delicadas manos el duro miembro mientras lo masajeaba con pericia, poniéndolo tan duro y firme como una piedra.

Él se arqueó, lanzando un gemido gutural, y sin poder contener sus propios deseos posó sus labios sobre la punta del erecto miembro, saboreándolo. Recordó los consejos de las cortesanas y deslizó el falo por su boca, empezando a lubricarlo con su saliva mientras su lengua arremetía contra la cálida piel con ahínco.

Escucharlo gemir fue la gloria, la idea de generarle ese placer la volvía loca y hacía que su centro palpitara y ansiara por más. Absorbiendo el duro miembro lo liberó generando un fuerte sonido y con su lengua se encargó de saborearlo de mejor manera.

—Sí, así. Lo haces tan bien, no te detengas —la alentó con locura, revolviéndose desesperado, y Seraphina sujetó su virilidad desde la base para volver a introducirlo en su boca.

Lo sintió tensarse y consciente de que no quería que acabase tan pronto, liberó su verga y se incorporó con la visión nublada por el placer. Ahora comprendía porque ese acto era adictivo, su cuerpo se rebelaba ante ella y se rehusaba a usar la razón.

—Libera mis manos.

No podía hacerlo.

Sintió un picor en los pechos y se los observó, tenía los pezones endurecidos y sus cúspides elevadas, ellos requerían de sus atenciones. Observó las pinzas que trajo consigo y si en un principio las había mirado con horror, en ese momento le parecieron su única salvación. Se las puso tal y como se lo habían explicado, presionando su delicada piel, y tiró la cabeza hacia atrás por la gloriosa sensación.

—¡Suéltame, maldita sea! Yo puedo hacerlo mejor —soltó exasperado, loco por su libertad, y se preocupó un poco al verlo tirar del cabezal de la cama.

—Este es mi juego y tú aceptaste participar.

Ese simple comentario logró tranquilizarlo, pero lastimosamente ella se encontraba con una creciente necesidad y sujetó el pequeño artefacto de marfil que tenía el tamaño de un dedo.

—No... libera una de mis manos, yo lo haré por ti —suplicó el vizconde, realmente necesitado, y Seraphina terminó de quitarse el salto y separando las piernas guio el artefacto a su recinto más sagrado, siguiendo las indicaciones que le dieron durante los últimos días las cortesanas del club.

—Ah... —gimió encantada, disfrutando del cosquilleo que ese pequeño artefacto le generaba al rozar sus zonas íntimas. Se arriesgó a ir por más y lo deslizó en su interior, emitiendo un fuerte grito extasiado.

—Maldita sea, ¿a qué estás jugando?

Al darse cuenta que él no se callaría ni mucho menos se quedaría tranquilo si seguía observándola, Seraphina optó por venderle los ojos con otro cinto.

—No puedes hacerme esto, debe ser una maldita broma —soltó con impotencia, escuchando sus fuertes gritos de placer mientras el pequeño artefacto se movía a su voluntad en su interior—. Usa los dedos, será más reconfortante.

—Te tomaré la palabra.

Dejó su pequeño juguete de lado e introdujo dos dedos en su interior, arqueándose sin reparo

alguno. Las pinzas seguían presionando sus pezones y eso la estimulaban aún más, si no encontraba su liberación pronto se volvería loca.

Aceleró el mete y saca de sus dedos y cuando sintió como olas de calor se arremolinaban en su vientre bajo, Seraphina retiró los dos y los llevó hacia la boca de Portman, quien gustoso los chupó como si no hubiera un mañana a pesar de que no podía observarla.

Su lengua la hizo sentir en el cielo, pero ella no lo besaría.

Los besos quedan fuera de juego.

Un consejo colectivo por parte de todas sus cortesanas.

Se incorporó con lentitud, retirando sus dedos de la misma forma, y sin poder soportarlo un segundo más sujetó el miembro de su esposo y lo guio hacia su entrada.

¿Qué caso tendría retrasar lo inevitable?

Mientras más rápido se embarazara, más pronto podría liberarse de Lucien Pierce.

Se dejó caer con lentitud, sintiendo una leve incomodidad por la gran intromisión, y ganó una gran bocanada de aire al percatarse que una leve barrera se interponía entre ellos. Cayó con rudeza y un agudo grito brotó de su garganta, llevándola a tirar la cabeza hacia atrás por la nueva sensación de saberse llenada por alguien más.

Lo sintió tensarse bajo su cuerpo y esperó que dijera algo, pero en aquel momento Portman pegó los labios en una fina línea, guardando silencio. Se quitó las pinzas sin hacer alboroto en lo que su cuerpo se adaptaba al falo de su esposo y lanzó un gemido cuando él levantó las caderas con dureza.

—¡Ah!, ¿qué haces? —jadeó alarmada, él estaba bombeando sin contemplación alguna.

—Cabálgame, muévete, si sigues quieta voy a volverme loco.

Se aferró al cabezal de la cama y no pudo controlarse más, dejó que su cuerpo la guiara y sin ser capaz de reconocerse a sí misma poseyó a su esposo como si de eso dependiera su vida. Inició un rápido vaivén, combinándolo con breves saltos en su lugar y entre gritos, gemidos y gruñidos, sintió como su vientre se contraía para acabar en algo grande.

Él bombeó con fuerza, robándole un grito angustiante y su cuerpo por fin encontró la liberación, enseñándole lo que se sentía tener un orgasmo.

—Apártate, querida, ya no puedo más —pidió Portman, apretando la mandíbula con fuerza, y Seraphina se dio cuenta que para ella eso aún no había acabado—. Hazte a un lado.

Siguió montándolo, torturándolo aún más con sus ágiles movimientos y viendo el pánico en su semblante, sonrió con satisfacción al sentir como la llenaba por dentro. Meneó sus caderas, disfrutando de la sensación y cuando no tuvo más que hacer allí arriba, se retiró con lentitud y volvió a cubrirse con su salto de dormir.

—Te dije que te apartaras —farfulló él ni bien le quitó la tela de los ojos y chasqueó la lengua, divertida.

—Las reglas las pongo yo.

—Podría embarazarte.

—Yo me encargaré de evitarlo —mintió, era justamente eso lo que quería.

—Esto no es un juego, no puedes abusar de mi confi...

—Tú quisiste jugar con fuego, Portman —soltó con dureza, acallándolo—. Ahora no vengas a llorar porque empezaste a quemarte.

Capítulo 6

Después de haber dejado a Portman con las manos libres sobre el mullido colchón, Seraphina huyó de la alcoba mientras él mismo se desanudaba los tobillos. No pensaba quedarse, podía sentir un aura peligrosa alrededor de su marido y no se daría el lujo de fiarse de todo un depredador.

Las piernas no podían dejar de temblarle.

¿Cómo pudo rechazar todo ese placer por tanto tiempo?

Si hubiera sabido que así se sentía el coito, posiblemente se hubiera buscado un amante desde hace mucho.

Ingresó a su alcoba y pidió que le preparasen un baño caliente, necesitaba relajar sus extremidades. No negaría que estaba un poco adolorida por el encuentro, pero definitivamente había valido la pena. Sin embargo, pudo notar la tensión de Portman cuando terminó en ella, si Rosemary quedaba embarazada y él se enteraba de ello, ¿sería fácil deshacerse del vizconde?

«Sí, el odia las responsabilidades».

Cuando por fin estuvo dentro de la bañera, Seraphina recreó en su mente el reciente encuentro. Le hubiera encantado sentir sus caricias, sus besos en distintas partes de su cuerpo y su fuerza desmedida. Atado, él había hecho un excelente trabajo, por lo que suponía que con las manos y piernas en libertad, Portman sería capaz de hacerle sentir incluso mejor.

Tragó con fuerza.

No podía estar considerando la idea de soltarlo en su próximo encuentro, si él tocaba su cabello y le quitaba la peluca, ni siquiera todo el maquillaje del mundo la ayudaría a esconder su identidad.

¿Cuándo volvería a llamarlo?

Quería que fuera lo antes posible, pero si quería conquistarlo no podía mostrarse ansiosa ni mucho menos desesperada; esa era una de las causas por la que la mayoría de los hombres dejaban a sus amantes, dado que ellas empezaban con sus pensamientos y exigencias demasiado intensas.

Tiró la cabeza hacia atrás, frustrada.

¿Por qué tuvo que gustarle tanto estar con su esposo?

Habría sido más fácil si le hubiera dolido o si él no hubiera colaborado como lo hizo.

A la mañana siguiente, el mayordomo le informó que fue todo un logro sacar a Portman de su casa, puesto que había exigido hablar con ella otra vez, y evitó carcajearse frente a su servidumbre.

Así era como lo quería, rogando por más.

Al parecer Portman no era tan inmune a sus encantos, tiempo atrás él había implementado muchos años de su vida para torturarla con sus toscos comentarios y ahora estos parecían perder solvencia porque estaba loco de deseo por la mujer que prácticamente era suya y no quiso poseer porque le desagradaba su figura.

A la hora del almuerzo evitó exteriorizar la sorpresa que sintió al ver a lady Victoria en su casa y sin tener más alternativa la invitó a acompañarla, no era como si pudiera despachar a la mujer

con la que había generado una alianza para conseguir su venganza.

Eso era impensable, la necesitaba.

No sabía si después de lo ocurrido Portman accedería a seguir con su juego, la noche anterior se había mostrado muy molesto por su egoísta proceder en la cama.

—He iniciado con todo, milady —le informó, bebiendo de su copa de vino con parsimonia, y la anciana asintió con satisfacción.

—Creo que debes regresar, querida.

Estuvo a poco de atorarse con el contenido de su copa.

—No, claro que no —farfulló con molestia, no quería que todos supieran que estaba en Londres.

—Piénsalo, debes volver de tu larga estadía en el campo para buscarte un amante. —Rodó los ojos con aburrimiento—. Eso ayudará a que en un futuro no muy lejano, mi nieto decida anular el matrimonio por voluntad propia.

Asintió estoicamente, ciertamente tenía mayor lógica que ella llegara a Londres, encontrase un amante y terminara encinta en vez de llegar directamente embarazada. Eso ayudaría a herir el enorme ego de su esposo, quien buscaría la mejor manera de acabar con su matrimonio sin manchar su preciada hombría.

—Soy la encargada de Las garras de Lucifer, Victoria, no puedo dej...

—Podrías vivir en una de mis propiedades por el día. —Se encogió de hombros—. Saldrías todas las noches para atender tu club y dormirías aquí. Llevar dos vidas no será difícil para ti, querida, tu marido te prestará muy poca atención porque estará muy enfocado en su amante de turno.

Rosemary...

—¿Qué sugieres?

—En tres días los duques de Blandes están organizando una cena para familiares y conocidos cercanos.

Aline... después de dos años de distanciamiento por fin podría volver a ver a su amiga. Sabía que tuvo una niña y fue enviada al campo por su esposo durante mucho tiempo, no hace mucho él había ido por ella y presentó a la pequeña Nicole Edevane.

Quizá salir de esas cuatro paredes no sería tan malo. Podría interactuar con sus conocidos, hacer compras al aire libre y asistir a todos los eventos sociales que siempre le gustaron. En ese momento cayó en cuenta que su vida como Seraphina, había sido frenada por culpa de su esposo, que muchas limitaciones se habían marcado para ella el día que él decidió dejarla irse al campo.

—De acuerdo, acepto el trato.

—Me alegra escucharlo. —Se regocijó Victoria y no pudo comprender por qué era tan buena con ella, otra mujer estaría de lado de su nieto—. Dispondré mi casa en Mayfair para ti, todos los criados dirán que llegaste desde hace una semana y preferiste guardar el secreto hasta adaptarte nuevamente a la vida de la ciudad.

—Suena perfecto —musitó distraída, todo indicaba que tendría que citar a su familia para informarles lo que estaba a punto de hacer. Ellos siempre la apoyaron a pesar de todo y no podía fallarles rompiendo las reglas del juego.

—Y querida. —La buscó con la mirada—. Deberías hacer un horario de visita, no sé por qué presiento que mi nieto se pondrá un tanto pesado contigo.

Lo dudaba, para lo único que Portman podría buscarla era para torturarla con sus bromas pesadas junto a sus amigos de juergas. Lo que más le repelaba de la idea de salir de su escondite

era que nuevamente tendría que lidiar con ese tipo de comentarios; no obstante, ya no era la niña tonta que antes respondía mordazmente sin control alguno, ahora Seraphina conocía de primera mano el término de venganza.

Y gracias a los santos tenía el poder necesario para cobrarse cada desplante que no estuviera dispuesta a recibir.

—Tomaré en cuenta tu consejo. —Sonrió abiertamente, cortando un pedazo del jugoso conejo que le sirvieron—. ¿Por qué no me cuentas un poco de lo que está sucediendo en el exterior, Victoria?

—¿Quieres decirme que todo lo que sabes aún no es suficiente para ti? —inquirió con diversión y Seraphina ladeó la cabeza alegremente—. Hay algo que quizás no sepas.

—¿Qué? —Entrecerró los ojos, curiosa.

—El conde de Devonshire tiene encerrada a su esposa.

Esa era una de las suposiciones que se había hecho hace más de un año cuando la dama dejó de aparecer en las calles de la ciudad y nadie estaba seguro si su marido la había enviado al campo. Era un tema que siempre angustiaba a Ross, pero lastimosamente no había nada que él pudiera hacer contra el esposo de su hermana.

—Veo que la población masculina va de mal en peor, ¿me pregunto cuando se cobrará justicia divina por todo el mal que suelen causar?

—Esperemos que pronto. —Levantó su copa de vino—. Estoy segura que tú tendrás tu justicia divina muy pronto, querida, y lady Devonshire también la obtendrá cuando sea su momento.

Esperaba que así fuera.

Brindó con su nueva aliada y bebió el contenido de su copa de un solo trago, deseosa de idear el próximo encuentro que tendría con Lucien Pierce.

Eso no era normal...

Después de tener relaciones con Rosemary y descubrir que la curiosa amante de Ross era virgen, Lucien debería tenerla muy presente en sus pensamientos porque lo que le hizo no tenía nombre, en su vida se había visto tan necesitado de una mujer. Sin embargo, no podía quitarse a su esposa de la mente y el deseo de hacerle una visita en Wiltshire y arrebatarle su preciada virtud que le pertenecía empezaba a enloquecerlo.

Sabía que eso pasaría, Rosemary siempre fue un recordatorio de la mujer que tenía exiliada en el campo y ahora estaba loco por regresarla a Londres y reclamar todos sus derechos conyugales.

«Pero ella no te desea». Le dijo una vocecilla, alentándolo a beber el contenido de su copa de un solo trago, y gimió roncamente al sentir la dureza de sus pantalones.

Deseaba a su mujer, llevaba haciéndolo desde hace muchos años y ahora que había probado a una mujer que se parecía mucho a ella la deseaba a su merced. Comprendía que no era algo juicioso porque su esposa lo odiaba, pero aún tenía a su favor el hecho de que ella era su propiedad y debía cumplirle.

Dudaba que tuviera un amante, sus criados nunca le dijeron nada al respecto, además tampoco la creía capaz de buscarse uno.

¿Cómo podría aparecerse en su casa de campo de Wiltshire?

No quería que ella lo viera ansioso ni mucho menos necesitado, debía ser frío y escueto y simplemente tomar lo que le correspondía para olvidarse de esa absurda obsesión que había sembrado hacia Seraphina.

Se sirvió una nueva copa de whisky y se sentó frente a la chimenea en su amplio sillón.

No volvería a Las garras de Lucifer, ciertamente tendría que cumplir su acuerdo con Rosemary, pero no pensaba volver a meterse en problemas económicos por el juego. Algo le decía que si quería llevar la fiesta en paz con Seraphina, el juego era algo que debía abandonar.

La cuestión era, ¿con qué excusa se presentaría ante su esposa y le diría que debía volver a Londres con él?

Estaba hablando de dos años de abandono —aunque ella se fue voluntariamente— en los que él no respetó su matrimonio ni se limitó a disfrutar de su vida de libertino. No sería el primer noble que hiciera algo así, pero Seraphina posiblemente sería la primera mujer en alzarle su inapropiada actitud a su esposo.

La dama se desvaneció en sus brazos, informarle que el efecto de la droga había hecho efecto, y aún ofuscado por sus duras palabras que le garantizaban que no lo deseaba y tampoco quería consumir nada con él, Lucien la tomó en brazos y se dirigió hacia la alcoba de Seraphina.

Era un milagro que no hubiera optado por el afrodisiaco, puesto que con esa droga ella se habría mostrado muy predispuesta a entregarse a él incluso si ese no era su deseo; y él era lo suficientemente orgulloso como para permitir algo así.

Las mujeres debían rendirse a él gustosas, no bajo un estúpido brebaje.

Ingresó a la alcoba y con sumo cuidado deshizo la cama como pudo y la tendió sobre el mullido colchón, evaluando su rostro que si bien era lo que ningún hombre en la tierra consideraría hermoso, pero sí lindo, sus curvas dictaban todo lo contrario.

Seraphina era el sueño prohibido de muchos de sus conocidos y todo gracias a sus generosos senos que personalmente lo tenían loco. En su vida había visto un busto tan perfecto y la idea de tocarlos, lamerlos y probarlos le habían dicho que no era tan mala idea someterse a la voluntad de su abuela; no obstante, Seraphina había echado todo a perder hace unos minutos.

Él nunca le rogaría ni se esforzaría por meterla en su lecho, mujeres hermosas en el mundo abundaban y ella no era ni siquiera parte de ese grupo como para que él gastara sus energías en la rubia regordeta.

Empezó a desvestirla, pasando la yema de sus dedos por la tersa piel, y su miembro palpitó bajo sus pantalones. Ignoró la sensación y siguió con su labor, odiando con fuerza como su virilidad seguía golpeando y exigiendo que reclamara a su futura esposa.

No lo haría; no sólo porque ella le dijo que no lo deseaba, sino porque estaba inconsciente y eso sería una violación.

Hizo una mueca, jamás podría llegar tan lejos ni por todo el dinero del mundo.

La boca se le hizo agua al tenerla totalmente desnuda ante él y se dio cuenta que las prendas que ella solía usar no eran tan favorecedoras. Sus anchas caderas, diminuta cintura y gran busto la convertían en toda una diosa de la fertilidad.

Retiró la mirada y empezó a despojarse de sus prendas, tirando las mismas por distintos lugares de la habitación. Hizo lo mismo con las prendas de la rubia, si quería hacer creer que tuvieron una noche salvaje de buen sexo, la decoración del entorno era muy importante.

Sacó el frasco que su abuela le entregó esa mañana y con mucho cuidado manchó las sábanas con sangre y regó un poco del contenido por los apetitosos muslos de la rubia. Se relamió los labios, disfrutando de su olor, y sin poder evitarlo regó una larga caricia por el voluptuoso cuerpo.

Limpio sus manos y se deshizo del frasco y sin poder evitarlo fue él mismo quien se dio placer esa noche, imaginándose como sería tener a esa afrosiaca mujer cabalgándolo.

Recordando la noche que atrapó a Seraphina, Lucien terminó envolviendo su firme falo e hizo lo mismo que hace dos años, buscó su propia liberación recreando el bamboleo de los grandes senos mientras ella lo montaba.

No tenía la menor idea de cómo lo haría, pero se encargaría de traer a su esposa a la ciudad lo antes posible y sin importarle si ella quería o no, la sometería a sus deseos más salvajes y primitivos.

A la mañana siguiente desayunó junto a su madre y con los pensamientos concentrados en cierta rubia que no podía quitarse de la cabeza, jugueteó con el pedazo de queso que no se le apetecía comer.

—¿Sucede algo, cariño?

Juliet Pierce era la mujer más egoísta, egocéntrica y hermosa que él hubiera visto en su vida. Eran muy parecidos, toda su belleza y comportamiento lo había heredado de su madre e incluso sabiendo que era una persona malvada, él la apreciaba y valoraba el amor incondicional que siempre le profesaba.

—Ciertamente. —Dejó su comida de lado y se concentró en la pelinegra de ojos grises—. He estado pensando que mi esposa debe volver a la ciudad.

El semblante de su madre se desfiguró.

—¿Por qué harías algo así? Ella sólo te traerá problemas y burlas por parte de nuestros conocidos.

Pero esas llegarían no porque Seraphina fuera fea —cosa que no era—, sino porque él siempre aseguró en su juventud que su esposa sería toda una beldad.

—No puedo seguir haciéndome al desentendido con mi mujer, madre.

Y tampoco quería seguir así.

—¿Por qué? ¿Acaso no ves a lord Devonshire? Ese hombre vive como si fuera soltero.

Pero eso era diferente, su amigo odiaba a su esposa; en cambio él, deseaba como un idiota a la suya.

—Victoria quiere un bisnieto, no se puso a pensar en lo que podría pasarnos si no se lo otorgo.

—Pero dijiste que le diste permiso de tener amantes, ella puede embarazarse de cualquiera.

Apretó la mandíbula, ese día no pensó con claridad en sus palabras. Él jamás compartía lo suyo y Seraphina Pierce era de su propiedad, él era el único que podía desvirgarla, tocarla y poseerla hasta el último día de su vida.

—Hasta el día de hoy no hizo tal hazaña, así que decidí retomar mis obligaciones.

Su madre apretó la mandíbula.

—Pero yo soy la señora de esta casa.

Así que por ahí iba la cosa... Juliet no quería ceder su poder.

—Puedo enviarla a una de mis propiedades, no tenemos que vivir bajo el mismo techo.

Lo menos que necesitaba era desarrollar algún tipo de sentimiento hacia su esposa. Ella sólo debía ser su punto de desfogue y la madre de sus hijos, no tenían por qué compartir la misma casa cuando ninguno de los dos era capaz de tolerarse.

—Suenas mejor. —Juliet relajó los hombros; mucho más calmada—. ¿Piensas escribirle o irás a buscarla?

Ese era el problema, aún no decidía como haría para que su esposa regresara a Londres sin

notarse tan desesperado por tenerla a la mira y bajo su protección. Tal vez podría acudir a Victoria, ella adoraba a lady Seraphina.

—Aún no lo he pensado.

—Ve por ella después de la cena de los duques de Blandes —sugirió y él quiso decirle que le gustaría que ella estuviera presente, pero juntó los labios en una fina línea cuando el mayordomo le informó que llegó una nota para él.

No muy seguro leyó el contenido y todos sus músculos entraron en tensión al leer lo que decía.

“Hoy cenarás conmigo, te esperaré a las siete.

R”

Ese era otro tema con el que tenía que lidiar, no quería fornicar con Rosemary, si bien era una amante maravillosa, la culpabilidad lo embargaba cada vez que estaba junto a esa mujer porque a él sólo llegaba la imagen de su esposa.

Quizá debería recurrir a Victoria para que le facilitase la suma de dinero que le debía a la dueña de Las garras de Lucifer.

Capítulo 7

Si quería conquistar a Portman y tenerlo a sus pies, el sexo era sólo una parte de lo que tendría que practicar con él. No es que fuera una experta en la materia, pero algo le decía que la comunicación y buena química en una relación eran temas fundamentales para generar dependencia en la otra persona.

Sí a él le gustaba pasar tiempo con ella, sería más complicado afrontar la idea de que lo estaba dejando.

Tiempo atrás el amor le había parecido algo fascinante y difícil de encontrar, pero después de vivir dos años en las sombras, mirando cómo se movían los hombres en el club, Seraphina estaba segura que jamás se sentiría cómoda con uno a lado.

Eran avaros y mentirosos.

Y su esposo era el peor de todos, sumido en un vicio deprimente.

Se cercioró que en la mesa estuviera todo listo para la cena y se preguntó si los postres que mandó a preparar para esa noche, con las instrucciones de Victoria, serían del agrado del vizconde.

Haciendo acopio a su puntualidad, Portman ingresó a su comedor a las siete en punto y demostrando su formada educación se sentó en el asiento que estaba al otro extremo de la mesa, justo frente a ella, después de saludarla. Su mesa no era tan amplia, a penas y era para ocho personas, por lo que podía verle el rostro con claridad gracias a la luz de las velas.

—No esperaba que fuera tan puntual, milord —bromeó con el fin de aligerar la tensión de su cuerpo mientras cenaban y el pelinegro sonrió de lado.

No se veía muy complacido con la comida.

¿O quizá era su compañía lo que no le gustaba?

—Hay cosas de las que deseo hablar con usted y si me doy el lujo de llegar tarde, eso implicaría que tendríamos menos tiempo para conversar.

—¿Ah sí? —Enarcó una ceja, levemente asombrada—. Soy todo oído.

—Preferiría que fuera después de la cena, a solas.

Con un movimiento de mano Seraphina hizo que todos sus criados se retiraran y las puertas de la estancia fueran cerradas para que tuvieran mayor privacidad y no fueran interrumpidos por nada en el mundo.

No debería sentirse así, pero adoraba tener ese poder.

—No pensarás dejarme con la curiosidad, ¿verdad, querido? —musitó con fingida inocencia y el pelinegro la envió una mirada mordaz.

¿Qué? ¿No le gustaba ser gobernado?

Si era así, la próxima vez debería pensarlo dos veces antes de asistir a una casa de juegos y endeudarse hasta el cuello.

Se puso de pie, dispuesta a servirse un poco de la tarta de chocolate y frambuesas y ocupó dos platos para llevarle el postre al vizconde también. El movimiento de su cadera era ondulado y con cada paso que daba lo invitaba a caer en la seducción; pero no podía negar que ella también

estaba siendo seducida por su apuesto marido cuyo rostro bien perfilado y masculino reflejaba virilidad.

Se sentó en el asiento que estaba junto al suyo, inclinándose hacia adelante con el único fin de obsequiarle una amplia y agradable vista de su escote.

—¿Por qué mejor no endulzas tu vida? —Le entregó su plato y él lo recibió silenciosamente, evaluando los postres que seleccionó para esa noche—. ¿De qué quieres hablarme?

—Pagaré mi deuda, no quiero seguir con este juego.

La sangre se le congeló y rápidamente lo buscó con la mirada.

—¿Qué?

Toda su seguridad se evaporó y algo en su interior se partió en mil pedazos. ¿Tan desagradable resultaba para él pasar una noche con ella? ¿De verdad era tan pésima amante como para que siempre la rechazara? No lo entendía, ¿cuál era su problema?!

—No puedes hacerlo; tenemos un trato. —No pudo decir más, se sentía abrumada por lo que estaba ocurriendo.

Para ella su primer encuentro había sido perfecto, no pudo dejar de pensar en él durante esos días que aguardó para llamarlo, y ahora él le informaba que no quería ni un segundo ni tercer encuentro.

Dios santo, ¿cómo se embarazaría si él no estaba predispuesto a poseerla?

—Nada que no se pueda romper si te pago mi deuda, querida —respondió con sencillez, llevándose un pedazo de tarta de chocolate a la boca.

Ya no estaba segura si comer el postre especial que Victoria mandó a hacer sería una buena idea, pero dado que se sentía bastante confundida por la situación, ella también degustó de la dulce masa, preguntándose cómo terminaría su acuerdo esa noche.

—¿Por qué cancela todo, milord? —Posiblemente era la pregunta más estúpida que podía hacerle, pero no podía quedarse callada.

Quería saber que estaba mal en ella.

¿Tan desagradable le resultaba?

—No sirvo como sumiso.

Había más, no podía cancelar todo únicamente por eso.

—¿Debo creer que es la única razón?

—No.

Abrió los ojos de hito a hito y la garganta se le cerró al oír sus siguientes palabras.

—Cuando estoy con usted, no puedo dejar de pensar en otra mujer.

Si lo que se rompió hace un momento no fue su ego, Seraphina estaba segura que ahora mismo acababa de hacerlo trizas. La estaba dejando por otra mujer, porque por más que ella lo intentara, nunca sería hermosa para su marido; ni en la piel de Rosemary ni en la de Seraphina.

Empuñó sus manos a ambos lados de su cuerpo y contuvo la creciente humillación que nació en su interior.

¿En quién pensaba cuando estaba con ella? ¿Alguna mujer esbelta, hermosa y de cuerpo maravilloso? ¿Una cuyos estándares fueran dignos de su escandalosa belleza?

Portman estaba muy equivocado si creía que se escaparía de ella así como así, Victoria no le facilitaría el dinero, ella estaba de su parte.

—¿Cuenta con el dinero ahora mismo? —masticó sus palabras, enfurecida.

—No, pero...

—Entonces sigue siendo mío, milord —soltó con desdén, sorprendiéndose por sus propias

palabras. Él no era suyo, él sólo era su pasaje de huida de Londres, ¿qué diantres le estaba ocurriendo?!—. El contrato se anula si usted me paga y como no tiene ni un sólo penique, hoy también debe atenderme. Hasta que yo no vea el dinero; usted sigue siendo mi amante.

Esperaba que el afrodisíaco que le pusieron a la tarta los ayudara con su fertilidad esa noche. Si él pedía el dinero a otra persona que no fuera Victoria, aún quedaba la posibilidad de que pudiera salvarse.

Y no era que quisiera ser pesimista, pero los amigos de su marido no estaban arruinados como el idiota de Portman.

—No quiero estar maniatado, vendado y mucho menos acabar en ti, querida. Esas son mis condiciones.

Con una sonrisa traviesa, Seraphina escondió el dolor que le generó su rechazo y se incorporó de su asiento para muy sutilmente subirse a horcajadas sobre él, sintiéndose gustosa por le duro falo que presionaba contra su muslo.

¿Por qué la dejaba si él también la deseaba?

—Llevo una peluca —soltó sin siquiera pensarlo—. No quiero que la toques, esa es mi condición. Y tampoco puedes besarme.

Portman asintió, levemente tenso por la situación.

Al ver que no hacía nada por ella, Seraphina se abrió los botones de su vestido viendo como el afrodisíaco empezaba a hacer efecto en él, su rostro empezó a ruborizarse y las pupilas se le dilataron. Se imaginó que ella estaría igual, porque un extraño calor se alojó en su vientre bajo al sentir como el corpiño de su vestido empezaba a hacer menos presión.

Tiró la cabeza hacia atrás cuando sus pechos salieron de su restrictiva prisión y sonrió encantada por las suaves manos que empezaron a amasarlos.

—Sí —gimió roncamente, apoyando los codos sobre la mesa, y por el rabillo del ojo vio el plato de Portman. No había consumido mucho de la tarta y ella necesitaba que lo hiciera si quería tener suerte esa noche.

Se quitó los guantes bajo la atenta mirada masculina y rompiendo toda etiqueta sujetó un pedazo de la tarta y la mordió seductoramente, lanzando un gemido lastimero. Él gruñó roncamente y le ofreció el resto, sonriendo satisfecha por el cómo lo aceptó y terminó chupando sus dedos.

Empezó a respirar con dificultad cuando sus miradas se encontraron. Eso estaba mal, en ese juego ella era el gato y él el ratón, ¿no podía ser la seducida!

Retiró los dedos, delineando sus finos labios, y esta vez los enterró en la crema montada y la llevó hacia las cúspides de sus pechos. Su miembro palpó contra sus muslos y jadeó encantada, contoneándose sobre la dura textura.

—Eres una pequeña zorra —espetó el vizconde, abalanzándose contra sus pechos, y abrumada se aferró a su cabellera y empezó a gemir sin control alguno.

Estaba fuera de sí, su lengua latigaba su erguida piel y sus dientes la torturaban con suaves mordiscos, tirando de la cúspide rosada. Cuando hubo limpiado sus pechos, Seraphina tiró el cuerpo hacia atrás y volvió a apoyar los codos en la mesa.

—Usa los postres, quiero que los comas de mi cuerpo.

No podía olvidar que su principal objetivo era que comiera la mayor cantidad posible.

Lanzó un gritillo cuando atenazó sus caderas con predeterminación y sorprendida por la fuerza con la cual empujó su ingle contra ella para dejarla encima de la mesa, lo abrazó por el cuello.

Sus alientos se entremezclaron y fue imposible no desear un beso; no obstante, él la tendió

sobre la fría superficie y sin contemplación alguna tiró de su vestido con maestría hasta dejar la prenda en el piso del comedor.

El afrodisiaco estaba haciendo un excelente trabajo sobre él.

—¿Cuál es tu afán con los postres? —inquirió con voz ronca, subiendo su camisola en una lenta caricia.

Sonrió con lujuria y se llevó un poco de crema a los labios.

—Quiero ser el postre más dulce que te comerás esta noche —soltó con coquetería, separando las piernas para él.

Estaba demente, pero ya se había imaginado que el afrodisiaco le haría hacer cosas de las que el día de mañana posiblemente se arrepentiría. Debería sentirse mal por permitir que Victoria lo drogase, pero él había hecho exactamente lo mismo con ella hace dos años, por lo que no se tocaría el corazón.

Lo vio tragar con fuerza y rezó porque su comportamiento no le resultara desagradable, ella debía seducirlo y siendo pudorosa no parecía la mejor opción. Sin embargo, ¿qué sí él sentía asco de su cuerpo? Aquel pensamiento hizo que la piel se le erizara y quiso cerrar las piernas, pero no llegó a hacerlo porque con una fuerza desmedida él la obligó a mantenerlas abiertas.

—Ni se te ocurra —soltó con tosquedad y rápidamente se quitó los guantes y tiró de ella para posicionarse entre sus piernas—. Hoy pedirás clemencia, querida —comentó en tono pícaro, llevando una gran cantidad de crema a su vagina, y Seraphina se arqueó al sentir como la esparcía por sus labios.

Él se dejó caer, desapareciendo de su campo de visión, y...

—¡Ah!

Dios santo, la estaba besando allí abajo sin pudor alguno. Se removió abatida, arqueándose con desespero por el cómo su lengua surcaba en su piel y empuñó su mano en su oscura cabellera para instarlo a seguir.

¿Por qué no hicieron eso la primera vez?!

«Porque lo tenía maniatado». Recordó y se mordió el labio inferior con fuerza, su cuerpo pedía a gritos por más.

—Al diablo —gruñó él, incorporándose, y quiso reclamarle por detenerse, pero el pulso se le disparó al ver como posicionaba su pantorrilla por encima de su hombro y se bajaba los pantalones torpemente para luego rodear su glúteo con dureza.

—Mil... ¡Ah! —La penetró con fuerza, llegando a lo más profundo de su ser.

—Esto es lo que querías, ¿verdad? —inquirió, arremetiendo con fuerza, y Seraphina dejó de pensar con claridad.

Se sentía mucho mejor, tenerlo en ella era un sentimiento gratificante. Clavó las uñas en sus hombros, lamentando que estuviera vestido, y entre jadeos y gemidos se corrió con violencia, envolviendo con sus cálidos líquidos el miembro que no se puso en la labor de abandonar su cuerpo al alcanzar el máximo placer.

Cuando la intensidad del momento hubo terminado, Seraphina sacó fuerza de donde no la tenía para salir huyendo del comedor, su cuerpo pedía por más, pero su cabeza le decía que debía huir, que Lucien Pierce era un peligro para su cordura; no obstante, cuando se agachó para sujetar su vestido, él presionó sus caderas con fuerza y tiró de ella hacia atrás, haciendo que su espalda impactara contra su fornido pecho.

—¿A dónde crees que vas?

Tragó con fuerza.

—Es todo por hoy, pue... ¡Ah! —gritó sorprendida por la fuerza con la que le obligó a inclinarse sobre el asiento, y se apoyó sobre el espaldar como reflejo—. ¿Qué te sucede?

—No, querida, las órdenes y yo jamás iremos de la mano.

Y dichas esas palabras, él volvió a sumergirse en su interior y sorprendida por la fuerza que su cuerpo estaba demostrando, decidió quedarse y aprovechar lo que sea que la droga estuviera haciendo con sus cuerpos esa noche.

Portman le había avisado que no pensaba continuar con el juego, que ya no sería su amante: no la deseaba, quería a otra mujer y muy pronto ella encontraría la manera de vengarse por su humillante rechazo.

Capítulo 8

¡¿Qué diantres le puso esa loca en su cena?!

Lucien no era un hombre que sacase conclusiones así como así, pero por el hecho de que su cuerpo estuviera tan dolido y fatigado por la extraña noche que compartió con Rosemary, era imposible no llegar a la conclusión de que había usado algún tipo de afrodisiaco.

Ni siquiera él se creía capaz de hacerlo tantas veces sin tener unos minutos de descanso.

Sin embargo, eso no era lo peor de todo, ¡lo peor de todo era que tenía una cena en unas horas y aún le costaba mantenerse de pie sin hacer una mueca o demostrar la molestia que sentía entre las piernas!

Era una...

Maldición, mañana mismo se reuniría con Grafton o Devonshire, alguno de sus amigos podría prestarle la suma de dinero que necesitaba para desligarse completamente de la desquiciada de Rosemary.

Quizá el conde de Ross no se iría al continente sólo por gusto, ¡seguro quería huir de esa loca!

Se frotó el rostro con frustración, siempre había sido lo suficientemente cuidadoso como para no terminar dentro de ninguna mujer, pero en las dos noches que estuvo con la pelinegra terminó rompiendo su regla de oro.

Sólo esperaba que ella tomara algún brebaje para encargarse del asunto. Era dueña de un club, ninguna mujer en su posición desearía un bastardo.

Su abuela llegó a la hora acordada y pronto se encontró en su carruaje de camino a la casa de Blandes junto a su madre y Victoria, ambas permanecían en un pulcro silencio como siempre, su relación nunca fue muy amigable y no podía culparlas por ello.

Suponía que la cena era un indicio de que la familia de su amigo había encontrado la paz después de sufrir tantas adversidades. Al final la tía de Blandes no resultó ser una blanca palomita ni su esposa una arpía embustera; no obstante, descubrir aquello le había costado la vista a su amigo y ahora tendría que cargar con el peso de su ceguera durante toda su vida.

A menos de que un milagro se apiadara de él.

Muchos solían comparar su caso con el de Blandes, se casaron casi al mismo tiempo y ambos llevaron una vida lejos de sus mujeres, pero habían grandes diferencias: él nunca exilió a Seraphina, ella se marchó por voluntad propia; en cambio Blandes sí echó a su esposa.

«Pero Blandes nunca tuvo amantes y respetó a su mujer aún en la distancia». Le dijo la vocecilla que le advertía que él también pasaría por mucho para poder poner un dedo sobre el apetitoso cuerpo de su esposa.

Tendría que seducirla.

Encontrar a Blandes apoyado en un bastón y caminando por su casa fue algo que lo dejó anonadado, y no precisamente porque no pudiera creer que estuviera en ese estado, sino por el logro de lady Blandes: ella consiguió que él saliera de su encierro y empezara a vivir otra vez.

A poco estuvo de creer en el amor, pero prefirió dejar esos pensamientos de lado. El matrimonio era una relación de hipócritas, todos tenían amantes, ya sean mujeres u hombres, por

lo que él jamás creería en ese sentimiento.

Ingresaron al comedor y no le sorprendió que la tensión entre los marqueses de Winchester y el conde de Devonshire fuera casi palpable en el ambiente. Su amigo prácticamente tenía encerrada a la morena y nadie sabía mucho de ella, por lo que los padres de lady Devonshire lo detestaban con cada fibra de su ser.

Aunque eso parecía ser poco relevante para Matt Gibbs, quien bebía de su copa de vino con gusto y conversaba con los comensales de la mesa como si sus suegros no existieran.

—¿Y qué me puede decir de su pupila, lord Grafton?

Esa era la peor pregunta que su abuela pudo haberle hecho a Grafton, quien aún sentía culpabilidad por haber entregado a la joven en matrimonio a un completo desconocido y la única manera que encontraba para liberarse de la misma era desentendiéndose del asunto.

—No he vuelto a oír nada de lady Taylor desde que se fue con Sullivan.

Dudaba que lady Taylor regresara algún día a ser parte de sus vidas. Su esposo tenía todo; fortuna, propiedades y familia en América. Ella fue cedida a un simple y ordinario yanqui y ahora debería quedarse junto a él hasta el último día de su vida.

—Se encuentra muy bien. —Era una respuesta incierta, dado que Grafton no sabía nada de su pupila ni quería recabar información sobre el cómo le estaba yendo en su vida matrimonial—. —¿Qué me dice de lady Portman?, ¿su nieta política aún no planea visitarnos? —preguntó sin tino alguno, enviándole una oleada de enojo por su burlesco tono.

¿Pretendía comparar sus casos?

Si se ponían a comparar sus casos, Lucien era el mejor de todos sus amigos en lo que mujeres respectaba. Él nunca echó a su esposa, hasta la fecha procuraba que tuviera todo y siempre le envió sus presentes en las fiestas navideñas y cumpleaños a pesar de que nunca se molestó en ir a verla.

A diferencia de todos, él sí sabía cuidar a la mujer que estaba bajo su protección.

—No es asunto tuyo, Grafton —respondió con fingida indiferencia, evitando exteriorizar lo mucho que le preocupaba la reacción que su esposa tendría cuando fuera por ella.

Cuando trajera a Seraphina de regreso a Londres, Lucien tendría que ser cuidadoso si quería mantener su reputación intacta, todos debían pensar que fue por ella para cumplir con su deber y engendrar a su heredero; y no porque la deseara endemoniadamente y quisiera tenerla maniatada en su cama durante largas noches de pasión.

Aquel pensamiento hizo que su dolorido cuerpo volviera a torturarlo y le dio un trago a su copa de vino, ignorando lo que sea que estuvieran diciendo en aquel momento.

De pronto las puertas del comedor se abrieron y él no se hubiera percatado de ello si no hubiera sido por el cómo lady Blandes se incorporó. Una voz que recordaba muy vagamente llegó a sus oídos y la sangre se le congeló, impidiéndole actuar con claridad.

—Lamento la demora, mi servidumbre aún no se acostumbra al agitado horario de su señora. —Su esposa abrió su abanico color rosa intenso con maestría y abanicó su rostro mientras aleteaba sus largas pestañas con fingida inocencia.

Lucien se atoró con el vino que ingería en aquel momento y abrió los ojos sorprendido al ver a su mujer en la casa de Blandes.

¿Cómo era posible que ella estuviera en Londres y él no lo supiera?! ¿Por qué nadie le dijo nada? A juzgar por sus palabras, la rubia llevaba días en la ciudad.

Sin poder controlar sus instintos, pronto se encontró preso de su imagen y detalló el magnífico vestido que la envolvía como si fuera un guante. El profundo escote hizo que sintiera una loca

necesidad de enterrar el rostro entre sus senos y devorarlos como si no hubiera un mañana. Su tentadora cintura provocó que las manos le picaran y lo invitó a clavar la vista en su atractiva y ancha cadera, una que le decía a gritos que era la mujer ideal para tener a su heredero.

La boca se le hizo agua. Ella... se veía diferente.

—Espero no haber llegado en un mal momento —dijo a tiempo que todos los hombres de la estancia se ponían de pie.

No fue capaz de moverse, le dolía el cuerpo y la cabeza por todos los pensamientos que estaban surgiendo en él, la mayoría poco agradables.

Su regreso lo estaba alarmando.

—En lo absoluto, milady —dijo Blandes con una estúpida sonrisa en el rostro—. Es un placer tenerla en nuestra mesa esta noche.

Empuñó sus manos por debajo de la mesa viendo como Grafton retiraba la silla que estaba junto a él para su esposa y apretó la mandíbula por la pícara sonrisa que ella le brindó antes de sentarse.

¿Por qué la abandonó durante tanto tiempo en el campo?

No importaba lo mucho que la viera y quisiera asociarla a la dama ávida e inocente con la que se casó; estaba claro que esa mujer ya no existía.

—Olvidé comentarle que mi nieta política llegó a Londres esta mañana, su excelencia. Espero no le moleste mi osadía de invitarla a la cena —comentó lady Victoria y sus dientes rechinaron por la presión que ejerció en su mandíbula.

Victoria estaba demente, ¿cómo pudo esconderle algo así? Además, ella no pudo haber llegado esta mañana, estaba seguro que llevaba días esperando esta oportunidad para importunarlo.

—Lady Portman siempre será bienvenida en mi mesa.

Claro, se había olvidado que lady Blandes y su esposa fueron mejores amigas antes de que sus inoportunos matrimonios las obligaran a separarse por casi dos años.

Sus miradas se encontraron y la sonrisa maliciosa que vio en sus labios le generó una profunda desazón en la boca del estómago; pero para mala suerte de su esposa, también le generó una rabia incontrolable.

Aunque ella hubiera tenido dos años de libertad, seguía siendo su esposa y le debía respeto, por lo que esperaba que estuviera lista para el interrogatorio que tenía para ella. Quería saberlo todo, conocer qué diantres estuvo haciendo durante esos dos años; y si para obtener esa información tenía que ir a Wiltshire a interrogar a cada uno de sus criados, lo haría.

Le pareció que la cena duró una eternidad y cuando por fin pudieron retirarse, Lucien salió tres de su abuela y Seraphina para interceptarlas en el camino antes de que ambas se marcharan en el carruaje en el que su esposa llegó.

—Tenemos que hablar —espetó con frialdad, viendo como su madre aceleraba su paso para darles alcance.

—¿Hoy?, ¿no le parece que es algo tarde, milord? —respondió su esposa con indiferencia, haciéndolo sentir un imbécil.

—¿Te crees muy lista? —escupió con desprecio, perdiendo los estribos—. ¿Por qué no me informaste que estabas en Londres?

—Portman. —La voz de su abuela hizo que regresara a la realidad y se acordara que se encontraban rodeados de gente—. Tú fuiste el primero en cortar la comunicación con tu esposa, no esperes que ella te informe cada uno de sus pasos.

Miró a Victoria con rencor, sabía que ella tenía mucho que ver con la repentina llegada de

Seraphina.

—Quiero hablar con ella.

—Y lo harás mañana, hoy es muy tarde —zanjó el tema con astucia, pidiéndole que se hiciera a un lado—. Se está quedando en mi casa en Mayfair.

—Ella debe irse conmigo, no será bien visto que viva en otra casa.

—¿Qué? —preguntó su madre, exaltada, y Lucien recordó la conversación que tuvo con ella hace unos días donde le aseguró que Seraphina no viviría bajo el mismo techo que ellos.

Maldición, ¡esas mujeres iban a sacarlo de quicio!

—Llevamos viviendo separados por más de dos años —habló Seraphina, sonriente—. No creo que ese pequeño percance altere mucha nuestra situación.

La miró con intensidad, ordenándole que aceptara tener una conversación con él esa noche, y la rubia lo ignoró olímpicamente.

—Si quiere hablar conmigo que sea después de medio día, milord. No suelo madrugar.

¡Él quería hablar con ella a primera hora!

—Si eso es todo, tengan muy buenas noches.

Dichas esas palabras se subió a su carruaje con ayuda de su lacayo y su abuela los miró severamente a su madre y a él, informándoles que no dejaría que le hicieran absolutamente nada a la vizcondesa de Portman.

—Lo mejor es que sigas sus condiciones. —Fue lo único que comentó antes de seguir los pasos de Seraphina.

Observó como el carruaje abandonaba la casa de los duques de Blandes y ganó una gran bocanada de aire para enfrentar a su madre, quien le cortó el monólogo cuando su carruaje apareció y subió con prisa. Ella sabía lo que iba a decirle y lo sentía por Juliet, pero lo que iba a hacer era algo que no entraría en negociación.

—Está en Londres —soltó de pronto, sin poder asimilar ese hecho.

—Así parece. —Se abanicó con nerviosismo—. Y Victoria está de su parte.

—Vivirá con nosotros.

—No pued...

—Puedo y lo haré —respondió tajantemente, indicándole que no quería protestas.

No le importaba lo que su madre pensara o lo que su abuela tuviera pensado hacer, Seraphina Pierce viviría en su casa donde él pudiera observar cada uno de sus movimientos.

—No sé por qué presiento que las cosas no salieron como yo quería —comentó Seraphina, dándose unos toquecitos en el mentón con su abanico.

Si bien evitó mostrarse intimidada por Portman durante toda la cena, fue imposible no percatarse de la intensidad de su mirada y su absurda obstinación por hablar con ella después de la cena. Había pensado que la ignoraría y haría de cuenta que no existía, como lo hizo después de su boda, pero claramente su reacción había sido muy diferente.

—¿Te parece? Siento que quedó muy sorprendido —comentó Victoria con una sonrisa ladina.

—No lo sé, ¿qué pasará si pretende imponer órdenes sobre mí? —No era como si ella fuera a obedecerlas, pero eso sería entrar en una disputa interminable—. No me creo capaz de soportar el hecho de que alguien quiera gobernarme.

—Soy su sustento económico, querida, él debe hacer lo que yo quiera si quiere seguir teniendo la vida que está acostumbrado a llevar.

Asintió silenciosamente, pensando en sus siguientes palabras.

—Sobre eso, su nieto canceló el acuerdo que tenía con Rosemary y creo que no habrá fuerza humana capaz de hacerlo cambiar de opinión.

El muy malnacido la había dejado plantada después de tener una alocada noche de placer y si sus cálculos no fallaban, él ya sabía que lo había drogado con algún tipo de afrodisiaco.

—¿Sabes por qué lo hizo?

«Por otra mujer».

—No tengo la menor idea.

—¿Llegaron a comer los postres?

Asintió, no pensaba decirle como lo hicieron porque eso podría alterar la pudorosa mentalidad de la anciana.

—Eso quiere decir que puede que ya estés encinta, querida, ya no lo necesitas.

La piel se le erizó, ¿así de fácil resultaría todo?

—¿Y que si no?

—Date unas semanas y lo sabremos. Lo que ahora te toca es decirle a Portman que buscarás un amante, él debe saber que su dejadez con su esposa hizo que alguien más le tomara ventaja.

Eso le dañaría el ego, por lo que estaba más que dispuesta a hacerlo. Nada le daría más gusto que ver el rostro de Portman después de enterarse que tendría que reconocer al hijo de otro hombre como su heredero.

Tenía el plan perfecto para inventar una excusa que le permitiera mantenerse lejos de él por al menos tres semanas. Era un proyecto que llevaba planeando con sus hermanos para Las garras de Lucifer desde hace ya mucho tiempo y quizás ya iba siendo hora de que lo implementara.

—Mañana será un día interesante. —Se cruzó de brazos, pensativa.

Ver a su esposo le había generado un sentimiento un tanto desconocido, dado que durante todo este tiempo estuvo plantándose frente a él como Rosemary y no había sido víctima de sus fríos ojos color gris como lo había sido aquel día.

Estaba molesto, pero algo le decía que ese no era el único pensamiento que rodeaba a su arrogante esposo. Todo indicaba que nada de lo que pensó que ocurriría sucedería; Portman no iba a ignorarla.

Ni siquiera cuando existía otra mujer en sus pensamientos.

A la mañana siguiente Seraphina solicitó que le pusieran su vestido mañanero color amarillo, era uno de los más discretos que poseía. Era bonito, pero su escote era demasiado puritano para su gusto; sin embargo, presentía que alterar a su esposo con sus atuendos escandalosos no la ayudarían a pasar muy desapercibida. Tenía que entrar al papel de vizcondesa, fuera de Las garras de Lucifer ella debía caracterizar al insignificante personaje al cual él pudo engañar con facilidad.

Esos días dejaría el club a cargo Zachary, su hermano también hacia un excelente trabajo con el establecimiento, el que muchos la sintieran más dueña del lugar se debía a que a diferencia de Zachary, ella sí vivía en el establecimiento.

Como de costumbre, su hermano no estaba de acuerdo con sus planes de volver a ingresar en sociedad ni mucho menos de que se acercara a su esposo otra vez, pero como Seraphina tenía muy en claro lo que quería con su futuro, no le prestó mucha atención a sus pesimistas comentarios e hizo lo que le pareció más correcto.

Haciendo una mueca por el cómo la tela cubría su gran busto, haciéndola ver para nada atractiva, Seraphina ahogó una maldición cuando le informaron que su esposo aguardaba por ella en el salón verde.

—Quítame esta cosa. —No pensaba recibir a Portman con ese vestido que parecía el mantel de su mesa. Quisiera o no aceptarlo, sus vestidos atrevidos le daban la valentía de demostrar su grandeza.

La doncella que se trajo de su casa en el club la obedeció con rapidez y no muy segura conectó sus miradas.

—¿Está segura, mialdy?

—Claro que sí —farfulló irritada y la mujer resopló.

—Ayer no eran tan notorias, pude cubrirlas con un poco de polvo, pero ahora sus marcas son muy oscuras, milady.

Parpadeó varias veces, confundida, y su doncella la obligó a mirar la piel de sus hombros y cuello con mayor detenimiento, encontrándose así con pequeñas hematomas en distintas partes de su piel.

¡Maldita sea!

No tenía la menor idea de cuando empezaron a notarse, pero sabía perfectamente cómo se hicieron. El autor de esa desfachatez eran los labios de Portman, que la noche en la que perdió el control la mordió y chupó con ahínco en diferentes partes de su cuerpo.

La garganta se le cerró al recordar que sus muslos y otros lugares más íntimos habían sufrido el mismo atraco.

Olvidándose completamente si le gustaba o no como se veía, Seraphina salió de la alcoba para tener una seria conversación con su esposo. Ahora más que nunca debía evitarlo, si él veía esas marcas podría asociarlas con su noche con Rosemary.

—Te dije que vinieras después del almuerzo —dijo nada más ingresar a la estancia y evitó trastabillar al sentir su penetrante mirada sobre ella.

Por un momento esperó algún tipo de comentario despectivo en cuanto a su atuendo, pero al final sólo arrugó el entrecejo confundida al ver como sus hombros se relajaban.

—Te dije que quería hablar contigo lo antes posible.

—¿Qué deseas, Portman?

No había por qué ser formales, ella no pensaba deberle respeto a ese malnacido.

Él guardó silencio por unos segundos, estudiándola de pies a cabeza, y como si hubiera recordado algo importante, se enderezó en toda su altura y se cruzó de brazos con ese irritante gesto que denotaba superioridad.

—¿Qué haces aquí?, ¿por qué no me informaste que pensabas regresar?

—No lo vi necesario. —Se abanicó con indiferencia, viendo cómo se acercaba a ella como si fuera todo un depredador.

—¿Te das cuenta de lo que dices? Eres mi mujer, tu de...

—Sólo de nombre —soltó con dureza, acallándolo—. Ambos sabemos que eso es mentira, nunca hubo una consumación.

—Para todos la hubo y...

—Para mí no. —Su tono tajante consiguió bajarle los humos y con mayor confianza levantó el mentón con altanería—. Llevo dos años haciendo lo que se me viene en gana, ¿qué te hace pensar que estaré dispuesta a obedecerte, querido? —La última palabra la dijo con retintín, provocando cierta tensión en la mandíbula de Portman.

—Me importa un carajo lo que fue de tu vida en dos años —espetó con dureza, haciéndola respingar—. Si estás en Londres eres mía y tu deber es obedecerme, no pienso ser el hazmerreír de todos.

—¿Cómo llevo siéndolo yo desde que nos casamos? —Su voz sonó más afectada de lo que le hubiera gustado, pero el hecho de que él rodeara su cintura con posesividad desmedida hizo que se olvidara por completo de ese pequeño detalle y sus alarmas se prendieran en su interior.

¿Qué le sucedía? Él nunca buscaba un contacto físico directo con ella.

—Pensaba ir por ti, así que déjame decirte que me quitaste un trabajo de encima.

¿Cómo?, ¿por qué él iría por ella?

—Suéltame, no vine a verte ni much...

—Necesito un heredero, ha pasado mucho tiempo.

La sangre se le congeló ante lo que aquellas palabras podrían significar y evitando perder el buen juicio, Seraphina pensó con rapidez en una buena respuesta que pudiera ayudarla a salir de ese gran embrollo.

¡Ella no iba a acostarse con Lucien!

Eso quiere decir que puede que ya estés encinta.

Recordó las palabras de Victoria y cerró los ojos con fuerza, armándose de valor para efectuar un plan que no había sido pensado con anterioridad.

—Justamente a eso vine. —Consiguió apartarlo, empujándolo rudamente por el pecho, y el pelinegro sonrió con picardía.

—¿De verdad?; no creí que fuera a convencerte tan pronto.

Lo vio hacer el ademán de quitarse la levita y antes de pensar las cosas con claridad, soltó:

—Sí, vine a darte la enhorabuena porque pronto te daré a tu deseado heredero.

Era una locura, la peor de todas porque no sabía cómo terminaría reaccionado; no obstante, Seraphina tenía bastante claro que no pensaba acostarse con Lucien Pierce si no era con el disfraz de Rosemary.

Una cosa era que él se acostase con una amante de turno y otra muy distinta con su esposa; además, si ella quería vengarse de Portman por todo lo que le hizo pasar en los últimos años, la única manera era dejándolo a cargo de un niño que según él: no era suyo.

Capítulo 9

Tienes el permiso de hacerlo con quien se le venga en gana, milady, porque yo no pienso tocarla.

¿Qué se suponía que debía hacer en un momento como ese? Las palabras que tiempo atrás emitió con tanta confianza no dejaban de darle vueltas por la cabeza.

Sabía que existía la posibilidad de que ella hubiera tenido un amante, lo supo desde el momento que la vio ingresar al comedor de Blandes, pero que ella tuviera en su ser la semilla de otro... Y que él tuviera que reconocerlo porque le dio su palabra de que así sería...

—¿Cuánto tiempo? —masticó su pregunta, bajando los brazos a ambos lados de su cuerpo.

Ella se puso lo suficientemente nerviosa como para plantarle una duda en lo más profundo de su ser, ¿podría ser que aún existiera la posibilidad de que no fuera seguro?

—No estoy segura, quizá semanas.

—O quizá puede que creas estar embarazada, no todos tienen la capacidad de preñar a una mujer en su primera noche.

Seraphina dibujó una sonrisa retorcida en sus hermosos labios y sus siguientes palabras fueron como dos dagas dirigidas directamente a su corazón.

—¿Quién dijo que fue sólo una noche?

Si hasta ese momento Lucien había mantenido la calma, todo se fue a la basura porque pronto golpeó la pared de la estancia, acorralando en el proceso a la rubia con su fornido cuerpo, e ignorando su gritillo de sorpresa la sujetó por el mentón y la obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Quién es? —Ella boqueó como si se tratase de un pescado, pero de sus labios no salió un solo sonido—. Responde, maldita sea, ¿quién es tu amante?!

—Jamás pregunté por las tuyas, no tengo porque darte esa información.

Iba a sacarlo de quicio.

Clavó un fuerte puño contra la pared, sintiendo una emoción demasiada desconocida para su agrado, y le dio la espalda como si mirarla le doliera. Era su mujer y había permitido que otro la tuviera, que otro la reclamara, ¡y todo porque su orgullo le impidió tomar lo que le correspondía desde el primer momento!

Pero no más, ella estaba muy equivocada si creía que permitiría ese tipo de comportamiento.

—Quiero que preparen tus baúles, vivirás conmigo.

Se volvió hacia ella, tratando de olvidar el hecho de que su mujer había sido de otro por su culpa.

—No.

—No hice una pregunta.

—Y yo no vine a Londres para quedarme contigo.

Apretó la mandíbula, tratando de controlar su propia ira. No podía explotar, Seraphina siempre fue de un carácter indomable y no sería fácil tratar con ella después de dejarle ser un alma libre por tanto tiempo.

—¿Entonces a qué viniste?

—A buscar un nuevo amante. —Se encogió de hombros, indiferente, y cada extremidad de su cuerpo entró en tensión por sus palabras.

—No lo harás, ¡no te lo permito! —Elevó la voz, perdiendo la cordura, y la rubia levantó el mentón con petulancia.

—Claro que lo haré, tú mismo lo dijiste después de nuestra boda. Me autorizaste a tener amantes y al igual que tú, me gusta aprovechar mi tiempo.

Quiso pasarlo de largo, pero Lucien sujetó su muñeca con fuerza, una que lo ayudara a inmovilizarla sin necesidad de lastimarla.

—Olvida lo que sea que te haya dicho; tú eres mía, Seraphina.

Ella soltó una ronca carcajada, mirándolo con diversión.

—¿Qué?, ¿ahora que perdiste toda mi dote no puedes pagar los servicios de tus rameritas? — Sus duras palabras lo dejaron frío y como si su tacto quemara la soltó—. Puede que me hayas robado mi fortuna, Portman —musitó con malicia, acercándose peligrosamente hacia él—, pero no me robaste la de mis padres y hermanos. ¿Qué te hace pensar que vine a Londres por ti? Mírate, das pena. Eres un jugador sin suerte ni remedio, no importa cuán arruinado estés, sig...

—¡Ya cállate! —ordenó fuera de sí, en su vida se había sentido tan humillado.

Y no era precisamente porque le hubiera dicho que era un jugador sin remedio, sino porque por primera vez en años se sentía insuficiente para alguien.

¿Cómo era su amante?, ¿quién era su protector?, ¿sería un hombre rico e importante?

Empuñó sus manos, ¿por qué se sentía tan poca cosa?

—He dejado el juego —siseó, soportando el martilleo que sentía en las sienes.

—¿De verdad? —Alzó las cejas, burlona—. ¿Cuánto tiempo vas: dos días?

—No estoy para juegos, Seraphina, te vienes conmigo y te olvidas de la idea de tener un amante.

—No lo creo.

—¡Soy tu esposo, me debes respeto!

—Tú también me lo debías y nunca lo recibí.

—Vendrás conmigo.

—Puedes denunciarme por adúltera si lo deseas, pero la única manera en la que me sacarás de esta casa será a rastras y dudo que mis criados te sean fieles a ti.

Tragó con fuerza, él también lo dudaba, Victoria le dijo que aceptara las reglas de Seraphina y eso quería decir que estaba de su parte, por lo que no podría hacer mucho para someterla a su voluntad porque era su abuela quien lo proveía de todo lo que ahora tenía.

—Tienes deberes para conmigo, querida. —Mantuvo la calma, tratando de obviar el hecho de que otro hombre la había poseído y muy a su pesar, tal vez embarazado.

Miró sus fríos ojos azules.

¿Tanto lo odiaba?

No era que su relación hubiera sido buena en un pasado, pero efectivamente ahora Seraphina lo miraba como si fuera una plaga, como si le repelara, y eso le molestaba. Muchas mujeres lo deseaban, darían lo que fuera porque él les prestara atención, pero ahí estaba ella, la mujer menos indicada poniéndolo prácticamente por debajo de los insectos.

Ella retiró la mirada, como si no tuviera excusa alguna para desmentir ese hecho, y sonrió victorioso.

—¿No quieres venir conmigo?; no te preocupes —espetó con tranquilidad, estirando el brazo para retirar uno de sus sedosos bucles dorados de su mejilla—. Yo vendré a ti, no me es un

esfuerzo venir a tomar a mi mujer.

—No serás bien recibido. —Retiró el rostro, privándolo de su contacto—. No pienso aceptarte en mi lecho, Portman, me das asco.

—¿Ah sí? —inquirió con curiosidad—. ¿Y por qué?

—¿Realmente me lo preguntas?

—¿Lo dices por mis amantes? Todo indica que tú también la estuviste pasando en grande. Y tendría que perdonarla, porque él mismo se buscó ese resultado al abandonarla.

—Puede que esté embarazada de otro hombre.

¿Puede? ¿Sería posible que le estuviera mintiendo?, ¿qué aún no estuviera embarazada?

—Pero para los ojos de los demás yo seré el hombre que te embarazó, querida.

Ella entró en tensión y su rostro perdió todo rastro de color.

¿Qué?, ¿no esperaba que aceptara su error tan fácilmente?, ¿por qué? Fue él quien provocó todo y pensaba hacerse responsable de sus errores.

—No estarás pensan...

—¿Recuperar mi matrimonio, a mi esposa? —Completó su pregunta por ella y la rubia dio un paso hacia atrás.

Él avanzó hacia ella.

—En efecto, tú eres mía y de mi cuenta corre que ningún otro hombre volverá a ponerte un dedo encima.

—Port...

—Hoy vendré a verte, pienso quedarme a dormir contigo.

—¿Qué? Claro que no, no pued...

—Puedo quedarme ahora si lo deseo —espetó con frialdad, haciendo el ademán de desvestirse, y ella chilló alterada.

—¡No! En la noche está bien.

Al menos accedió a compartir el lecho con él, por un momento pensó que sería más difícil convencerla; pero no, terminó cediendo muy fácilmente.

—Te atenderé de nueve a diez de la noche, no puedes quedarte a dormir.

Con el fin de no iniciar una discusión con la rubia, Lucien asintió y sujetándola fuertemente del mentón, hizo que levantara el rostro y besó la comisura de sus labios con dureza.

—Espérame lista.

La idea de poseer a Seraphina hizo que su cuerpo reaccionara como si fuera un adolescente reprimido. La deseaba tanto que si por él fuera podría desvestirla allí mismo; no obstante, si pensaba recuperar su matrimonio habían muchas cosas que debía solucionar y una de ellas era el acuerdo que tenía con Rosemary, no podía seguir viéndose con aquella loca, era una desquiciada y si seguía sus deseos lo llevaría a la perdición.

Seraphina no permitiría un engaño más y él no pensaba alterarla más de lo que ya estaba.

Su esposa le interesaba, quizá no de una manera muy romántica, pero le parecía mucho más atrayente que las últimas mujeres que estuvo viendo esos últimos meses. Lo tenían malditamente aburrido, siempre con sus cuentos baratos y sus necesidades básicas.

Si ya no era la damita virginal con la que él esperó encontrarse, él se encargaría de complacerla cien mil veces más que cualquier otro amante que hubiera tenido en los últimos dos años.

Su cuerpo ya no estaba tan adolorido como la noche anterior, por lo que estaba listo para darle todo el placer que ella podría necesitar.

Abandonó la casa donde su esposa se estaba quedando antes de cometer una locura y ahogó una maldición cuando a la media hora a su casa llegó una misiva de Rosemary, quien pedía verlo esa noche y aclaraba que si no tenía el dinero para pagarle, asistiera a las ocho treinta para cumplir su parte del trato.

La idea de acostarse con la exquisita pelinegra no le generó placer alguno, no cuando en su mente estaba la imagen de su esposa gimiendo bajo su cuerpo. Necesitaba conseguir el dinero lo antes posible y sabía quién podría prestárselo, no tenía más remedio que acudir a su abuela.

Le prometería un bisnieto a cambio de la suma que le debía a Rosemary, de igual manera le prometería dejar el juego porque si había algo de lo que estaba seguro: era que no quería que Seraphina lo volviera a menospreciar como lo había hecho esa mañana.

Era verdad, no tenía dinero y la idea de que su amante fuera mucho adinerado que él le afectaba. Las mujeres eran seres interesados que se dejaban deslumbrar por los detalles, él por ahora no tenía posibilidad alguna de darle algo a Seraphina, estaba económicamente podrido y la única que podría ayudarlo sería Victoria.

Se dirigió a la casa de su abuela con el fin de reunirse con Rosemary antes de lo previsto, dado que Seraphina sólo le daría una hora esa noche y él se encargaría que a partir de mañana fuera ella misma quien le pidiera quedarse toda la noche, pero para eso requería tiempo y no dejaría que la dueña de Las garras de Lucifer lo perjudicara.

—¿En qué puedo ayudarte, Portman? —inquirió su abuela, mirándolo con fingida tranquilidad, y él se removió con inquietud.

—Necesito tu ayuda, Victoria, debo diez mil libras y si nos las cancelo estaré en serios problemas con mi esposa. —Redondearía el monto, necesitaría algo de dinero para lidiar con su esposa en caso de que le pidiera algo.

—¿Con lady Portman? —Se mostró curiosa y él asintió pasivamente.

—Quiero tener a mi heredero y ella me dejó claro que no aceptará que esté metido en el juego ni tolerará que tenga una amante.

—Lógicamente.

—Si se entera que debo tanto dinero me odiará y no me permitirá... —trató de encontrar la palabra correcta para explicarle su situación— visitarla.

—Ya veo... ¿por fin me darás a mi preciado bisnieto?

Asintió, no pensaba decirle que posiblemente este ya venía en camino.

—¿Y quién me garantiza que no te verás envuelto en nuevas deudas a causa del juego?

—Te doy mi palabra de que no volverá a ocurrir, Victoria.

O al menos no sentía la necesidad de volverse a meter en un problema de ese calibre. Por Dios, prácticamente se había prostituido gracias a ese vicio. No pensaba seguir cayendo en la decadencia.

—De acuerdo, haré que mi abogado prepare esa suma para ti.

—La necesito hoy, antes de las ocho.

Victoria lo miró con curiosidad y asintió.

—No quiero que nadie se entere de que fui yo quien te facilitó el dinero.

Frunció levemente el ceño, ¿por qué?

—Si alguien te pregunta di que uno de tus amigos te prestó la suma.

Asintió, no comprendía sus razones pero haría lo que ella quisiera con tal de conseguir ese dinero. Pagando la deuda que tenía con Rosemary, ya nada lo ataría a Las garras de Lucifer y no volvería a ese club en su maldita vida.

Llegó al club a las ocho treinta en punto, decidido a acabar con todo de una vez por todas, y no le sorprendió encontrar a Rosemary hablando con el conde de Ross, si bien pronto el hombre se iría, esa mujer no dudaría en mantenerlo a su lado hasta el último día.

Ellos fueron amantes por casi dos años, aunque no comprendía su acuerdo porque él fue la primera vez de la cortesana.

—Vine a cubrir mi deuda. —Dejó el cheque sobre el escritorio, consiguiendo sorprender a Rosemary, quien guardó silencio por largos segundos.

—¿Cómo...?

—Mis amigos son ricos, querida.

No estaba seguro si fue su impresión, pero la vio tiritar.

—No llamé a mi abogado para romper el acuerdo, debemos esperarlo. Llama a Hamilton, querido.

—Debo irme, no tengo mucho tiempo.

—No creo que tome demasiado. —Se mostró más tranquila y tomó asiento tras su escritorio.

—Después de esto no quiero seguir siendo miembro del club.

Ella lo miró con sorpresa, pero silenciosamente terminó asintiendo.

Se veía extraña, era como si toda la seguridad que desprendía la hubiera dejado en su alcoba antes de salir a su encuentro.

Hamilton llegó y Rosemary le dio la orden que anulara el contrato y su membresía, algo que lo dejaba fuera de toda actividad que el club organizara en un futuro. No muy seguro la vio retirarse y sintió que algo tramaba o se traía entre manos, la pelinegra no solía ser tan silenciosa.

No la habría humillado, ¿verdad?

Lo menos que quería era hacerla sentir menos, era una mujer fenomenal, tanto como persona como en la cama; pero simplemente no era la mujer que deseaba ni añoraba, por lo que no podía seguir con esa farsa. Menos cuando odiaba ser el sumiso de alguien.

Antes de marcharse pidió hablar con ella, para explicarle el por qué anulaba todo, pero era demasiado tarde, Rosemary ya no estaba en el club y al parecer no tendrían noticias de ella durante unos días.

Revisó su reloj de bolsillo y se alivió al ver que aún le quedaban cinco minutos para las nueve.

Llegó a la casa de su esposa con dos minutos de retraso pero no le importó, le entregó su abrigo, sombrero y bastón al mayordomo y ordenó que lo guiaran hacia los aposentos de su esposa.

Una criada se encargó de llevarlo hacia el dormitorio de Seraphina y las manos empezaron a sudarle de anticipación al ver que abría la puerta. Sin embargo, ella no estaba, por lo que con disgusto miró a la muchacha.

—Pronto se reunirá con usted, milord.

Ingresó a la estancia con paso resuelto y cuando estuvo totalmente solo en el lugar, evaluó la estancia con seriedad. No quería que el tiempo corriera en su contra, Seraphina estaba equivocada si creía que con unos minutos sería suficiente, a él le gustaba ir lento pero seguro, adoraba los gemidos femeninos y se moría de ganas por oír los suyos.

Observó la botella de vino y las dos copas que estaban sobre una mesilla al lateral de la alcoba e hizo una mueca. Si había aprendido algo con Rosemary, era que el karma existía y no volvería a ingerir nada que le invitase una mujer.

Él había drogado a Seraphina y Rosemary lo había drogado a él, por lo que no permitiría que su esposa hiciera exactamente lo mismo.

Al menos había sido flexible en el hecho de que no podía saltarse sus obligaciones en el lecho, si se hubiera rehusado a complacerlo, Lucien habría tenido que jugar sucio y esa era una de sus especialidades.

Dado que su esposa no hacía acto de presencia todavía, optó por despojarse de su ropa prenda a prenda, para ganar mayor tiempo. Del armario sacó una toalla, envolviéndosela a la altura de la cadera, y apoyando un brazo sobre el alfeizar de la chimenea esperó por ella silenciosamente hasta que la puerta se abrió, enviándole una oleada de placer directamente a la ingle.

La boca se le hizo agua al verla envuelta en una salto de seda que le llegaba por encima de las rodillas. Sus muslos llenos y apetitosos le generaron un profundo placer por tocarlos y los músculos se le tensaron al ver su hermosa melena rubia suelta, le llegaba hasta la altura de los glúteos.

¿Cómo pudo desperdiciar todo ese tiempo?

¿Por qué no tuvo el valor de desvirgarla cuando estuvo allí, bajo su poder y dispuesta?

—Llegas tarde —arrastró sus palabras, humedeciendo su propia boca para no entrar en sequía y ella le miró con frialdad.

—Creí que no vendrías. —Se acercó a la mesa donde estaba la botella de vino y sirvió dos copas con las manos temblorosas—. ¿Realmente planeas acostarte conmigo? —preguntó nerviosamente y sintió un poco de pena por ella.

Era normal que no se sintiera segura junto a él, durante años se la pasó menospreciando su cuerpo cuando en el fondo siempre deseó devorarla en su totalidad, degustando su mágico sabor.

Con una mano levemente temblorosa le entregó su copa y Lucien simuló que disfrutaba del líquido cuando lo único que hizo fue humedecer sus labios. En cambio ella, bebió el contenido de un solo trago como si eso fuera a brindarle mayor valor para cumplir sus deberes conyugales.

—No necesitas ponerte tan nerviosa, no soy un monstruo.

Lo miró de reojo.

—¿Y si te encuentras con algo que no te gusta?

La miró de pies a cabeza, sintiendo como su ingle palpitaba bajo su toalla.

—Eres per...

Le hubiera encantado terminar su monólogo, pero cuando Seraphina se quitó el salto, no supo qué emoción le invadió primero; si el placer de ver su hermoso cuerpo como Dios lo trajo al mundo o la rabia e impotencia al ver las marcas en distintos lugares de su piel.

Marcas que le decían a gritos que su esposa fue la mujer de otro hombre.

Capítulo 10

Seraphina sabía que estaba cometiendo una locura al mostrarle las marcas que él mismo le dejó cuando creía que era Rosemary, pero Dios, ¡no pudo retenerlo como Rosemary! La única manera de impedir que quisiera pasar la noche con ella era mostrándole esas vergonzosas marcas.

Respingó cuando él le dio la espalda, y no supo cómo tomar el hecho de que se pasara la mano por el pelo con frustración.

Algo en su pecho se alojó al saberse poco deseada por él, posiblemente sentía tanta repulsión de su cuerpo que ni siquiera podía mirarla a la cara. Era normal, ella no era una beldad y nunca lo sería. Él se acostó con Rosemary por dinero y ahora que pudo pagar su deuda no quería volver a estar con una mujer que poseyera su tan desagradable cuerpo.

Los hombres como Portman las preferían de otra manera.

Ahogando su propia tristeza se cerró el salto con torpes movimientos y trató de recuperar la confianza que siempre decía poseer.

Algún día encontraría al hombre perfecto para ella; y para ese individuo sería perfecta con cada uno de sus defectos. No tenía que deprimirse, Portman no era para ella y una vez que su matrimonio se anulara, podría ser libre para seguir con su vida.

—Creo que lo mejor será que me retire.

Se volvió sobre su lugar y salió huyendo hacia la puerta, después de ese episodio él no quería ni verla a la cara, por lo que Seraphina podría aprovechar ese tiempo para inventarse al dichoso amante que la dejó embarazada.

—No tan rápido —gruñó él, dejándola helada, y antes de procesar lo que había escuchado, una fuerza mayor tiró de ella hacia atrás obligándola a volverse sobre su eje e ir a parar contra el fornido pecho de su esposo—. No hemos terminado.

—Pe-pero... —El aire empezó a faltarle, nada de eso había estado en sus planes, y la mirada llena de determinación de Portman no la estaba ayudando a pensar con claridad.

En su vida se había sentido tan intimidada y pequeña ante alguien, pero ahora recién era consciente de lo fuerte y alto que era su marido en comparación suya. Sabía que acostarse con él sería placentero, ya lo había hecho y también podría darle ventajas porque existía mayor posibilidad de que se embarazara lo antes posible; pero no quería hacerlo, odiaba la idea de tener que entregarse a un hombre que la despreciaba y consideraba desagradable.

Contuvo el aliento cuando él tiró torpemente del lazo de su salto y no supo qué hacer cuando deslizó la tela por sus cálidos hombros que en ese momento ardían por dentro. Él estaba prácticamente desnudo ante ella, lo único que lo cubría era una toalla y ahora ella se encontraba desnuda, con su salto de dormir a sus pies, y su cuerpo totalmente expuesto.

—Te fui infiel —soltó con voz rota, nerviosa por lo que podría ocurrir si continuaba con esa barrabasada.

Con una lenta y agónica caricia la obligó a inclinar el rostro, brindándole un mayor acceso a la curvatura de su cuello. Su mano siguió el camino, posando los dedos por más segundos en las pequeñas hematomas, y sin poder controlarse tragó con fuerza, totalmente horrorizada por el

placer que estaba sintiendo por todo el cuerpo.

Siendo Rosemary, ella tenía el control; pero como Serpahina... Se sentía tan débil y vulnerable ante él.

—Es la prueba de mi...

—Yo borraré estas marcas —susurró con voz ronca, inclinándose sobre ella para posar los labios sobre una. Se aferró a sus brazos al sentir su cálida lengua, humedeciendo el lugar—. Él pudo haberte tenido, pero al igual que estas marcas: él es pasajero. En cambio yo, tengo la certeza de decirte que soy para toda la vida.

Por los santos, ¿qué diantres el sucedía a Portman? En su vida ese hombre le había dicho algo bonito y ahora no sólo trataba de ser considerado con ella, sino que estaba implementando todos sus esfuerzos para excitarla.

Y para su desgracia lo estaba consiguiendo.

Un sonido vergonzoso brotó de su garganta cuando sus labios siguieron besando las marcas que él mismo había puesto en su cuerpo y se sintió una estúpida por cohibirse.

¿Por qué Rosemary podía y ella no?

«Porque no importa si eres Rosemary o Seraphina, él no te desea como ninguna». Le dijo una vocecilla, revelando la dura verdad.

¿De qué le servía esforzarse si él tenía a otra mujer en su mente? ¿Para qué formar parte de ese acto, disfrutarlo y anhelarlo, si luego él vendría y le diría que mientras lo hacían pensaba en otra mujer?

La piel se le erizó al sentir como sus manos se posaban en su cintura y bajaban en una larga caricia hasta sus pantorrillas, mientras él se hincaba y quedaba con el rostro frente a su monte de venus.

Retrocedió, pero ahogó un gritillo cuando su espalda impactó contra la fría puerta de mármol. Estaba acorralada, bajo la intensa mirada de su esposo, y lejos de huir sólo quería elevar su pierna y pedirle que le diera todo el placer que fuera posible.

Aunque sea por mera obligación.

Él aspiró fuertemente, besando los hematomas de sus muslos, y subiendo en una lenta agonía acunó sus mejillas y se rozó contra ella con suma delicadeza.

—Soy tu marido y tienes deberes conmigo —dijo con voz aterciopelada, acariciándole la ardiente piel de su oreja con su aliento—. Pero no voy a forzarte, ¿quieres esto, Seraphina?

«Sí, sí que lo quería y la humedad entre sus piernas se lo confirmaba a gritos».

—Yo...

—Te deseo. —Se estremeció de la cabeza a los pies y abrió los ojos, sorprendida. Él se rio de lado y como si le leyera la mente sujetó una de sus manos y después de deshacerse del único pedazo de tela que los separaba, hizo que tocara su duro miembro—. Pero eres libre de elegir lo que quieres para esta noche.

Comprender que incluso sabiéndola una adúltera quería pasar una noche con ella la conmovió en exceso, no había pensado que pudiera generar algún tipo de emoción o sentimiento hacia Portman, por lo que sin ser consciente de las consecuencias, acarició cautamente el gran falo de manera ascendente y descendente, robándole un ronco gemido de los labios.

—Creo que te quiero a ti. —Se mordió el labio inferior, sintiéndose una estúpida por ser tan débil, y algo a sus pies se movió al ver su lasciva sonrisa.

¿Le estaba sonriendo a ella?

Era una locu...

Abrió los ojos de hito a hito cuando sus labios se encontraron y sin saber muy bien cómo reaccionar, recordó el beso que Ross le dio hace unos días, poniendo en práctica los movimientos para no mostrarse tan inexperta con Portman.

Las cortesanas del club le dijeron que lo peor que podía hacer era besar a su amante, pero no podía no besarlo, era su esposo y si evitaba el encuentro de sus labios él podría asociarla con Rosemary; además... Se sentía tan bien, él besaba tan bien.

Sus lenguas se enredaron con desenfreno, incapaces de darse tregua alguna y lo abrazó por el cuello para conseguir mayor estabilidad. Estaba demente, no debería dejarse llevar por el momento, pero maldición, quería ese beso con cada fibra de su ser porque había marcado una gran diferencia con sus antiguos encuentros con Portman.

Él rompió el beso, jadeante, y antes de que ella pudiera reclamar dijo:

—Abrázame con las piernas por la cintura. —Frunció el ceño, pero rápidamente él la elevó del piso y ella siguió su orden, resoplando ansiosa por el roce de sus miembros.

Lo necesitaba, su cuerpo pedía a gritos la penetración.

Sus labios volvieron a encontrarse y entre gemidos y jadeos terminó tendida en el colchón con su esposo entre sus piernas. Lejos de sentirse cohibida como hace unos minutos, Seraphina estaba más confiada de sí misma que nunca. Las manos ansiosas de Lucien le daban la fortaleza necesaria para olvidarse de sus complejos y disfrutar del calor de su cuerpo y besos.

El beso volvió a romperse y tratando de recuperar el aliento, lo vio deslizarse hacia abajo mientras sus labios disfrutaban cada centímetro de su piel. Tiró la cabeza hacia atrás cuando su amplia mano acunó su gran pecho y gritó por lo alto cuando su boca devoró gran parte del otro sin contemplación alguna.

En lo que él estrujaba, besaba y chupaba sus pechos, Seraphina sintió que su alma pronto abandonaría su cuerpo.

Era diferente, si bien la intensidad del momento no le permitía decir que estaba siendo cuidadoso con ella, sus caricias y besos le decían que estaba siendo mucho más amable y escrupuloso que cuando solía estar con Rosemary.

Era como si realmente quisiera hacerla disfrutar de cada una de sus caricias.

—¡Ah! Portman —exclamó entre jadeos, levantando las caderas, y él dejó de besar sus pechos para levantar su oscura y diabólica mirada en su dirección.

—Lucien, preciosa, llámame por mi nombre.

Ya estaba haciendo mucho dejándose besar por él, por lo que eso no ocurriría. No quería ser tajante, pero Portman debía ser consciente que eso era únicamente sexo. Por alguna extraña razón, sus palabras le dieron la sensación de que él le estaba haciendo una promesa mucho más significativa.

Algo que ella no pensaba aceptar.

—Te necesito, Portman —imploró, ignorando sus palabras, y un escalofrío recorrió su espalda al ver el enojo en su mirada.

Él descendió aún más, posicionando el tórax entre sus muslos, y mirándola a los ojos empezó a acariciar estoicamente sus labios internos. Presionó su dedo corazón contra su duro botón y robándole un gemido lastimero deslizó dos dedos en su canal.

—¡Si! Más, necesito más. —Se removió inquieta, dejando que le hiciera el amor con los dedos, y con el cuerpo perlado y la mente nublada por el placer, sonrió extasiada al sentir como su boca se posaba en su húmeda hendidura para arremeter contra ella con fervor—. Oh mi Dios. — Se arqueó, empuñando su oscura cabellera, y sin reparo empezó a contonear su cadera contra él,

sintiendo su orgasmo muy próximo—. Sí, sí, un poco más.

Sus labios se alejaron de su vagina, haciéndola enfurecer, y se apoyó sobre sus codos para fulminarlo con la mirada.

—Mi nombre, preciosa, sino no tendrás lo que quieres.

Guiada por un pequeño diablillo, Seraphina sonrió con coquetería y gateó hasta él para posicionarse a horcajadas sobre su regazo.

—Hazme tuya, Lucien —susurró en tono seductor, arrastrando sus palabras, y la satisfacción le llenó el pecho al verlo tragar con fuerza—. Te necesito en mí.

Él rodeó su cintura con posesividad desmedida y la elevó un poco para introducir su mano entre sus cuerpos. Tiró la cabeza hacia atrás cuando el glande acarició su entrada y sin esperar que él empujara en ella, se dejó caer sobre el duro miembro robándole un gruñido ahogado.

No pudo detenerse a pensar con claridad, se sentía tan ansiosa que lo abrazó por el cuello y empezó a cabalgarlo, adorando llevar el control. No obstante, eso no duró mucho porque él la hizo rodar por la cama y la dejó abajo, empezando a bombear sin compasión alguna.

—Me gusta más así —afirmó, mientras la hacía gritar de placer.

—No... —Intentó retomar la antigua posición, pero él sujetó sus piernas y la obligó a ponerlas sobre sus hombros.

Dios, se sentía tan bien. La fricción era tan maravillosa que sólo quería más, ¿cómo pudo dejarla sin eso por tanto tiempo?

Se las ingenió para liberarse de la gloriosa posición y sin saber exactamente como lo hizo, lo empujó por el pecho y nuevamente terminó sobre él. Sin embargo, él no le dio tregua e hizo un segundo giro para estar arriba otra vez.

—No me gusta ser gobernado.

—Qué casualidad —respondió jadeante y lamentó que él se apartara, retirando por completo su aún duro miembro.

—Para todo hay una solución. —Se recostó a su espalda, tomándola por sorpresa, y sin saber exactamente cómo reaccionar cuando le levantó la pierna y la posó tras sus glúteos, Seraphina giró el rostro para buscarlo con la mirada.

—¿Qué ha... Ah? —suspiró encantada.

Nuevamente estaba en ella, en una posición en la que ambos estuvieran a la par.

Él la besó, tragándose sus lastimeros gemidos y abrazándola por detrás acunó sus pechos e hizo que su mundo diera un giro de ciento ochenta grados por el magnífico placer del momento. Jugueteeó con su lengua, adorando sus duras estocadas, y cuando Lucien pellizcó sus pezones no fue capaz de contenerse un segundo más, dejó que su orgasmo estallara y rodeó el viril miembro con sus fluidos mientras este expulsaba los suyos con potencia, dejando su semilla en su interior.

El beso perdió intensidad y jadeante Seraphina dejó que su mejilla se apoyara en su brazo, mientras le daba la espalda y se daba unos minutos para recuperar la compostura.

¿Qué fue lo que hizo?

Besarlo había sido un terrible error.

Él salió de su interior, robándole un suspiro, y lejos de apartarse la abrazó por la cintura y permaneció junto a ella como si eso fuera algo normal.

¡Claro que no lo era!

Cuando Rosemary y Lucien se juntaron, cada uno se fue por su lado después de compartir el lecho, ¿por qué Lucien se quedaba ahora?

Juntó los párpados cuando las yemas de sus dedos acariciaron sus pezones, vientre y cadera y

ladeó la cabeza, confundida.

—Debes irte —espetó en tono grosero, apartando la mano de su cuerpo y se incorporó con determinación, saliendo de la cama con prisa.

No podía seguir allí, sentía que se ahogaba en la compañía de Lucien.

—¿Cómo? —No se volvió a mirarlo cuando recogió su salto de dormir—. Seraphina, no puedes irte as...

—Mi deber es satisfacer tu apetito sexual y ya lo hice, no es necesario quedarnos recostados en la misma cama —soltó con dureza, odiando el temblor de sus manos.

Escuchó el crujido de las sábanas y alzó el mentón con altanería al verlo frente a ella.

—¿Crees que esto es lo que yo quiero? Estoy tratando de que esto funcione, de que este matrimonio salga adelante.

Sonrió con sorna, odiando sentirse tan afectada por su sincera confesión.

—Eso no pasará —soltó con un hilo de voz—. Lo que se planta bajo mentiras, engaños e insultos, no puede florecer. No te quiero, Lucien, cumplí con mi deber y ahora tu cumple con tu palabra y lárgate de mi casa.

Tensa por el incómodo silencio que se instaló en la alcoba, acomodó su cabellera hacia atrás y ladeó la cabeza desesperada.

—Eso es todo lo que puedo ofrecerte, si piensas volver en algún momento debes avisarme con tiempo y esta es la única hora que dispondré para ti.

Y dichas esas palabras salió de la alcoba, dejando a su esposo totalmente mudo y desnudo en medio de la habitación que ella solía utilizar. No podía hacerse falsas ilusiones, un matrimonio normal con Lucien sería una locura.

Era un mujeriego, un jugador y despilfarrador de dinero; ese hombre no tenía nada bueno que ofrecerle. Ni siquiera un futuro próspero, dado que cuando heredara todo el dinero de lady Victoria, seguramente iría a perderlo en la mesa de alguna casa de juego.

Capítulo 11

—Debes parar, Seraphina —ordenó Zachary con la mandíbula apretada y lo miró de reojo.

¿Pretendía darle algún tipo de orden? Porque si era así, su mellizo ya debería estar al tanto de que eso sería imposible.

—No entiendo cuál es tu afán de incorporarte nuevamente en sociedad, ambos acordamos hace dos años que cuando consiguieras la anulación de tu matrimonio saldríamos de Londres sin pensarlo ni mirar atrás.

Era verdad, su mellizo había sido el que le había generado la ilusión de dejar Londres hace dos años; sin embargo, la anulación ya no era una opción y ciertamente tampoco estaba muy convencida si irse con Zachary sería una buena idea.

Ella quería irse sola y tener la libertad de decidir por sí misma. Con su hermano, eso sería imposible porque Zachary era demasiado sobreprotector para su agrado. Además, él estaba en una edad en la que debería disfrutar de su juventud, de las mujeres y su fortuna.

¿Por qué irse con ella?

Desde su punto de vista: era la compañía más aburrida que su hermano podía escoger para viajar por el mundo.

—Me di cuenta que echaba de menos la vida de la ciudad.

El hermoso rubio de ojos azules achicó los ojos con desconfianza y se sentó junto a Seraphina en el amplio sofá, ignorando lo poco que a su hermana le importaba su opinión respecto a su regreso a la ciudad.

—Podríamos viajar si así lo deseas. —Acunó su mano con ternura y sonrió de lado, su hermano no quería que volviera a salir herida por culpa de Portman.

—No, eso no está en mis planes por ahora.

—No me gusta que te involucres con tu esposo, ese hombre no te merece.

Le sorprendió la pasión y energía que implementó en sus palabras, nadie en su casa estimaba a su esposo, pero el que Zachary lo odiara con cada fibra de su ser solía asustarla.

—Tampoco quiere ser merecedor de mí, no debes preocuparte. —Desconfió un poco de sus propias palabras, dado que Portman últimamente estaba actuando muy extraño—. Si lo que te preocupa es que esté mucho tiempo con él, hay una manera de evitarlo.

—¿Cuál? —preguntó al instante, como si le urgiera implementar distancia entre Portman y ella. ¡Su hermano estaba exagerando!

Lucien no era un hombre peligroso, ya se había dado cuenta que después de todo sí era un caballero. La noche anterior él se había marchado sin rechistar, obedeciendo su petición, otro podría haberse impuesto y hacer lo que se le viniera en gana, pero todo indicaba que el orgullo de su esposo era inquebrantable y él no tenía la más mínima intención de rogarle.

—Necesito que llevemos a cabo la fiesta campestre del club.

Zachary se acarició el mentón, pensativo.

—¿Lo hablaste con Connor? Es un proyecto que lo venimos planeando desde hace mucho, pero llevarlo a cabo es todo un proceso. Serán tres semanas de pura decadencia, no sé si estamos listos

para hacer un cronograma e invitar a los miembros.

—Tenemos que estarlo —soltó con tranquilidad, no había nada que ellos no pudieran manejar—. Y quiero que se me envíe una invitación a mi nombre.

—No pienso permitir que vayas a una fiesta de perdición junto a tu esposo.

Sonrió con sorna.

—Ahí está la cuestión, hermano, Portman renunció a su membresía el día de ayer, por lo que queda fuera de todas nuestras actividades y ni siquiera arrastrándose podrá obtener pase libre a nuestra fiesta.

Zachary lanzó una sonora carcajada y se dirigió hacia la vitrina para servirse uno de sus costosos tragos en una copa de cristal.

—Muy lista, si Portman ve que su esposa decide asistir a una fiesta de perdición de tres semanas, él no dudará en pedir la anulación de su matrimonio.

¿Cómo decirle que la anulación era algo imposible ahora que había consumado todo con su marido y muy probablemente estaba embarazada?

Algo en su interior le dijo que se guardara ese secreto para sí misma y sin hacerle comentario alguno siguió conversando con él sobre cómo se llevaría a cabo la fiesta que pensaba realizar en una de sus casas campestres que estaba en las afueras de la ciudad.

Requería un lugar alejado y donde no hubiera un pueblo cercano, lo menos que necesitaban era que sus miembros se sintieran amenazados por el escándalo; esa casa era ideal y nadie sabía que era de Sutherland.

Zachary se mostró muy satisfecho toda la tarde y decidido a superar cualquier barrera que Connor le impusiera, se dirigió hacia Triunfo o derrota para hablar con los dueños y buscar su aprobación para llevar a cabo dicha fiesta.

Tenía la certeza de que Connor aceptaría, puesto que él sí estaba al tanto de todo lo que llevaba haciendo en los últimos días con su esposo.

Engañar a Zachary era cosa sencilla, pero a Connor... A ese hombre nada se le escapaba de las manos, por lo que prefería tenerlo de amigo y aliado antes de tenerlo como enemigo. A pesar de que cualquiera esperaría que el marqués de Sutherland estuviera muy ocupado con su esposa y los gemelos, él siempre sacaba tiempo para su trabajo y ellos, así que jamás podría acusarlo de ser un mal hermano.

Se retiró del club a las ocho treinta, temiendo que a Lucien se le ocurriera llegar a las nueve a su casa, y tal y como lo había esperado, él ingresó a su alcoba mientras tomaba un baño sin llamar o hacerse anunciar con su gente.

No le sorprendió, él siempre hacía lo que se le venía en gana.

Le parecía extraño que estuviera ahí, si mal no recordaba él tenía en mente a otra mujer y por eso dejó a Rosemary, ¿cuál era el afán de perder el tiempo con ella?

Claro... seguro el ego de su esposo estaría muy dañado, ningún hombre tomaba de buenas a primeras el hecho de que su mujer tuviera un amante.

Observó a su doncella, que estaba tan colorada como un tomate, y sonrió con diversión.

—Puedes retirarte, ya no necesitaré tus servicios.

La doncella desapreció de la habitación en menos de un segundo y con una sonrisa traviesa Seraphina recostó su espalda en la lujosa bañera para luego sacar una de sus piernas del agua.

—Supongo que piensas ayudarme, ¿verdad? Por tu culpa acabo de quedarme sin doncella.

Había pensado que se encontraría con un Lucien molesto y dolido por su rechazo del día de ayer; no obstante, una gran satisfacción le invadió en el pecho cuando le regaló una sonrisa igual

de traviesa que la suya.

Se arrodilló a los pies de la bañera y sin emitir palabra alguna se quitó la levita y remangó su camisa para después sujetar el pequeño paño y remojarlo en el agua para empezar a lavarla con una delicadeza alarmante.

—¿Por qué no avisaste que vendrías? —Quiso saber mientras él restregaba su espalda, robándole suaves gemidos lastimeros

—No suelo seguir órdenes, querida.

—No es una orden si te presentas en casa ajena.

—Digamos que me incliné por el factor sorpresa —expresó con voz ronca, haciéndola temblar de placer—, no se me apetece pelear contigo esta noche.

—Esta hora, querrás decir —le corrigió, incapaz de dejarse seducir por sus atractivas palabras y grandiosas caricias.

Tiró el rostro hacia atrás cuando su mano se deslizó por su vientre bajo y separó las piernas con ansiedad al sentir como sus dedos la complacían dentro del agua. Uno la penetró sin mayor preámbulo y gimió roncamente, buscándolo con la mirada.

—Entra al agua —pidió delirante y odió ver como una gloriosa sonrisa se dibujaba en su rostro.

—No lo creo, preciosa. —Retiró su mano en su totalidad y se incorporó con parsimonia, buscando una toalla para secar sus manos—. Estás lista, puedes salir de la bañera.

Enarcó una ceja, gratamente sorprendida.

¿Pensaba estimularla y luego dejarla colgada para que fuera ella quien le pidiera que se quedara esa noche?

¿Tan estúpida le creía?

Llevaba dos años viendo las artimañas de los miembros de su club, jamás dejaría que Lucien le viera la cara de idiota.

Si bien Lucien era un punto que ella denominaría como débil a la hora de mostrarse totalmente desnuda, no pensaba dejarse cohibir por su notoria presencia, por lo que levantando el mentón e irguiendo la espalda, salió de la bañera y contoneando sus caderas se acercó hacia él, extendiendo los brazos.

—Puede secarme, milord —informó con la voz demasiado afectada para su gusto.

No era fácil para ella actuar con normalidad cuando su esposo la observaba con una intensidad escalofriante. Dios santo, las piernas querían fallarle e incluso así se mantuvo firme y no retiró la vista de sus hermosos ojos color gris que en ese momento parecían estar atravesando toda una tempestad.

El boqueó, como si quisiera poner una objeción, pero terminó asintiendo y empezó a secarla con lentitud. Juntó los párpados con nerviosismo cuando acunó sus pechos y los masajeó con ahínco y la boca se le hizo agua cuando se hincó a sus pies y empezó a secarle el interior de sus muslos.

Cuando hubo terminado, volvió a incorporarse y rodeó su cuerpo con la toalla, encargándose de que esta se sujetara por encima de su busto. Sujetó otra totalmente seca y con delicadeza la guió hacia la chimenea pidiéndole que se sentara en el diván.

Empezó a secarle su larga cabellera, masajeando su cabeza con parsimonia.

¿Qué demonios le sucedía?

Si Lucien quería un hijo, esa no era la manera de hacerlo.

Miró de reojo como sujetaba su cepillo y contuvo el aliento cuando empezó a peinarle. Eso era

demasiado para ella.

—Dado que estás sumido en la pobreza, podría contratarte como mi doncella personal si lo deseas —bromeó, riendo nerviosamente, y tragó con fuerza cuando él se inclinó sobre su cuello para susurrarle:

—Si el trabajo incluye verte desnuda todos los días; lo haría gratis.

¿Por qué actuaba así con ella? En su vida él había sido amable con su persona, ¿qué había cambiado ahora?

—Si lo consideras un honor, supongo que yo tendré que cobrarte. —Endureció la voz, no podía mostrarse tan afectada.

¡Él no iba a ganar esa batalla!

—¿Me dices que no darías lo que fuera porque mis dedos te acariciarán otra vez?

«Maldito engreído».

Lo vio desplazarse por la habitación y aún envuelta únicamente en una toalla, cruzó las piernas al ver que se sentaba junto a ella.

—¿Qué estuviste haciendo todo este tiempo?

Se tensó, no había esperado que le hiciera una pregunta de ese calibre. A él nunca le interesó la vida privada de Seraphina, ni siquiera la pública solía ser de su interés.

—Nada en concreto.

No era como si pudiera decirle que se forjó una fortuna y ahora tenía mucho poder gracias a un club nocturno.

—Perdón, nunca fui a verte.

Abrió los ojos sorprendida y evitó exteriorizar lo mucho que ese hecho le dolía y enfadaba.

—¿Cómo lo harías?; tenías muchas amantes que atender.

—Nos casamos sin amor de por medio, Seraphina —contraatacó y ella lo miró con enojo.

—Me obligaste a casarme contigo, Lucien, nunca fue una elección para mí.

—Cometí mis errores.

—Y espero un día los pagues con creces —escupió con desprecio, recordando el por qué odiaba tanto a su marido.

—Quiero que las cosas mejoren entre nosotros, pero si no me ayu...

—Lo último que quiero es convivir contigo —se sinceró, volviendo el rostro hacia él—. Sueño con irme y el día que te dé un heredero eso ocurrirá. Seamos sinceros: tú no toleras mi compañía y yo no tolero la tuya, esto es recíproco.

—¿Por qué hablas por mí? —No le gustó verlo tan tranquilo, dado que algo en su interior le decía que sus palabras lo habían enervado de sobremanera.

—¿Recuerdas cuando tus amigos me insultaban y tú no hacías nada por proteger mi honor? —Ahora sí hizo que se tensara y perdiera el color en el rostro—. Bueno, te recordaré como les dijiste que tu deber era aguantarme porque era tu esposa, pero que efectivamente mi compañía era intolerable para ti.

Él retiró la mirada con la mandíbula presionada y no le dijo nada por largos segundos que le parecieron una eternidad.

—La gente cambia.

—Me queda claro. —Miró el reloj que tenía sobre la chimenea—. Tienes veinte minutos. —Se incorporó y sin dudar lo dejó que la toalla cayera a sus pies y se puso delante de él—. No lo pierdas hablando.

La intensidad de su mirada le brindó mayor seguridad y ahogó un jadeo cuando él tiró de su

mano y la sentó en su regazo, totalmente desnuda.

—¿Quién fue el primero?

«Tú».

No le dio una respuesta, simplemente lo abrazó por el cuello y enterró los dedos en su oscura cabellera.

—¿Importa?

—Mucho —soltó vagamente, moldeando sus pechos con la palma de su mano—. Él sacó a la mujer ferviente que llevas dentro, te enseñó a hacer todo lo que sabes y eso me enerva como no tienes idea, porque no fui yo.

Acarició su mejilla, sintiendo su barba incipiente.

—Tú no quisiste serlo —le recordó con dolor en la voz, delatándose levemente.

Él rodeó su cintura y lejos de darle una respuesta la abrazó con fuerza y enterró el rostro en la curvatura de su cuello, aspirando su olor. Se sintió vulnerable, cuando él estuvo con Rosemary ninguna de esas muestras fueron parte de su arte de seducción, no tenía la menor idea de cómo proceder.

—Quiero matarlo.

«Yo también».

Por su culpa se sentía débil, ingenua e insegura; no quería caer en las garras del amor con un hombre que lo menos que quería era amarla.

Al darse cuenta que Lucien estaba un tanto lento en el arte de seducción, Seraphina se deslizó hacia abajo y lo instó a separar las piernas para posicionarse entre ellas. Estaba nerviosa, de verdad no sabía mucho del sexo oral pero había leído sobre él y suponía que dárselo a su esposo la ayudaría a motivarlo. En su primer encuentro no fue tan detallista ni permaneció mucho tiempo con esa labor, por lo que ahora no sentirse nerviosa era inevitable.

Le sonrió con picardía y cuando intentó abrirle los pantalones, la sangre se le congeló por la brusca manera en la que sujetó sus manos. Rápidamente lo buscó con la mirada y sin comprender su estado de enojo se hizo a un lado para que él se levantara.

¿La estaba rechazando?, ¿por qué estaba tan enojado?

—¿Qué diantres te sucede? —exigió saber mientras se incorporaba y se cubría el cuerpo, y respingó cuando él se volvió hacia ella, furibundo.

—¿Quieres saber que me sucede?! —La zarandeó sin hacerle daño—. ¡Me pasa que me encabrona saber que fuiste de otro! —Abrió los ojos, atónita—. Que todo lo que me hagas, ya lo hiciste con otros —escupió fuera de sí, soltándola con ira desmedida.

Era la primera vez que lo veía fuera de sus cabales y le parecía casi irónico que él se sintiera así, dado que él fue su única experiencia sexual hasta ahora.

Pero eso no tenía por qué saberlo.

—No es mi culpa —respondió con firmeza, aferrándose al pedazo de tela que la envolvía.

Esa aura que desprendía la asustaba.

—¡Sé que es mi culpa, maldita sea! —bramó, dándole una patada al diván, y conectó sus miradas—. Pero los celos me carcomen al no saberte únicamente mía, Seraphina.

Por unos segundos olvidó como respirar.

¿Estaba celoso?

Eso era imposible, lo que Lucien sentía era una apuñalada en el ego al no ser por primera vez el número uno de alguien. Él no la quería, quizá la sentía de su propiedad, pero no podía sentir aprecio por una mujer que abandonó por dos años.

Le dio la espalda, sintiendo como el pulso se le disparaba, y sin saber qué decirle guardó silencio.

Pensó que esa hora estaría llena de erotismo y placer, pero no... Ahora se sentía tan perdida que lamentaba haber salido del refugio que tenía en Las garras de Lucifer.

—No puedo quedarme; mi hora ha llegado a su fin.

Se fijó en el reloj, era verdad. Eran las diez.

Escuchó como sujetaba su levita y sin saber exactamente el por qué lo hizo, se volvió hacia él y habló con total seguridad, consciente de que sus siguientes palabras podrían traerle muchos problemas.

—No es como si el que te quedaras fuera indispensable para mí —soltó con desdén, haciéndolo parar en seco—. Tú mismo lo dijiste, siempre habrá *otros* dispuestos a hacer lo que tú no quieres hacer conmigo.

Contuvo el aliento al ver como su mano presionaba su levita en lo que empezaba a temblar con violencia y rodeó el diván para resguardarse en el lado opuesto de la cama. De acuerdo, no debió haberle dicho aquello, pero ¡maldición! Él no podía irse y dejarla así, había estado dispuesta a darle todo de sí esa noche y la había rechazado.

¡No era justo para ella!

La piel se le erizó al ver como se quitaba el chaleco en un brusco movimiento y la boca se le hizo agua al ver que su camisa lo abandonaba con la misma violencia. Por todos los cielos, había conseguido que decidiera quedarse pero ahora mismo no estaba segura si podría cargar con toda la tensión que el reflejaba en su cuerpo.

Con toda la ropa de su esposo desparramada en su alcoba, Seraphina se quedó sin aliento cuando totalmente desnudo y excitado se posicionó frente a ella.

—Ya... son las diez —titubeó, era la peor estupidez que pudo haberle dicho esa noche.

Lucien tiró de la toalla con brusquedad, dejándola anonadada.

—Termina lo que pensabas hacer —ordenó con dureza, acercándose aún más, permitiéndole sentir su fragancia varonil. No pensaba seguir su orden, ella no recib...—. ¿O temes no estar a la altura?

Respingó, ¿acababa de retarla?, ¿le estaba diciendo que jamás podría ser tan buena como sus rameras?

Indignada por su estúpida pregunta, Seraphina se hincó sin dudarle y un tanto nerviosa por la situación, rodeó el gran falo con la mano desde la base, robándole un gemido dolorido a su marido. Estaba excitado, la dureza de su cuerpo se lo advertía.

Rezando porque sus movimientos fueran los correctos, inició con una serie de caricias ascendentes y descendentes, estimulándolo. Cuando él tiró la cabeza hacia atrás, Seraphina se relamió los labios y los posicionó sobre el húmedo glande, sintiendo su sabor.

Juntó los párpados con fuerza y recordando la recomendación de usar mucha saliva, empezó a mojar el duro falo y efectuar movimientos con la boca como si lo estuviera besando. Lo escuchó gruñir pero no se molestó en observarlo, en ese momento estaba muy ocupada sumergiendo el miembro en su boca, lubricándolo.

—¡Joder! —gimió Lucien y lo miró de reojo, tenía la cabeza tirada hacia atrás y se apoyaba en el poste de la cama con una de sus manos.

Se sintió poderosa, le estaba gustando.

Sus manos se dirigieron a los pesados sacos y como si fuera una experta en la materia, los amasó sin timidez alguna para luego sujetar su miembro y sacarlo de su boca para saborearlo con

la lengua descaradamente.

¿Por qué con él perdía el control de sí misma?

Jadeó sorprendida cuando Lucien empuñó una gran cantidad de su cabellera y sin verlo venir sintió la dura penetración en su boca. Tuvo arcadas, pero no se dejó domar y clavó las uñas en sus duros glúteos, recibiendo los embistes con deleite.

Lo sintió estremecerse y se confundió al verlo retroceder, rompiendo todo contacto de sus cuerpos.

Lanzó un gritillo cuando la elevó hacia arriba por el brazo y directamente sintió como el colchón acariciaba su espalda. Con una sonrisa picaresca separó las piernas para él y Lucien no tardó en cernirse sobre ella y penetrarla con dureza.

—Tú eres mía, Seraphina —espetó con esfuerzo, arremetiendo sin control alguno, y entre gritos y jadeos le dio una respuesta poco pensada.

—Sí, más, Lucien.

—Ningún otro hombre volverá a poseerte, ¿lo entiendes?

Asintió con prisa, ansiosa por llegar al orgasmo. Lo necesitaba tanto, deseaba tanto a su marido que la culpabilidad la carcomía por dentro.

—¡Ah! —Empezó a gritar sin pena alguna, importándole muy poco si alguien la escuchaba, puesto que la brutalidad con la que él la estaba poseyendo la tenía enloquecida.

No le importó tenerlo encima ni que él tuviera el control de la situación, todas las extremidades de su cuerpo se sacudieron al sentir su potente orgasmo y con la respiración desbocada dejó que él la abrazara y se recostara junto a ella después del violento encuentro que tuvieron.

Le dio la espalda, permaneciendo presa de su abrazo, y dejó que su mente vagara por largos minutos sin comprender exactamente lo que tendría que hacer de ahora en adelante. Se estaba volviendo adicta a él y eso era un terrible error, ¡ella iba a irse! Tenía que dejarlo, ese hombre no le ofrecía nada bueno a futuro.

Incluso ahora él tenía a otra mujer, pensaba en otra mujer y tarde o temprano se iría con esa mujer. Aquel pensamiento hizo que su pecho se oprimiera y la invadiera unas inmensas ganas de llorar, algo que ella jamás solía hacer.

Después de un largo lapso se fijó en la hora y se sorprendió al ver que pronto serían las once. ¿Cuánto tiempo llevaban recostados?, ¿por qué él no le decía nada?

La mano masculina se deslizó por su vientre, dirigiéndose a su ingle, y Serpahina juntó los párpados con fuerza preparándose para acabar con todo. No podía permitir que se quedara, eso no sería sano bajo ninguno de los conceptos.

—Debes irte. —Retiró su mano con fuerza y se sentó sobre la cama, percatándose que nuevamente estaba excitado.

—No —respondió con brusquedad y la sujetó de la muñeca con fuerza, sentándose junto a ella —. Pienso quedarme aquí esta noche, te necesito —soltó con dureza, guiando su mano a su miembro—. Tú lo ocasionaste; tú lo solucionarás.

Aunque quisiera hacerlo, se sentía tan vulnerable que no podía aceptar su tentadora oferta.

—No se me apetece, tu hora llegó a su fin.

Lastimándole el orgullo, Lucien la soltó como si su contacto quemara y la miró con rencor.

—Bien, no pienso rogarte. No eres la única mujer que espera por mí en su lecho.

La sangre se le congeló y lejos de sentirse ofendida o deprimida por su comentario, algo en su interior hizo que perdiera el buen juicio y lo sujetara del brazo al ver que pretendía incorporarse.

Claro, esa mujer que él no podía sacarse de la mente seguramente gustosa le abriría las

piernas. Muy equivocado estaba si creía que iba a permitirlo, mientras ella estuviera en Londres él no se acostaría con nadie más que no fuera ella.

¡Lucien era suyo!

Él la miró por encima del hombro y sin controlar su fuerza, Seraphina tiró de él hacia abajo e hizo que terminara tendido en la cama, sin pensarlo se subió a horcajadas sobre el pelinegro y se inclinó para besarlo con vehemencia.

«Es mío».

No podía irse con otra, no después de lo que hicieron en esa cama.

Lucien no tardó nada en responder a su beso con pasión desmedida y pronto lo tuvo en ella, llenándola con fuerza y determinación.

Tenía que existir alguna manera, algún secreto para que él no fuera a buscar placer en ningún otro lecho que no fuera el suyo. Haría lo que fuera, perdería los papeles de ser necesario, pero él no iría en busca de una amante mientras ella siguiera siendo su esposa.

No lo permitiría.

Capítulo 12

Recordando la ajetreada noche que tuvo con su esposa, Lucien sonrió de lado y estiró el brazo para pegarla contra su pecho y recibir su primera mañana, juntos y abrazados; no obstante, se vio obligado a separar los párpados con rapidez al percatarse que la cama estaba vacía.

Rápidamente se sentó y se fijó la hora, era un poco más de las diez de la mañana.

Farfulló una maldición al darse cuenta que la muy sinvergüenza lo había dejado solo en la cama y se incorporó y aseó él mismo para salir en su búsqueda. Aún le costaba creer que le hubiera permitido quedarse, maldición, apenas y habían dormido porque sus cuerpos se reclamaron con hambre a cada minuto.

Quizás aún tenía esperanza de llevarla a vivir con él a su casa, ahora menos que nunca se le apetecía dejar a Seraphina sola. Ella misma se lo había dicho, afuera existían muchos hombres dispuestos a complacerla.

Empuñó sus manos.

Cuando la vio muy dispuesta a brindarle sexo oral, unos terribles celos se apoderaron de él al imaginarse a su esposa con otro hombre en la misma situación. La sola imagen era dolorosa, pero debía aceptarla le gustase o no porque nada de eso hubiera pasado si hubiera sido un mejor esposo.

Una vez que estuvo presentable abandonó la alcoba y se dirigió al piso inferior. El mayordomo le informó que Seraphina estaba en su despacho y sin sorprenderle que fuera la cabeza de la casa se encaminó hacia el mismo.

Ingresó sin tocar y frunció el ceño al no verla por ningún sitio.

Curioso, analizando que pronto volvería, se acercó a su escritorio y observó lo que tenía sobre él. Un sobre dorado llamó su atención, dado que el listón que lo sellaba era negro y sin dudar lo tomó entre los dedos y lo abrió con prisa.

Era una invitación y un mal presagio se alojaba en su pecho a cada segundo que transcurría.

Leyó el contenido y todo su cuerpo empezó a temblar por la cólera al ver que se trataba de una invitación del club Las garras de Lucifer para que su esposa asistiera a una decadente fiesta campestre que duraría tres semanas en las afueras de la ciudad.

No... Eso sí que no pensaba tolerarlo.

¡¿Por qué Rosemary incluía a Seraphina en ese tipo de actividades?!

La razón lo golpeó con fuerza y apretó la mandíbula al comprender que esa era la venganza de la pelinegra hacia él por haber incumplido con su acuerdo. Sintió lastima por ella, su esposa jamás asistiría a un evento tan escandaloso, ¡ella sabría rechazar la invitación!

—¿No te enseñaron a no tocar lo que no es tuyo?

La invitación le fue arrebatada de entre los dedos y confundido buscó a su esposa con la mirada, quien ahora se sentaba tras su escritorio con parsimonia.

—¿Por qué recibes ese tipo de invitaciones? —exigió saber y ella leyó el contenido.

—¿Qué te hace pensar que te daré algún tipo de explicación?

—¡Soy tu esposo! ¡Me las debes! —Golpeó el escritorio con fuerza y ella lo miró con enojo.

—Te lo dije, quiero un amante y con ayuda de unos contactos conseguí una invitación a esta fiesta.

Contó hasta diez, inhaló y exhaló con pesadez, pero incluso así no pudo con toda la rabia que se apoderó de su ser.

—No puedes tener un amante, lo mataré de un tiro si lo descubro.

—No creo que te llegue una invitación, querido. El dueño de Las garras de Lucifer me informó que tú ya no eres miembro del club, por lo que me garantizó que no tendrías pase a esta fiesta.

Sudó frío, nunca debió haber renunciado a su membresía en el club; no obstante, aún podía acudir a Rosemary y engatusarla con lindas palabras para que le permitiera ir a la fiesta. Estaba claro que no podría retener a su esposa, pero al menos yendo podría asegurarse de que nadie le pusiera un dedo encima.

Asintió, tenía a Rosemary en la palma de su mano, conseguir una invitación no sería tan difícil.

—Si tú vas, yo también iré.

La rubia sonrió con malicia.

—¿Piensas vigilarme?

—No. —Sonrió con sencillez—. Pienso follarte cada maldita hora que dure esa fiesta. — Señaló el sobre y sin decir más abandonó el despacho de su esposa y se dirigió hacia su casa.

Necesitaba recomponer su estado y ver si alguno de sus amigos había sido tomado en cuenta para la fiesta de Las garras de Lucifer, si eso era así sería fácil acudir a la misma sin necesidad de rogarle a Rosemary por una invitación; pero si no... tendría que presentarse ante la pelinegra.

—¿Quieres decirme que habrá una fiesta de tres semanas organizada por Las garras de Lucifer y no fui tomado en cuenta? —preguntó Grafton indignado, mirándolos con enojo tanto a Devonshire como a él, y asintió con disgusto—. Ustedes son los peores amigos, ¿cómo se les ocurre tener diferencias con los dueños de Triunfo o derrota? Para todos está claro que ellos son los dueños de Las garras de Lucifer aunque no lo admitan.

Él también pensaba que ellos tenían algún tipo de poder sobre el club, Sutherland encantado le brindaría una invitación a su hermana con tal de estorbarlo.

—Por su culpa siempre quedo fuera de esos acontecimientos.

—Si tanto te disgusta ser mi amigo no es necesario que te quedes un minuto más en mi casa — espetó Devonshire con indiferencia, mirando su libro de cuentas.

—¿De verdad nunca quisiste ir a una de las fiestas decadentes de Triunfo o derrota?

—Odio tanto a la familia Stanton que la idea de poner un pie en la misma estancia que algún miembro me genera náuseas —respondió resueltamente, ignorándolo.

—El punto es —recuperó la atención de sus dos amigos—, que mi esposa irá y si no consigo una invitación no podré controlar sus pasos.

—Ordena que se quede y punto. —Devonshire se encogió de hombros—. Eres su esposo, su deber es obedecerte.

Si tan sólo conociera a Seraphina.

—¿Por qué te importa tanto? La abandonaste por dos años, déjala ser libre —susurró Grafton más para sí mismo pero él sí que llegó a escucharlo, por lo que lo miró con disgusto.

Quiso responderle pero una criada llamó a la puerta y dejó todos los pastelillos y postres que Devonshire ordenó que les sirvieran esa tarde. Su amigo tenía cierta afición por las masas dulces y era muy normal que en la tarde se sirvieran unas cuantas; además, había que recalcar que tenía al mejor repostero de la ciudad dentro de su cocina.

Sentados alrededor de la pequeña mesa, Devonshire retomó la palabra sin emoción alguna en

el rostro.

—Siento que tu esposa está alterando tu vida y eso no está bien, Portman. —Lo miró con curiosidad—. A veces es necesario inculcarles el miedo para que sepan comportarse.

—Estás demente —saltó Grafton, robándole sus palabras.

Él no le haría nada a Seraphina, si quería conquistar a su esposa el miedo era algo que jamás podría inculcarle.

«Y para variar, mi mujer no le tiene miedo a nada».

—Gracias por tu poco recomendable consejo, Devonshire, pero aún tengo la fe de que mi matrimonio no está perdido.

—Lo estará si ella se va a esa fiesta, debes retenerla.

—Claro, ¿por qué no le enseñas como encerrar a su esposa? —ironizó Grafton y Lucien se estremeció al oír la ronca carcajada de su amigo.

—¿Encerrar?, ¿por qué piensan que tengo encarcelada a mi esposa?

Intercambió una rápida mirada con Grafton.

No solía meterse en los temas matrimoniales de nadie, pero para nadie era un misterio que lady Devonshire llevaba casi un año sin ser vista.

—Es ella quien no quiere salir.

Sintió la necesidad de preguntar el por qué, pero se ahorró su pregunta.

—¿Qué harás, Portman? No es por nada, pero tu esposa es muy atractiva, en una fiesta decadente será fácil para ella encontrar un amante. —Grafton comprendía su pesar y trataba de ayudarlo de alguna manera.

—Si estuviera en tu lugar, usaría mi poder para retenerla —espetó Devonshire—. Jamás toleraría que alguien pretendiera robarme algo que por derecho es mío —agregó con frialdad.

—Él dejó que se la robaran cuando decidió llevar un matrimonio cordial a distancia —aclaró Grafton.

—Error; él dejó que se la robaran cuando permitió que lady Portman lo sobrepasara por encima. Ella no comprende cuál es su lugar, su independencia le quitó la cordura.

Ladeó la cabeza; pensativo.

Sus amigos no estaban resultando de mucha ayuda, al menos no Devonshire, quien quería que usara sus mismos métodos para retener a Seraphina, algo que jamás haría porque a diferencia del castaño, él sí sentía algo muy fuerte por su mujer.

Todo indicaba que su única esperanza sería Rosemary y tenía dos días para convencerla de que lo tomara en cuenta para la fiesta campestre.

Se presentó en la oficina de la pelinegra a las ocho de la noche, dado que tenía claro que esa noche también se quedaría a dormir con su esposa, y no le gustó la altanería con la que se presentó ante él, se creía demasiado para su agrado.

—¿En qué puedo ayudarte, querido?

—Quiero una invitación para tu fiesta campestre —dijo sin tapujos, no veía razón alguna para dilatar el asunto. Ellos no tenían mucho de qué hablar.

—Eso es imposible, milord, usted renunció a su membresía. —Lo miró con fingida inocencia y entrecerró los ojos con molestia.

—Entonces cancele la invitación que le hizo a mi esposa.

—¿Lady Portman está en Londres?

¿Acaso no estaba al tanto de esa noticia?

—La vida de mi esposa no es asunto suyo.

—No puedo hacer lo que me pide, milord, yo no invité a su esposa; quizá fue alguno de los socios y si es así debe conversar con ellos.

—¿Con quiénes? —farfulló y la sonrisa perversa de la mujer no le ayudó a sentirse tranquilo.

—Sus cuñados.

¡Esos malnacidos querían sabotear su matrimonio con Seraphina!

Estaba claro que con ellos no conseguiría nada, pero estaban muy equivocados si pensaban que se quedaría de brazos cruzados, permitiendo que otro hombre poseyera a su mujer. Él iría a esa fiesta con o sin invitación, se encargaría que nadie le pusiera un dedo encima a su mujer y la sacaría de esa fiesta a como dé lugar.

—Facilítame una invitación, Rosemary —arrastró sus palabras y ella sonrió con picardía.

—¿Qué me darás a cambio, querido? —musitó con coquetería, acariciando la unión de sus pechos con una sonrisa lasciva en los labios.

La idea de acostarse con otra mujer que no fuera su esposa hizo que el estómago se le revoliera. No podía caer en la trampa de Rosemary, el juego y las mujeres eran dos vicios que pensaba dejar para conquistar a su esposa, por lo que no pensaba menguar su determinación a tan sólo unos días de haber decidido implementar ese gran cambio en su vida.

—¿Puedes ayudarme o no? —preguntó tajante, haciéndola dar un brinco en su lugar, y notando la humillación en su semblante imaginó su respuesta.

—Renunciaste a tus derechos en el club, Portman, estás fuera.

Era una arpía de primera; no obstante, estaba muy equivocada si creía que se quedaría de brazos cruzados, asistiría a esa fiesta y si no lo conseguía dejaría de llamarse Lucien Pierce.

No existiría fuerza sobrehumana capaz de impedir que Seraphina asistiera, por lo que tendría que ser creativo e idearse un plan para adentrarse en la fiesta campestre que duraría tres semanas.

—Eso lo veremos. —Se levantó de su asiento, empujándolo bruscamente hacia atrás, y la pelinegra sonrió alegremente.

—Gracias por su visita, si algún día desea volver a tramitar su membresía para el club no dude en buscarme.

Sin darle una respuesta abandonó el despacho de la víbora que tuvo la desdicha de conocer y se dirigió hacia la casa de Grafton. Él era el único de sus amigos que lo acompañaría y ayudaría a cometer una locura, Devonshire era... demasiado aburrido para aceptar su tentadora oferta.

—¿Quieres colarte en la fiesta campestre de Las garras de Lucifer? —preguntó estupefacto y asintió mientras le daba un largo trago a su copa de whisky.

—En efecto, y quiero que vengas conmigo.

—Si bien es una fiesta de perdición, es de muy mal gusto ir a un lugar donde no te consideran bienvenido. —Se cruzó de brazos, analizando su oferta—. Además no quiero ser altanero, pero tú y yo nunca pasaremos desapercibidos. —Eso estaba claro, eran demasiados guapos para su propio bien—. No creo que logremos entrar tan fácilmente, menos si el dueño ya te denegó una invitación.

Ahí estaba la cuestión, no podían ir como el conde de Grafton ni el vizconde de Portman, necesitaban unos buenos disfraces.

—¿En qué piensas? —inquirió su amigo con un gesto preocupado y lo miró de soslayo.

—Podríamos disfrazarnos.

—Igual requerirás de una invitación.

—No si eres parte del personal de entretenimiento —soltó de pronto, consciente de que cometería la peor de las locuras—. Tu amante es parte del espectáculo que el club siempre

presenta, averigua todo lo necesario y consigue los dos pases que necesitamos.

—¿Estás demente? No pienso hacer el ridículo.

Rodó los ojos con aburrimiento y lo desafió con la mirada.

—Tienes veinticinco años y tu más loca aventura se resume en jugar con la hija de tu mejor amigo y su protegido de ocho años —lo provocó, refiriéndose a la familia de Blandes, y su amigo se ruborizó—. No seas aguafiestas y haz lo que te digo, la pasaremos en grande.

Grafton siseó una maldición por lo bajo y no muy seguro terminó asintiendo.

—Veré qué puedo hacer.

Estaba seguro que la respuesta de su querida sería positiva, Grafton tenía a Graciela en la palma de su mano, esa mujer haría lo que él le dijera sin rechistar.

—Estaré esperando noticias tuyas, por hoy me retiro.

—¿A dónde vas? —preguntó antes de que saliera de su despacho y sonrió triunfante.

—A ver a mi esposa.

Era un poco más de las nueve, pero ella no se haría problema y lo recibiría sin rechistar. Ellos la pasaban muy bien en el lecho.

Sin embargo, lo que Lucien no esperaba esa noche era que el mayordomo de su esposa lo despachara indicándole que lady Portman no se encontraba con ánimos de recibir visita alguna y que su intención era descansar para un evento social que la tenía muy emocionada.

Enfurecido regresó a su casa ofuscado, con un solo pensamiento en la cabeza: ¡Iba a matar a su mujer!

Capítulo 13

Como Lucien no tenía intención alguna de quedar viudo por ahora, se limitó a guardar la cólera que le carcomía por dentro y aceptar el trato que Graciela le hizo a su amigo para que así pudieran ingresar a la fiesta campestre del club.

Como lo había sospechado, habría entretenimiento tanto para hombres como para mujeres. Los invitados tendrían que llevar antifaces, porque según tenía entendido también habrían invitados de alto rango. Le parecía algo tedioso tener que esconder el rostro todo el día, pero debía admitir que la idea era simplemente agradable.

¿Quién no quisiera alejarse una corta temporada de la estirada aristocracia?

La casa campestre estaba a cuatro horas de Londres y el pueblo más cercano se encontraba a media hora en carruaje. Sabía que su esposa asistiría y si bien sus hermanos estarían presentes en el acontecimiento, Lucien no se sentía del todo seguro.

Ella no era una niña inocente y su cuerpo de mujer siempre la pondría en un gran peligro ante los ojos lascivos de los hombres que asistían a este tipo de fiestas.

—¿Qué sucede? —Miró por encima del hombro a su amigo, quien ya estaba disfrazado con su atuendo de lacayo y tenía el antifaz puesto, y regresó la vista hacia la fila de carruajes que ingresaban a la casa.

—Ha llegado —musitó vagamente, viendo el carruaje de su esposa.

Al final ella seguía sin tomarlo en serio, no sólo lo había evitado esas dos noches, sino que había asistido a la fiesta incluso cuando él le había pedido que no lo hiciera.

¿Algún día podría conquistarla?

Ella se veía muy predispuesta a encontrar un amante y por más que quisiera cambiar ese hecho, cambiar su manera de pensar sería muy complicado porque en el fondo fue él quien le hizo creer que eso era lo correcto, que eso estaba bien.

Si bien era su propia fiesta, Seraphina sabía que tenía que estar en guardia.

Algo le decía que Lucien no se quedaría tan tranquilo, ningún esposo lo estaría si su esposa decidía asistir a una fiesta de perdición durante tres semanas sin su compañía. No obstante, no podía seguir permitiendo que entrara a su vida, la estaba confundiendo y la única manera de acabar con todo era haciéndole entender que estaba con otro hombre, que no tenía valía y era igual de mujerzuela que las rameras que él frecuentaba.

Estaba cometiendo una locura y lo sabía, más cuando la noche que durmieron juntos se dio la oportunidad de soñar con un matrimonio de verdad; pero... ¿Cuánto tiempo duraría la magia del hechizo? No quería que algo pasajero le cambiara sus planes del futuro, menos si en ese breve tiempo estaba involucrado el único hombre capaz de hacerla dudar de sus decisiones.

Sólo esperaba que durante esas tres semanas pudiera recuperar su antigua vida, ella no era una mujer sentimental ni mucho menos complicada, pero desde que Lucien regresó a su vida todo se había vuelto más complicado.

No se comprendía, se contradecía y quería hacer cosas que no iban con ella.

—¿Sucedo algo? —Clavó la vista en su mellizo, otro hombre que la estaba volviendo loca.

—Nada en concreto.

—¿Crees que después de esta fiesta tu esposo pida la anulación?

Según Zachary, esa falta provocaría en Lucien un gran disgusto y con suerte él mismo pediría el divorcio; sin embargo, ella empezaba a dudar que su esposo tuviera la más mínima intención de pedir uno.

Él nunca le reclamaba ni levantaba sus infidelidades y para su sorpresa, terminaba perdonándola por todo.

Lucien era demasiado extraño, no comprendía qué razones podría tener para insistir en quedarse a su lado. Dinero jamás lo obtendría de su parte, y eso él lo tenía muy claro.

—Esperemos que sí.

Pero como de costumbre, había cosas que prefería no contarle a Zachary.

Él sonrió victorioso, como si ese hecho fuera algo maravilloso, y luego se acarició el mentón, pensativo.

—¿Dónde nos iremos primero? Me gustaría alejarme de todo aquel que nos conozca, odio estar en Londres.

Su insistencia en irse juntos de viaje era algo admirable, pero lastimosamente Seraphina pensaba separar sus caminos tarde o temprano. Su mellizo no podía ser tan dependiente de ella.

—¿Por qué tan lejos? —inquirió con curiosidad, ¿cuál era su afán de llevarla a un lugar donde nadie los conociera?

—Porque sería un nuevo inicio para ambos, tú siempre quisiste empezar de cero.

Si bien no debería, sus palabras la inquietaron de sobremanera por el tono que empleó sobre ellas. Ellos eran hermanos y a veces le resultaba obsesivo el hecho de que él quisiera estar siempre a su lado e ir a donde ella fuera. Eso no era normal, Connor jamás actuaba así con ella ni con Zachary, sino al contrario; con gusto les compraría el pasaje con destino a cualquier parte del mundo con tal de que cada uno tuviera su propia aventura.

Sintiendo un escalofrío en la espina dorsal observó como el rubio acunaba su mano y se la llevaba a los labios. No quería pensar mal, pero era inevitable no tener un mal presentimiento. Durante esos dos años quiso creer que todo se debía a que su hermano solía sobreprotegerla desde que era una niña, pero ese comportamiento no podía ser normal, ni sano para dos hermanos.

—Quieres dejar Londres tanto como yo, ¿verdad? —preguntó arrastrando sus palabras y obligada a fingir que su comportamiento no la preocupaba, sonrió risueña.

—Sí, desde hace dos años que deseo eso.

Lo mejor sería implementar distancia con Zachary, incluso lo más sensato sería escribirle a Connor para comentarle sobre sus preocupaciones; no obstante, ya estaba lo suficientemente grandecita como para hacerle frente a sus problemas así que no le diría nada al marqués.

Cuando el carruaje se detuvo, no dudó en ponerse el antifaz que trajo consigo y bajar del carruaje con ayuda de su hermano. En la fiesta había más de cincuenta invitados y de ella dependía que todo saliera perfecto y fuera un rotundo éxito.

No podía fallar, era un proyecto que llevaba ideando desde hace mucho y que sus hermanos confiaran en ella hacía que la presión fuera incluso más tediosa para ella, quería que todo fuera perfecto.

De día sería Seraphina Aldrich, pero por las noches Rosemary tendría que hacer acto de presencia para encargarse de que todo marchara a la perfección.

Sonrió con sorna al recordar como Lucien fue a buscarla para solicitar una invitación a su

fiesta. Si él supiera que lo menos que necesitaba era verlo allí, jamás habría hecho algo así. La idea de ponerlo dentro de la lista de invitados era algo que ninguno de los socios de su club tenía en mente hacer.

Y ciertamente ella se había impuesto la tarea de implementar distancia con su marido, bajo ningún concepto podía ser sano que lo deseara tanto y los celos la carcomieran al imaginarlo con otra. Antes eso no solía importarle, pero ahora... No se creía capaz de mantener la calma si se enteraba de alguna de sus aventuras.

Durante la primera semana todo fue éxito, los espectáculos, las fiestas, los paseos nocturnos y todo lo planeado en el cronograma; y debía admitir que su gente estaba muy satisfecha por los resultados de sus esfuerzos.

Nunca pensó que su obsesión por los fuertes escoceses la llevaría a contratar a un par de hombres para que llevaran tartanes y sedujeran a sus invitadas durante el día y la noche. Siempre con los antifaces puestos, claro está.

Era una fiesta donde el entretenimiento debía ser tanto para hombres como para mujeres, por lo que si ellos podían tener a sus chicas por toda la casa demostrándoles sus atributos, sus clientas también tendrían hombres dispuestos a complacerlas.

Sonrió con picardía, alejarse de Lucien le había sentado de maravilla.

O tal vez lo que realmente le sentaba bien era ver a apuestos y fuertes hombres únicamente con un tartán caminando por su casa. Dios, eran tan atractivos, estaba segura que su marido se vería espléndido en uno de esos.

Al darse cuenta la dirección que estaban tomando sus pensamientos ladeó la cabeza con rapidez.

¡Lucien no podía estar en esa fiesta ni siquiera en sus pensamientos!

Le informaron que el marqués de Sutherland había llegado y acelerando su paso se dirigió a su despacho, donde con un fuerte abrazo le dio la bienvenida a su hermano mayor y aireada esperó sus halagos.

—Debo admitir que me sorprendiste, está resultando todo un éxito —aceptó con una escueta sonrisa, evaluando su atuendo—. ¿Por qué Rosemary?

—De día soy Seraphina y de noche Rosemary.

—No lo sé, es arriesgado.

Frunció el ceño.

—¿Por qué te preocupas?

—Creo que tu esposo está aquí —confesó sin preámbulos, dejándola petrificada en su lugar—. No lo he visto por la ciudad y envié a uno de mis hombres a buscarlo y nadie sabe nada de él, ¿no te parece extraño?

Hace más de dos semanas, habría pensado que era muy extraño y posiblemente Lucien se habría retirado al campo, pero después de ver lo espantosamente celoso y posesivo que podía llegar a ser, sólo pudo tragar con fuerza y rezar para que el muy idiota no estuviera siguiendo todos sus pasos.

Si él descubría que era Rosemary... Se metería en un gran problema.

—¿Notaste algo extraño?

Ladeó la cabeza en modo de negación, había estado muy distraída como para fijarse en todos sus invitados.

Un momento, Lucien no era un invitado y si se encontraba allí, ¿dónde estaba durmiendo y con quién?

Empuñó las manos a ambos lados de su cuerpo, debía encontrarlo. Estaban en una fiesta de perdición donde más de una mujer estaría dispuesta a abrirle las piernas y deshacerle la cama para que él no tuviera una mala noche.

¡Maldito fuera ese idiota que siempre la ponía en ese estado!

—¿Piensas quedarte esta noche? —inquirió con una cálida sonrisa, evitando exteriorizar como los celos la estaba desquiciando, y su hermano asintió.

—Quiero hablar con Zachary, mañana partiré a primera hora. No me gusta dejar a mi esposa e hijos solos, los gemelos son un poco...

—¿Muy parecidos a Randall y Seymour?

El pelinegro asintió, frustrado. Sus hermanos pequeños ya eran un completo desastre y ahora con la llegada de los nuevos gemelos, Connor se enfrentaba a un doble trabajo porque sus hermanos sentían cierta adoración hacia él y era imposible que lo dejaran tranquilo.

—Debo mantener a Galen y a Cameron muy lejos de sus tíos en un futuro —bromeó y él asintió sin decir mucho.

La familia de su hermano era maravillosa, Ashley era una madre excelente y amaba a sus pequeños al igual que su esposo. A veces generaban en ella un poco de envidia, nunca pudo casarse por amor y debido a eso la idea de tener una familia feliz ni siquiera se asomaba a su cabeza. Es más, hasta tenía en mente abandonar a su esposo e hijo cuando diera a luz.

Aquel pensamiento le generó una desazón en el pecho, ¿estaría siendo muy cruel por las duras circunstancias que vivió en el pasado?

Si era sincera, su marido nunca la echó ni exilió, ella se fue por voluntad propia cuando pudo haberse quedado y luchar por su matrimonio.

—¿Todo en orden? Te noto algo distraída.

—Me siento perfecta. —Mintió con maestría, sonriendo abiertamente—. Ahora mismo iré al salón de juegos para ver si necesitan de mi ayuda, Zachary está en su dormitorio.

—Seraphina. —Paró en seco y se volvió hacia su hermano—. No llames la atención, lo menos que necesitamos es que tu esposo aparezca con deseos de armar un escándalo.

—Claro.

Cuán equivocado estaba su hermano. Si había algo que ella necesitaba con urgencia; era saber dónde estaba ese malnacido y con quién. Tiempo atrás no le había importado el hecho de que tuviera amantes, ella no lo amaba ni sentía nada por él, pero ahora... por alguna extraña razón, no se creía capaz de concebir que su esposo estuviera retozando con otra mujer que no fuera ella.

Seguro era su orgullo, ese que no quería ser pisoteado por Lucien.

Llegó al salón de juegos y como si su vida dependiera de ello caminó por el lugar, estudiando a cada uno de los presentes. No tenía la menor idea de dónde sacaba Connor que Lucien estaba allí, pero si él lo sospechaba no era por nada. No obstante, después de invertir horas de su tiempo, no consiguió dar con él y se retiró a su alcoba.

Mañana lo buscaría nuevamente como Seraphina, quizá si se mostraba como ella misma sería más fácil conseguir que él mismo se delatara.

A la mañana siguiente disfrutó del desayuno escoltada por sus hermanos. Estaba claro que muchos conocían su identidad a pesar del antifaz que llevaba puesto, su cuerpo y toda ella era demasiado llamativa como para pasar desapercibida, pero no le interesaba; era una mujer casada y tenía mayor libertad para hacer lo que quisiera.

Nuevamente miró a todos los comensales con suspicacia, preguntándose si realmente su esposo estaría entre ellos, y no muy contenta terminó su desayuno y salió a caminar por el jardín

totalmente sola.

La noticia de que Lucien no estuviera en Londres provocaba una gran inquietud en ella, no quería que él se fuera con una amante pero, maldición, él creía que ella estaba buscando uno ahora mismo y qué mejor venganza que irse con la suya.

Ya se lo había dicho a Rosemary, no podía estar con ella porque siempre pensaba en otra mujer, ¿habría ido en busca de su querida? Ahora que ella no estaba en Londres y le había demostrado que era un alma libre, quizá él aprovecharía la oportunidad para hacer de las suyas.

—Milady, no debería salir a pasear sin compañía. —Por encima del hombro miró al barón de Dacre, uno de los amigos de su esposo que tiempo atrás era parte del grupillo que adoraba mofarse de ella, y se abanicó con indiferencia, como si nunca le hubiera hablado.

Ahogó un juramente cuando se puso a la par de ella.

—Quiero estar sola.

Esas tres palabras deberían ser suficientes para que se largara, pero como siempre ese hombre nunca dejaba de sorprenderla con su idiotez.

—¿Por qué no dejas la rutina, querida? —inquirió con malicia, logrando que ella frenara su paso y lo mirara con enojo.

—¿Perdón?

—El que Portman no te quiera y te haya dejado en el olvido no quiere decir que otros hombres no puedan ni quieran tratarte con cariño.

Era un imbécil, ¿cómo se atrevía a hablarle así cuando se hacía llamar amigo de Lucien?

Empuñó las manos al ver como clavaba la vista en el profundo escote de su vestido y alzó el mentón con altanería cuando se relamió los labios, ansioso.

—¿Qué tal si nos divertimos un poco? —sugirió rápidamente, mirándola a los ojos, y las tripas se le revolvieron ante la idea de permitir que ese hombre la tocara.

No era feo, sino todo lo contrario, pero Dios... Ese hombre era despreciable.

—¿Con usted? —Lo miró despectivamente y él se tensó en el instante—. No, gracias.

—Por favor, ambos sabemos que tiene muy pocas ofertas como para andar haciéndose la difícil.

Decidida a que esa misma tarde se encargaría de echar al barón de su fiesta campestre, Seraphina ignoró su comentario y le dio la espalda dispuesta a seguir con su camino; no obstante, lo que nunca esperó fue que él sujetara su brazo con firmeza y tirara de ella hacia atrás para abrazarla con lujuria por la cintura.

—Suélteme.

—Estamos en una fiesta de perdición, el que estés sola aquí es una invitación para cualquiera.

Abrió los ojos de par en par y cuando quiso gritarle sus verdades en la cara, la sangre se le congeló porque el muy malnacido enterró su lengua en su boca, besándola como si no hubiera un mañana.

Estuvo a punto de golpearlo por el pecho, pero gracias a Dios el contacto no duró mucho porque alguien se encargó de tirar del barón hacia atrás, rompiendo el abrazo. Se limpió la boca hastiada con el dorso de la mano y cuando observó al hombre que llegó en su rescate, la sangre se le congeló.

—Lucien... —musitó con un hilo de voz y la piel se le erizó cuando él la miró con ira contenida mientras sujetaba con fiereza las solapas de la camisa de Dacre.

No podía ser verdad, ¡él realmente estaba allí! Y si sus cálculos no fallaban, ¡la estuvo vigilando todo ese tiempo!

Capítulo 14

Sabía que no debía perderla de vista, maldita la hora que se quedó conversando con Grafton en vez de seguirla. Si bien en las noches se dio cuenta que ella no participaba de las actividades, en el día siempre se mezclaba con los invitados, ¿qué le hizo pensar que ella sabría comportarse?

No llegó a tiempo para escuchar lo que se decían, pero ver como Dacre metía su asquerosa lengua en la boca de su mujer hizo que perdiera el buen juicio.

¡Seraphina era suya, maldita sea!

Le dio un último golpe en la cara al hombre que creía su amigo y antes de matarlo con sus propias manos se alejó de él y sujetó del brazo a su esposa. El rubio se incorporó tambaleante y lo miró con desprecio, como si no pudiera creer que lo hubiera golpeado por Seraphina.

—¿Qué diantres te sucede, Portman? —farfulló el barón, incrementando su ira.

—Aléjate de mi mujer si no quieres que te mate, ¡lárgate!

El rubio se rio sin gracia alguna, mirándolo de manera acusadora. Comprendía su cólera, él mismo dijo, tiempo atrás, que no le importaría que otro hombre besara o estuviera con su mujer, que Seraphina le era totalmente indiferente.

Pero eso fue hace dos años, o cuando no se imaginó que otro hombre podría tenerla entre sus brazos.

El barón se retiró con el labio partido y la cara magullada y cuando quiso enfrentar a su esposa, se volvió hacia ella para recibir una fuerte bofetada por parte de Seraphina.

—¡Pero ¿qué mierda?! —bramó fuera de sí, rodeándola por la cintura posesivamente para que no se le escapara, y ambos iniciaron con un forcejeo.

—¡Suéltame! ¡Tú no puedes estar aquí! —chilló ella, buscando su libertad, y eso sólo consiguió encolerizarlo todavía más.

—Estaré donde tú estés, esposa —farfulló.

—Ni siquiera estás invitado. —Dejó de moverse, desafiándolo con la mirada, y sin poder contenerse tiró de ella y se adentró por los grandes árboles que los guiaban hacia el bosque.

Ignoró sus protestas y chillidos irritantes y cuando llegó a las dos carpas que Grafton y él habían instalado para pasar las noches —dado que dormir en la casa podría ser peligroso y no pensaba ir hasta el pueblo—, no dudó en abrir la suya y meterla de un fuerte tirón.

Maldición, estaba durmiendo al aire libre por ella y esa ingrata mujer le pagaba metiéndose con su propio amigo.

Estaba harto de esa situación, ya iba siendo hora que le enseñara a su mujer quien tenía el mando en esa relación.

Ingresó tras de ella, usando su peso para inmovilizarla, y la buscó con la mirada.

—¿Para eso querías venir aquí?, ¿para hacerte la amante de mi amigo? —escupió con desprecio, golpeando las mantas que estaban siendo utilizadas como colchón, y ella lo miró con incredulidad—. Estás muy equivocada si crees que lo permit... Mmm... —Gimió cuando ella lo besó con ahínco, penetrando en su boca sin contemplación alguna, y como si todo el enojo se hubiera evaporado a su alrededor la rodeó con fuerza y rodó sobre su lugar para ponerla en su

encima.

No la había llevado al lugar más cómodo para hacer el amor, pero que lo castren si no la tomaba ahora mismo.

—Él me beso —susurró ella entre beso mientras le abría el vestido y se juró a sí mismo que Dacre no saldría tan campante de ese asalto que le hizo a su mujer—. ¿Desde hace cuánto que estás aquí? —Se incorporó un poco con el fin de ayudarlo a desvestirla y sin perder el tiempo también se encargaron de sus ropas.

—Desde el primer día —gruñó cuando rodeó su miembro con sus suaves manos y tiró la cabeza hacia atrás cuando ella misma se montó sobre él y se dejó caer, provocando una dura penetración.

—Oh por Dios. —Suspiró ella, abrazándolo con fuerza por el cuello, y Lucien se dio un festín con sus deliciosos pechos—. Sí, te necesito, Lucien.

Por alguna extraña razón, sus palabras hicieron que algo en su cuerpo se estremeciera y su pecho diera brincos de alegría.

¿No era el único que sufrió durante esas noches de separación?

Sin deseos de que ese encuentro durara muy poco, tiró de la rubia cabellera hacia atrás y afianzó sus caderas con fuerza, inmovilizándola. La buscó con la mirada y adoró ver sus hermosas facciones maquilladas con el placer.

La besó con ternura, primero acariciando sus suaves labios con la punta de su lengua, y luego la invadió robándole un apetitoso gemido que tragó con ahínco cuando ella tiritó entre sus brazos.

Muy suavemente volvió a tenderla sobre las mantas y salió de ella con suavidad, para volver a sumergirse en su interior de igual manera, repitiendo la acción una y otra vez mientras Seraphina se retorció bajo su cuerpo, jadeante y excitada.

Pensar que pudo haberla tenido así desde hace años sólo hizo que la sangre le hirviera de rabia e impotencia. Aunque le doliera admitirlo, amaba a su mujer y le dolía en el alma no haber sido el primero, no haber sido su mentor para adentrarla al mundo del placer. Toda esa semana pudo observarla a lo lejos, tan bella y fresca, tan llena de vida y luz; y lo único que consiguió fue sentirse un miserable.

¿Algún día ella podría perdonarlo?, ¿algún día podría ganarse su corazón?

Un gruñido brotó de su garganta al sentir como las paredes vaginales oprimían su miembro viril y la besó profundamente tragándose su agudo gemido de éxtasis y felicidad. Entrelazó sus manos, sintiéndola más suya que nunca, y comenzó a arremeter con fuerza desmedida sintiendo como pronto su semilla salía de su interior para llenarla por dentro, dejándola rendida y satisfecha.

Se dejó caer junto a ella, envolviéndola en su fuerte abrazo, y sin perder tiempo los cubrió a ambos con una manta hasta la mitad del cuerpo, dado que no dudó ni un segundo en acariciar sus apetitosos pechos.

Para su sorpresa ella no opuso resistencia alguna y se apoyó en su hombro abrazándolo por el pecho. Era la segunda vez que ella aceptaba ese tipo de acercamiento y tenía que admitir que era mágico, nunca antes había sentido la necesidad de quedarse con una mujer en la cama después del coito como con Seraphina, por lo que eso sólo le confirmaba sus sospechas; estaba enamorado de la mujer que debió haber odiado hasta el último día de su vida.

Por ser un continuo recordatorio de su más grande desgracia.

—¿Estás durmiendo aquí? —preguntó con voz ronca, acariciando la piel aterciopelada de su torso, y sonrió divertido.

—No es tan malo como parece.

No era como si quisiera ir hasta el pueblo, eso le quitaba mucho tiempo y si era sincero tampoco tenía mucho dinero para estar alquilando un carruaje todos los días. Grafton le había ofrecido cubrir los costos, pero ambos optaron por probar algo nuevo durante esas tres semanas alzando su propio campamento.

—¿Qué estás comiendo?

Tampoco le diría que era uno de los lacayos que usaban esos estúpidos tartanes para servir a las damas de la fiesta. Si querían comida debían trabajar y a Grafton le estaba fascinando la nueva experiencia de vivir algo fuera de toda su rutinaria vida, dado que antes de ser conde fue un simple administrador que debía vivir del día a día.

—¿Interesa? —La abrazó con deleite, buscando sus labios para robarle un tierno beso, pero Seraphina retiró el rostro.

—Me interesa a mí.

—¿Por qué? —Frunció el ceño—. ¿Acaso te preocupo, esposa mía?

El leve rubor que decoró sus mejillas la delató sin remedio alguno y Lucien se dio por satisfecho; no le era del todo indiferente.

—Estoy bien, preciosa, no debes preocuparte por mí.

—Quiero que duermas en otro sitio más cómodo, eres un vizconde mimado, no sé cómo sigues aguantando esto.

«Por ti, lo que sea».

—Tus hermanos me echarán a patadas si se enteran que estoy entre los invitados. —Además, según lo que le dijeron, ni siquiera había habitaciones disponibles—. No estoy solo, Grafton está conmigo.

Después de un largo pero cómodo silencio, Seraphina se acurrucó contra su pecho y levantó el rostro en su dirección.

—Yo me encargaré de todo.

Hizo una mueca, no era una damisela en apuro como para que ella tuviera que poner las manos al fuego por él.

—Estoy bien.

—Conseguiré un lugar más cómodo para ti y Grafton y mis hermanos no se enterarán de nada.

—¿Estás segura que quieres esto? —Acarició su mejilla, preguntándose por qué nunca quiso aceptar que esa mujer lo tenía loco, y ella le sonrió, risueña.

—Sabré cobrarte, esposo —musitó con picardía, rodeando su miembro con lujuria.

Sonrió con malicia, sintiendo como la piel se le endurecía en aquella parte del cuerpo.

—Es más, ahora mismo veré si realmente me conviene meter las manos al fuego por ti —susurró con complicidad y pronto la vio desaparecer bajo el manto, obligándolo a aferrarse a la almohada que tenía bajo su cabeza por el cómo sus labios lo estaban haciendo preso de sus encantos.

Esperaba que sus hermanos no la echaran de menos ese día, puesto que él no pensaba dejarla regresar a la fiesta.

Durante años, el marqués de Sutherland llevaba conociendo el mayor secreto de su hermano sin que este lo supiera: y era que Zachary estaba obsesivamente enamorado de Seraphina.

Comprendía que para Zachary no fuera fácil aceptar el hecho de que era el fruto de una

aventura del duque de Kent con su amante; sin embargo, lo que no apoyaba era que usara esa excusa para alentar el amor que sentía hacia Seraphina, quien era hija de su madre y un antiguo amante que perdió la vida antes de que ella naciera.

No eran hermanos, no tenían lazos de sangre, pero ellos fueron criados como tal y Seraphina jamás debía enterarse de la verdad.

—Te veo más animado de lo normal —comentó inquisitivo, dándole un trago a su copa de coñac, y su hermano sonrió abiertamente.

Pocas veces él se mostraba alegre, era demasiado arisco como para sonreírle a cualquiera.

—Pronto Seraphina será libre y no le deberá nada al imbécil de Portman, es normal que esté feliz por ella.

—Por nuestra hermana —acotó con la intención de que abriera los ojos y él no le dijo nada—. Aún no sabemos cómo reaccionará el vizconde, quien sabe y no quiere una anulación.

Eso era algo impensable, si sus cálculos no fallaban ese matrimonio fue consumado cuando su hermana decidió regresar a Londres, aceptando el trato de lady Victoria Pierce. Por supuesto, eso era algo que su hermano menor no sabía, lo menos que necesitaba era lidiar con los celos del rubio.

—La querrá, él no ama a Seraphina.

No estaba tan seguro de eso.

El vizconde no la siguió hasta allí porque sí, claramente entre esos dos había mucho más y nadie podría meterse porque eran marido y mujer y sus problemas debían arreglarlos entre ellos.

—Una vez que sea libre, nos iremos de Londres.

Sintió pena por Zachary, definitivamente la devoción que sentía por su hermana no era sana. Él creía que alejándose de Londres y todo aquel que los conociera, podría tener una relación de verdad con la rubia, cuando lo cierto era que para Seraphina él siempre sería su mellizo.

—Tú puedes irte ahora, Ross se fue hace unos días por el continente y si quieres puedo enviarte con él. Eres joven, tienes mucho por conocer y vivir.

Zachary lo miró con enojo, acusándolo con la mirada, y luego decidió ignorarlo.

—Me iré con Seraphina, no puedo dejarla sola, ella necesita a alguien que la cuide.

Sonrió con diversión desmedida. Por favor, estaba seguro que Seraphina tendría que cuidar de Zachary si es que algún día se diera un viaje entre los dos. Su hermana era lo suficientemente inteligente y capaz como para hacer lo que quisiera.

—No te confíes, hermano. No sabemos que intenciones tiene su esposo.

Zachary endureció su semblante y sin decir más salió del despacho para unirse a la fiesta nocturna. Connor suspiró con frustración, quedarse más días no iba a sentarle del todo bien pero algo le decía que debía vigilar a Zachary y a Seraphina. Extrañaba a su esposa y a sus hijos; no obstante, tenía un mal presentimiento y no estaría tranquilo si no permanecía vigilando a los dos rubios que solían darle muchos dolores de cabeza de vez en cuando.

La puerta del despacho se abrió y enarcó su ceja con diversión al ver el aspecto desaliñado de su hermana pequeña. Ella respingó al notarlo en la estancia y delatando sus intenciones, se removió inquieta y cerró la puerta con rapidez.

—¿Sucede algo?

Iba a pedirle algo.

—Tenías razón, mi esposo está aquí.

Así que él era el autor del estado de su hermana. ¿Es que Seraphina no se miró en un espejo? Lo más lógico sería que regresara a su alcoba y arreglara un poco su lamentable estado.

—Lo sospechaba. —La miró con indiferencia, rezando para que Portman y ella llegaran a un acuerdo y tuvieran una vida matrimonial estable.

No quería que ella se fuera, Las garras del Lucifer nunca sería lo mismo sin Seraphina.

—Hermano, ¿me prestas las llaves del refugio? —pidió tímidamente, mirándolo de igual manera.

¿Qué diablos hizo Portman con la fierecilla de su hermana? Se veía un poco... diferente.

—¿Piensas hospedarlo allí?

Asintió, ella jamás le mentiría.

—De acuerdo.

Y él jamás le diría que no, menos si con eso podría aportar un poco en la relación de esos dos idiotas; narcisistas, sabelotodo y cabezas huecas.

—¿De verdad? —chilló con emoción contenida y sonrió de lado.

—Sólo evita que Zachary se entere de esto. —No quería que él estropeará sus planes.

Le tendió la llave sin dudarlo y su hermana lo abrazó con emoción contenida y luego se retiró sin despedirse ni pensar mucho en el por qué había decidido quedarse.

Ahora que tenía visitas en el refugio, tendría que ver que fiel criado lo ayudaría a atender como correspondía al vizconde y a Grafton, ya los había visto a ambos y debía admitir que fue muy divertido verlos con sus tartanes, atendiendo a sus invitadas.

No quería hacerse falsas ideas, pero algo le decía que su hermana tenía a su esposo comiendo de la palma de su mano.

Definitivamente ese matrimonio aún tenía la posibilidad de funcionar, por lo que lo único que él podría hacer por las siguientes semanas era distraer a Zachary y dejar que esos dos se conocieran un poco más.

Seraphina no iba a irse a ningún lugar, su hogar estaba en Londres.

Capítulo 15

Durante los siguientes días Seraphina se sintió en el paraíso, y no precisamente porque la fiesta le resultara maravillosa, sino porque pasar la mayor parte del día en la cama de Lucien era como estar en el cielo.

Él ni siquiera le daba tregua, no había excusa que le permitiera salir de esa cama y sinceramente no quería que existiera una. Sus besos, sus caricias y sus palabras la tenían hechizada, dormir entre sus brazos era reconfortante y si bien en las noches se despedían porque sus hermanos debían verla en la fiesta, él no tardaba en ir a buscarla para volver de la mano al refugio junto a ella.

Prácticamente se estaba quedando con él, retozando y haciendo lo que jamás creyó que sería capaz de hacer con Lucien: vivir en armonía y contenta.

Sin embargo, aún no se fiaba del todo de su marido.

¿Y si todo era una mentira para acceder a su dinero?, ¿qué pasaba si después de tenerla comiendo de su mano se iba con otra mujer? Lucien jamás amaría a una mujer como ella, estaba lejos de ser el tipo de mujer que a él le gustase, pero...

Quería confiar en él.

No, no podía ser tan estúpida como para dejarse arrastrar por un sentimiento tan absurdo como el amor, lo que debía hacer era ponerlo a prueba.

—¿En qué piensas, preciosa? —Juntó los párpados al sentir un cálido beso en su nuca y se volvió hacia él.

—Debo volver, hoy habrá un baile.

—No quiero que participes en esas actividades —gruñó, abrazándola con posesividad desmedida, y tragó con fuerza.

—¿Por qué no vienes?

Estaba jugando con fuego, pero necesitaba cerciorarse que todo lo que estaba viviendo era una verdad y no una vil mentira.

No muy seguro terminó asintiendo, dado que ambos sabían que no habría fuerza sobrehumana que la hiciera cambiar de parecer, y con una sonrisa ladina se incorporó y dejó un casto beso en sus labios.

—Debo ir a prepararme, te veo esta noche.

Con ayuda de su esposo terminó de vestirse y suspiró ansiosa al sentir como la acariciaba con lujuria, disfrutando de las formas de su cuerpo. No entendía como hace un tiempo pudo criticar su cuerpo, dado que cuando él la veía desnuda solía perder el control y se volvía loco tocándola por todas partes.

—Ponte más hermosa que nunca.

Se ruborizó y girando el rostro lo sujetó de la mejilla y unió sus labios con lujuria.

—Hasta pronto, no olvides tu máscara.

Si no salía pronto del refugio, volvería a la cama de Lucien y no saldría de allí hasta dentro de una semana, cosa que no le convendría si quería saber qué demonios era lo que se traía entre

manos, acercándose a ella.

Pidió que le prepararan su baño y después de pasar al menos una eternidad en la bañera, ordenó a su doncella que la ayudara a disfrazarse de Rosemary. Ella era la única que podría ayudarla a desenmascarar a su esposo y descubrir sus secretos, más si se suponía que con Seraphina debía ser el caballero perfecto.

Si bien Rosemary y Lucien llegaron a ser amantes, Seraphina no podía decir que eso le hubiera afectado en un pasado, poco le había importado la vida de su marido, pero ahora... La idea de que él quisiera tener un encuentro esporádico con la pelinegra la asustaba.

¿Sería capaz de mantener a Lucien en su lecho e impedir que quiera estar con otra mujeres?

Lo dudaba.

Extrañada y fascinada al mismo tiempo por el cómo el color negro podía hacerla ver tan maravillosa, Seraphina evaluó su aspecto llegando a la conclusión de que ese escote volvería loco a cualquiera hombre. Se veía y sentía hermosa, por lo que claramente brillaría esa noche, pero también estaba nerviosa, por primera vez en años le tenía miedo a una verdad, cuando ella siempre fue amante de las mismas.

Acarició sus curvas, detallando como el vestido se ajustaba a su cuerpo como un guante hasta la altura de las rodillas, e hizo una mueca. No quería presentarse como Rosemary con ese vestido ante Lucien, ¿y si él se dejaba llevar por la prenda?

Ladeó la cabeza con rapidez, no podía acobardarse ahora. ¡Ella tenía que descifrar qué era lo que estaba ocurriendo con su marido!

Le ordenó que preparara el vestido magenta porque no estaría mucho tiempo con el atuendo de Rosemary y su doncella así lo hizo. La idea era conversar con Lucien y luego volver a ser Seraphina para disfrutar de la noche en su compañía.

—Te ves maravillosa, querida —espetó Zachary ni bien la vio salir de su alcoba y Seraphina respingó, sorprendida.

¿Cuánto tiempo llevaba esperándola?

—Como siempre. —Se abanicó con suficiencia y Zachary carcajeó divertido.

—¿Nos vamos? —Le tendió el brazo y meditó un poco sus siguientes palabras.

—Hoy tengo un asunto que atender, Zachary, prefiero ingresar sola.

Nunca le gustaron los rodeos y gracias a los santos entre sus hermanos y ella eso era algo bastante normal. Su hermano quiso objetar, pero para su fortuna Connor apareció demandando su atención y se lo llevó hacia quien sabe dónde.

Perfecto.

Se dirigió al salón principal y sólo necesito caminar durante cinco segundos por la estancia para detallarlo a lo lejos. Llevaba un traje completamente oscuro, lo único que contrastaba con su atuendo era el pañuelo blanco que le daba un aspecto endemoniadamente atractivo. La boca se le hizo agua y recordando quien era en ese momento, se encaminó en su dirección.

Bajo el antifaz de terciopelo negro él la vio acercarse y no supo si sentirse ofendida por la mueca de disgusto que hizo para ella.

—Querido, qué grato verte en mi fiesta; una a la cual no te invité, por cierto —se mofó de él, deseosa de molestarlo un poco, y Lucien dejó su copa de vino de lado para enfrentarla.

—No dejaría a mi esposa sola, rodeada de todos estos tiburones —respondió con dureza, cruzándose de brazos.

—Oh, sí, lady Portman es un encanto. —Se abanicó con nerviosismo y ahogó un jadeo cuando atenzó su brazo con dureza.

—¿Hablaste con mi mujer? —Por un segundo pensó que las venas se le congelarían, ¿qué diantres le sucedía?—. Aléjate de ella, maldita loca.

—¿Qué si no quiero? —inquirió con frialdad, odiaba que le hablaran así—. ¿Temes que le diga que te prostituiste para no ir a la cárcel de deudores?

Quizá no debió decir aquello, jamás pensó que él reaccionaría de una manera tan alocada, pero pronto se sintió horrorizada por ser arrastrada fuera del salón y guiada hacia uno de los salones más lejanos de la casa.

No iba a golpearla, ¿verdad?

La metió dentro del salón sin delicadeza alguna y cerró tras de sí, cerrando con llave.

—Lo que ocurrió hace unas semanas fue un error —espetó furibundo, aniquilándola con la mirada—. Cubrí mi deuda, no puedes acusarme de nada.

Era el momento.

Sonrió con coquetería y un poco titubeante se acercó a él.

—Pero no la pagaste como yo quería, cariño —musitó con un tierno mohín en los labios, extendiendo el brazo para acariciarlo por su fornido pecho.

Respingó cuando él atenazó su muñeca.

—Creí haber sido claro contigo, Rosemary, no me interesas.

La sangre empezó a hervirle y se liberó de su agarre, furibunda.

—¿Y quién es la dama que no puedes sacarte de la cabeza?, ¿acaso tu esposa sabe que estás enamorado de otra?

—No, no lo sabe.

Algo en su interior se rompió en mil pedazos y se sintió una tonta por haber creído que su marido sentía algo especial por ella. Lucien jamás se fija...

—Mi mujer aún no sabe que me tiene loco y que la amo como un idiota.

El pulso se le disparó, provocando que se olvidara de como respirar, y sin poder contenerse su cuerpo empezó a temblar por la directa confesión de su marido.

¿Lucien la amaba?, ¿era eso posible? Pero si ella era... totalmente lo opuesto a lo que él consideraba hermoso. Luchó consigo misma para recuperar la compostura y sin ser capaz de quedarse sólo con esa información, siguió hablando.

—¿Amas a tu esposa?

—Como un poseso, por eso no fui capaz de seguir con nuestro acuerdo, desde que me acosté contigo no he podido dejar de pensar en ella.

¿Era ella a quien tenía en mente cuando estaba con Rosemary?

—Eres preciosa, Rosemary, pronto encontrarás un buen hombre como el conde de Ross que esté dispuesto a ser tu amante, yo no puedo ni quiero ofrecerte nada. Quiero recuperar mi matrimonio y temo que si le cuentas algo de lo que ocurrió entre nosotros a mi mujer, echas a perder todos nuestros avances.

Sonrió como una idiota, ¿de verdad Lucien la amaba?

—La amo —repitió por si le quedaba alguna duda, y ella se tensó al plantearse otra pregunta para sí misma.

¿Ella también lo amaba?

—Ya veo... —musitó en un hilo de voz, sin conocer su respuesta—. Entonces dejaré que seas feliz con tu esposa.

Al final sus temores nunca estuvieron fundamentados, Lucien realmente deseaba reconstruir su matrimonio y hasta estuvo dispuesto a confesar que la amaba ante otra persona con tal de que esta

no sabotearse su relación.

Salió del salón sin mirar atrás y corrió como una loca endemoniada hacia su alcoba, nada más entrar le dijo a su doncella que la ayudara a cambiarse de vestido. Sujetó uno de sus perfumes, camuflando la fragancia de Rosemary, y con las manos temblorosas ayudó a su doncella con la peluca.

Él la amaba y lo único que Seraphina quería era besarlo con locura y descubrir qué era lo que ella sentía por él.

¿Sería capaz de quedarse en Londres si ante sus ojos se abría la posibilidad de tener un matrimonio feliz con su marido?

Tragó con fuerza.

Un hijo de Lucien, un futuro junto a su familia y el hombre que posiblemente la había idiotizado con su amor.

¿Qué pensaría Connor si se lo dijera? Zachary no lo aceptaría, pero era su vida y tarde o temprano su hermano tendría que aceptar sus decisiones.

Una vez lista trató de relajarse un poco y sin mostrarse entusiasmada ni muy contenta, se dirigió al salón de baile y lo buscó con la mirada. Para su sorpresa, fue él quien la encontró primero porque pronto rodeó su cintura y susurrando una obscenidad en su oído la llevó a la pista de baile.

—Estuve a poco de ir a buscarte a tu alcoba, preciosa —musitó con voz ronca, relamiéndose los labios mientras observaba como el vestido le ajustaba sus curvas.

—No sabes cuál es.

—Por ti revisaría una por una.

Todavía le costaba creer que Lucien la amase, y lo peor de todo era que él jamás se lo diría si no estaba seguro que ella también lo amaba. Era demasiado orgulloso como para confesarse primero.

—¿Por qué ahora? —inquirió sin poder contenerse y podría jurar que bajo su máscara su ceño terminó fruncido—. Llevamos casados dos años, ¿por qué decides ser así conmigo justo ahora?

Él meditó su respuesta y después de hacerla girar un par de veces, la abrazó por la cintura.

—Me encantaría tener una respuesta.

A ella también le gustaría que la tuviera, dado que cada vez se convencía más de que si se hubiera quedado a luchar por su futuro, su matrimonio sí habría llegado a funcionar.

—¿Qué es lo que más te gusta de mí, Lucien?

Quizá lo estaba agobiando, pero ahora más que nunca necesitaba respuesta.

—Toda tú, Seraphina, me tienes hechizado.

—¿Y mi cuerpo? —Lo buscó con la mirada, como si quisiera ver algún deje de asco, pero él le sonrió con ternura y tiró suavemente de ella para sacarla del salón y llevarla hacia los pisos de arriba.

—¿Cuál es tu alcoba?

Como no pensaba llevarlo a la de Rosemary, le indicó una que todos creían que era la suya. Cerró con llave una vez dentro y se volvió hacia él para escuchar su respuesta. Lo vio mirando fijamente un espejo de cuerpo completo.

Había olvidado que él adoraba su reflejo y los espejos no debían estar a su alcance.

—Todos sabemos que tu belleza es inconfundible, Lucien —ironizó, acercándose a la chimenea para prender el hogar—. Deja de mirarte y ayúdame —demandó, un tanto irritada por no poder ponerse junto a él y decirle que era la mujer que siempre soñó: la de la belleza incomparable y cuerpo esbelto.

Ella se amaba, pero cuando estaba junto a Lucien, muchas inseguridades salían a flote.

Él empezó a ayudarla sin hacer mucho ruido y cuando lograron encender el fuego, Seraphina se acercó a la jofaina para lavarse las manos.

—Sabes, cuando regresé a Londres y hablamos por primera vez, pensé que buscarías anular nuestro matrimonio —se sinceró, recordando que le dijo que posiblemente estaba embarazada, y respingó cuando él empezó a abrir los botones de su vestido—. En ese momento no había nada que quisiera más que mi libertad.

—Eres un alma libre, preciosa —bromeó él con voz ronca y Seraphina se estremeció cuando el vestido cayó a sus pies—. Haces lo que deseas y jamás permites que imponga mi poder sobre ti.

Se volvió hacia él, dejando que la despojara del corsé.

—Porque tú no mereces ese derecho.

Él tensó la mandíbula y la buscó con la mirada.

—Lo tengo.

Sabía que eso podría desatar una pelea, pero maldición, ¡ella no iba a perder! Quería que él supiera todo el daño que le ocasionó durante todo ese tiempo que se olvidó de su existencia.

—No mi respeto, el respeto se gana, Lucien.

—Te fuiste por voluntad propia, Seraphina. —Dejó de desvestirla, poniéndose repentinamente tenso, y ella siguió hablando.

—Pero tú nunca fuiste a buscarme.

—¡Yo no quería casarme contigo! Fui obligado a desposarte, el que te fueras me brindó la libertad que yo quería seguir disfrutando —explotó, como si quisiera desahogarse de sus pesares, y ella dio un paso hacia atrás, implementando distancia.

—Yo tampoco quería ser tu esposa —escupió con rencor, lamentando ser tan idiota.

Él alborotó su cabellera desesperado e intentó acercarse.

—Pero las cosas cambiaron, Seraphina, ahora todo es diferente.

—¿Por qué?, ¿por qué no tienes donde caerte muerto y tu abuela quiere un bisnieto?

No le sorprendería que Victoria los estuviera manipulando a ambos, a decir verdad se sentía una estúpida por no haber considerado esa opción antes.

—No —farfulló irritado, ya se había dado cuenta que a él no le gustaba que le dijera que era un bueno para nada.

—Vete. —Le entregó la llave del dormitorio con las manos temblorosas.

No se sentía lista para afrontar esa verdad, acostarse con él sabiendo que la amaba la asustaba, si aceptaba sus sentimientos largarse de Londres sería imposible, incluso ahora era difícil asimilar la idea de que no podría dormir entre sus brazos esta noche.

—¿De verdad harás esto, Seraphina? —inquirió con voz gutural, mirándola sin expresión alguna en el rostro, y sin poder aguantarle la mirada le dio la espalda—. Si me marcho ahora no me verás entrar por esa puerta nunca más.

—Ya no es necesario, antes no tenía la seguridad de haber quedado embarazada, pero con todo lo que llevamos haciendo seguro me dejaste encinta. ¿No es eso lo que quieres?

Sin recibir una respuesta escuchó como la puerta se cerraba bruscamente y sin poder contenerse a sí misma dejó que una lágrima bajara por su mejilla.

Era una tonta, una estúpida, ¿en qué estuvo pensando al enamorarse de su esposo?

Durante años se prometió que algún día se iría de Londres, que sería feliz fuera de esa ciudad llena de estirados, pero ahora mismo sólo quería salir tras de Lucien y decirle que quería quedarse con él, que no le importaba el pasado siempre y cuando le prometiera que el presente y

el futuro serían diferentes.
Se sentía tan... perdida.

Capítulo 16

En tres días terminaría su fiesta campestre y si bien para todos había sido un éxito, Seraphina sentía que había fracasado en todos los aspectos de su vida. No había vuelto a ver a Lucien desde el día que discutieron y ni siquiera tuvo el valor de acercarse al refugio para ver si seguía allí.

Era una cobarde, Lucien siempre conseguía sacar lo peor de ella y convertirla en una inservible.

—Cuéntame qué te sucede y veré qué puedo hacer por ti.

Salió de su ensimismamiento y con una sonrisa cansada miró a Connor, quien estaba sentado frente a ella en el sillón que estaba junto al hogar del despacho.

—No hay nada que puedas hacer por mí; soy un desastre. —La voz se le murió y retiró la mirada al sentir que sus ojos se estaban cristalizando.

—Eres maravillosa, cariño, una mujer capaz de mover mundos si se lo propone. Sé que algo te preocupa, te he estado observando y no eres la misma de hace unos días. ¿Podría ser que deba dejar un proyectil en la frente de tu marido?

—No —gruñó molesta, fulminándolo con la mirada—. Lucien no hizo nada malo.

Sólo le confesó su amor.

—¿Entonces cuál fue su acto bueno que te puso tan triste? —Connor estiró el brazo y retiró la lágrima rebelde que se deslizaba por su mejilla.

—Le dije a Rosemary que me ama —soltó con pesar y se sorprendió al no ver reacción alguna en el semblante de su hermano.

—No es difícil adorarte.

—Pero él nunca me quiso y ahora está moviendo mi vida a su antojo, nunca me planteé la idea de tener una familia, pero ahora...

—Error, Seraphina —endureció el tono de su voz—, tú sí querías una familia pero dejaste de pensarla cuando te casaste con Portman.

Enterró su rostro en sus manos, frustrada. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

—No sé qué hacer, hermano, lo traté mal e intenté alejarlo de mi lado. Su amor me asusta.

—¿Por qué? —inquirió confundido.

—¿Qué tal si no es para siempre? —inquirió con pesar y lo buscó con la mirada, Connor le sonrió con ternura.

—Cariño, si no te arriesgas ahora, nunca sabrás qué tan grande es el amor que el vizconde siente por ti. Si no lo alimentas ahora, puede que este muera con el pasar de los días. Y lo peor de todo, si no lo aceptas ahora, puede que otra esté dispuesta a hacerlo por ti.

La idea de que Lucien pudiera decirle te amo a otra mujer hizo que mirara rojo, ¡él era suyo! No quería saberlo con otra mujer que no fuera ella, pero... tenía miedo.

—Le engañé, Connor, sabes que usé a Rosemary para humillarlo y mentirle; él es muy orgulloso, jamás me lo perdonará.

—El amor lo puede todo —soltó de pronto, pensativo—. Quizá deberías usar tu creatividad para contarle la verdad, y si él te perdona sabrás que puedes creer en su amor.

—¿Y si no? —La voz le tembló y su hermano se encogió de hombros.

—Nadie murió por amor, siempre se puede empezar de cero.

Tragó con fuerza.

—Lucha por tu matrimonio, Seraphina, ambos sabemos que no quieres dejar Las garras de Lucifer, ese club es más tuyo que mío. Gracias a ti llegó a donde está, demostraste desde las penumbras de lo que eres capaz; controlas todo un club cuyos miembros son una escoria social, ¿crees que no podrás controlar a tu insulso y narcisista esposo?

Carcajeó por lo bajo y luego lo reprobó con la mirada.

—No hables así de Lucien.

Aunque ciertamente era un narcisista de primera.

—Así me gusta, no pierdas tu sonrisa, cariño.

Asintió mucho más tranquila, quizá Connor estaba en lo cierto, no podía renunciar tan pronto por mucho miedo que pudiera sentir a lo que él pensara de ella al descubrir la verdad. Si Lucien la quería la aceptaría tal y como era, siendo Rosemary y la dueña de Las garras de Lucifer; y si no... Aún podía irse de Londres.

—Él sigue aquí con Grafton, creo que está esperando a por ti en el refugio.

Se removió inquieta, no quería presentarse a él así como así, debía pensar en la mejor manera de contarle la verdad.

—¿Tú lo aceptarías como tu cuñado? Lo odias, llevas años haciéndolo al igual que nuestros padres.

—Es tu vida, Seraphina, mi opinión y la del resto es lo que menos debe importarte si es tu felicidad la que está en juego.

Se tensó, cuanta verdad había en sus palabras. Nunca pensó que llegaría el día en que Connor tuviera que darle ese tipo de conversación, su hermano siempre se mantuvo muy al margen de su vida privada, incluso evitaba sondear en la de sus padres pese a que no le tenía mucho estima a su progenitor; él siempre aceptó el amor de su madre hacia el duque de Kent.

—¿Y Zachary?; él nunca pensará como tú.

—Él deberá aceptar tu decisión tarde o temprano. ¿Qué sucede, Seraphina? —Frunció el ceño—. Tú no eres de las que suelen pedir permiso, ¿podría ser que no ames a tu esposo y tengas miedo a aceptar sus sentimientos sin corresponderlos?

—No —musitó con suavidad—. Lo amo, no sé cómo pasó pero no poder estar con él me está consumiendo.

—Bueno —dijo con un largo suspiro—, me alegra no ser el único que se siente un miserable por no poder tener al amor de su vida a su lado.

Ahora sí se rio con diversión.

—No entiendo por qué no te vas, Ashley debe extrañarte mucho.

—Ella comprende las razones que tengo para quedarme.

¿Qué razones?, ¿qué era lo que tenía a Connor atado a esa fiesta? Él jamás dejaba a su esposa por tanto tiempo ni mucho menos vigilaba todos los pasos de Zachary.

—Agradezco que no te hayas ido aún, hermano. —Saltó de su lugar para abrazarlo y él respondió el gesto con ternura.

—Temo que ahora que tu esposo sabrá cuidar de ti, ya no podré ser tu niñera —bromeó, ganándose un golpe de su parte en el pecho—. Salvaje —farfulló.

—Idiota.

—¿Y bien? —Rompió el abrazo, conectando sus miradas—. ¿Qué harás para contarle toda la

verdad? Él debe saber que eres Rosemary y lideras todo un club nocturno.

Hizo una mueca y se rascó la nuca con pesar.

—Lo primero en lo que debo pensar, es como dejarlo inmobilizado para que escuche toda la versión de la historia.

Connor se frotó el mentón, pensativo, y después de lo que le pareció una eternidad, una loca idea atravesó por su cabeza.

Posiblemente él querría matarla por lo que tenía pensado hacer, pero definitivamente eso era algo que ella sí haría con tal de que él la escuchara sin objetar.

Lucien deseaba con todas sus fuerzas rodear el hermoso cuello de su esposa y estrujarlo hasta el cansancio. Esa miserable ni siquiera lo había ido a buscar, llevaba días esperando por ella y la muy cínica ni siquiera se apareció ante él para pedirle perdón.

Sin embargo, estaba muy equivocada si pensaba que se quedaría de brazos cruzados, él se juró que recuperaría a su esposa y haría de su matrimonio algo dichoso para ambos y por eso mismo ahora llevaba ese estúpido tartán y atendía a los invitados de la fiesta sin objetar. Por supuesto, el antifaz cubría todo su rostro, dado que no quería que ni Rosemary ni Seraphina lo reconocieran.

No era fácil aceptar el trato de los idiotas que tenía alrededor, pero toleraría eso y más con tal de saber qué diantres estaba haciendo su esposa que no tuvo el tiempo ni la valentía de ir a verlo para pedirle perdón y hacerle el amor como correspondía.

Maldición, llevaba días sin tenerla entre sus brazos y estaba al borde de la locura.

A lo lejos vio como uno de los criados que llevaba un tartán idéntico al suyo sufrió un accidente porque una de las invitadas le tiró el vino en el pecho y decidido a hacer su buena acción del día le dijo que fuera a limpiarse porque él ocuparía su puesto.

No muy seguro el hombre meditó su respuesta y miró de soslayo a la hermosa rubia que seguía restregándose contra él.

—Sólo serán unos minutos —respondió con voz gruesa y él asintió sin prestarle atención al hecho de que le tomaría mucho más retozar con la dama.

Estar cerca de la puerta le ayudaba a tener un mejor panorama de lo que estaba ocurriendo. Hasta ahora no había visto a Seraphina, por lo que esperaba que eso siguiera así si no quería verlo enloquecer ante todos.

Por una de las puertas que conectaba a otros pasillos vio ingresar a Rosemary junto al marqués de Sutherland y se cruzó de brazos, esperando la llegada de Seraphina. Pronto aparecería, el que su hermano mayor estuviera cerca quería decir que era porque debía cuidar y vigilar a la rubia.

Lo vio conversando muy acaramelado con Rosemary y frunció el ceño. ¿No que amaba a su mujer?, ¿cómo podía Rosemary pensar en acostarse con el mejor amigo de su antiguo amante?

Ladeó la cabeza, esa mujer estaba demente.

Sutherland lanzó una risotada y entonces Rosemary se alejó de él y contoneando sus lindas caderas caminó hacia donde él se encontraba. Trató de mantener la calma, seguro se retiraría a sus aposentos.

—Sígueme, Herbert. —Le dio una palmadita en el brazo desnudo y entró en tensión.

Él no era Herbert, ¡Herbert estaba muy entretenido entre las piernas de cierta rubia! Buscó una excusa para no seguirla, pero apretó la mandíbula cuando ella lo miró con enojo.

—¿Estás sordo? Te dije que me siguieras.

¡Era una grosera!

Definitivamente no tenía nada en contra de Rosemary, pero odiaba que se creyera el centro del mundo, ahora comprendía por qué Grafton le decía que dejara de ser tan narcisista, ese tipo de personas eran irritantes.

La siguió sin emitir palabra alguna y empuñó las manos cuando le ordenó que entrara a una de las alcobas del segundo piso. Nada más ingresar a la estancia supo que estaba en su dormitorio, la ropa de mujer en la cama y las joyas del tocador así lo delataban.

¿Se acostaba con sus siervos?

Vaya... Esa mujer era muy peligrosa. Estaba claro que adoraba tener el poder de la situación, jamás entendería como Ross terminó con una amante de ese calibre; desde su punto de vista, él era indomable.

—No sé si Sutherland te tenga al tanto de todo, pero lord Portman y lord Grafton se encuentran en el refugio que está a veinte minutos tomando el camino del este.

Entró en tensión, ¿cómo sabía ella eso? Podría ser que Seraphina se lo hubiera dicho a su hermano.

—Quiero que vayas y lo tomes por sorpresa, necesito que ates a Portman a la cruz que Hamilton dejó en mi despacho, puedes pedir ayuda a mis hombres para que la lleven contigo. Saca al conde de allí, sólo me interesa Portman. Cúbrele la boca, encadénalo y que no exista fuerza sobrehumana que pueda ayudarlo escapar.

¡Por los clavos de Cristo! Esa mujer estaba loca, ¿realmente pensaba amordazarlo por rechazarla? No la amaba, adoraba a Seraphina y aunque Rosemary le diera cien latigazos no volvería a acostarse con ella.

—Cómo usted ordene —fingió un tono de voz más áspero y odió su risilla traviesa.

Estaba desquiciada.

—Es un regalo para el vizconde, nada malo le ocurrirá.

Claro que no le ocurriría nada malo, él sabía defenderse muy bien.

—Usa esto para dejarlo inconsciente —le tendió un tarro que contenía un líquido transparente y un paño blanco.

Se concentró tanto mirando los objetos, que cuando alzó la vista se quedó como piedra al ver que se quitaba la peluca y empezaba a deshacerse de la cofia que impedía que sus bucles dorados se salieran por los laterales de su peinado.

Seraphina...

Su esposa y Rosemary eran la misma persona y como un imbécil nunca pudo asociarlas.

Empuñó sus manos con ira contenida, consciente de que no era el momento de perder los estribos, y observó como la muy sinvergüenza seguía dándole órdenes para lastimarlo, para castigarlo por algo que él nunca hizo.

Al comprender que su esposa estaba al tanto de sus sentimientos, la impotencia se apoderó de su ser.

Incluso sabiendo que la amaba, ella quería lastimarlo.

Eso no se quedaría así, él recibiría su venganza por todas las humillaciones que su esposa lo hizo pasar en esas últimas semanas.

A él nadie le veía la cara de idiota.

Salió de la alcoba sin hacer mucho revuelo y le pidió a Grafton que no fuera al refugio esa noche, que tenía ciertos asuntos que atender y que lo ayudara a transportar la ridícula cruz en la que Seraphina lo quería enclaustrado.

Se sentía dolido, miserable y un completo imbécil por creer que ella iba a corresponderle.

Maldición, le hizo mucho daño por años e incluso una vez casados no le dio el lugar que le correspondía; no obstante, eso no quería decir que la dejaría llegar tan lejos.

—¿Qué sucede? Te veo muy molesto, ¿está todo en orden?

—Sólo lárgate, Grafton, no estoy de ánimos para lidiar con nadie.

Su amigo comprendió que no era el momento para atosigarlo y se retiró en silencio, dejándolo ensimismado en sus pensamientos. No comprendía cómo su esposa llegó a convertirse en Rosemary, pero claramente vivió engañado por años.

Se había humillado ante ella y como si fuera poco, todo el tiempo que le dijo que era un inservible, jugador sin remedio que no tenía nada que ofrecerle, lo dijo porque realmente lo pensaba, porque ella lo vio sumirse en el juego y perder toda su dote y dinero de su abuela como si fuera un adolescente sin cerebro.

Se sentía un idiota, un maldito miserable, pero incluso así no dejaría que ese engaño quedara impune. Quería su venganza.

No tuvo idea de cuánto tiempo transcurrió, pero el sonido de unos pasos le advirtieron que su esposa estaba cerca. La buscó desde su escondite, tras unos arbustos, y sonrió de lado al ver que se presentaría ante él como Rosemary, como la zorra más despreciable que él conoció en las últimas semanas.

Utilizando el propio material que ella le cedió para dejarlo inconsciente, Portman salió de su escondite y la sujetó por detrás cubriendo inmediatamente con el paño su rostro para controlar a la fierecilla.

Ella perdió el conocimiento casi en el instante y con una sonrisa retorcida, Lucien la tomó en brazos y la guio hacia su pequeño refugio de amor.

Capítulo 17

Sintiendo una fuerte punzada de dolor en las sienes, Seraphina ladeó lentamente la cabeza y gimió adolorida al no ser capaz de mover el cuerpo y sentir entumecidos los brazos. Lo último que recordaba era que estaba dirigiéndose al refugio para hablar con Lucien y decirle la verdad: que Rosemary y Seraphina eran la misma persona.

¿Qué fue lo que le ocurrió?

—Hasta que despiertas.

La voz profunda y fuerte de su esposo hizo que la sangre se le congelara y como si de pronto recuperara todo el conocimiento y cordura, separó los párpados y lo buscó con la mirada. No llegó a encontrarlo porque las sienes le palpitaron y recién cayó en cuenta que estaba amordazada y maniatada en la cruz.

Dios santo, ¿cómo llegó hasta allí?

Ya un poco más lúcida lo buscó con la mirada y lo vio sentado en la cama, sólo llevaba puesto su pantalón y camisa, estaba descalzo y la miraba de una manera que no sabía cómo describirla.

Sintió miedo, pero se alivió de sobremana al ver un espejo frente a ella al otro lado del dormitorio, aún llevaba puesta su peluca. Lo menos que necesitaba era que Lucien la descubriera justo ahora cuando no podía emitir palabra alguna por el pañuelo que le cubría la boca.

Empezó a forcejear y le exigió con la mirada su liberación; sin embargo, la piel se le erizó al verlo tan tranquilo en la cama. No tenía intención alguna de levantarse y soltarla.

Después de unos segundos Lucien se incorporó y se acercó a ella.

Cuando pensó en hacerle exactamente lo mismo para poder explicarle todo lo ocurrido de principio a final, nunca pensó que la situación sería un tanto alarmante desde la perspectiva del rehén.

—¿Qué es lo que pretendías, Rosemary? —inquirió con dureza, clavándose frente a ella, y empezó a sudar frío.

—Mmm... —Ladeó la cabeza con rapidez, necesitaba que liberara sus labios para buscar una excusa que no la condenara.

—¿Te das cuenta que este jueguito te puede salir muy caro? —Se estremeció al ver como posaba una daga en su cuello y tiritó con violencia, podría jurar que estaba más pálida que una hoja—. Atentar contra un noble te llevaría directo a la horca.

Negó con rapidez, ¡ella nunca quiso hacerle daño!

Era una forma —un tanto retorcida— de contarle la verdad para luego confesarle que lo quería. Necesitaba liberarse, hablar con él y decirle la verdad de una vez por todas, esa situación iba a salirse de control si Lucien cometía alguna estupidez.

—Quieta —demandó cuando empezó a removerse y sentir el metal frío contra su piel hizo que lo obedeciera. Empezó a respirar entrecortadamente al sentir como el metal descendía y se tensó cuando lo metió en el canalillo de sus pechos—. Debe gustarte mucho el peligro para pretender poner a un vizconde en esta situación.

—¡Mmm! —Se exaltó al sentir como rasgaba la tela de su escote y sin importar que tanto

luchara y forcejeara, él le quitó el vestido a tirones sin pena alguna.

¿Qué le sucedía? ¡Él no era así!

Sintiendo una profunda decepción en el pecho lo vio despojarla de sus ropas y juntó los párpados, devastada. Él pensaba acostarse con Rosemary de la manera más baja y ruin que podía existir.

¿En qué estuvo pensando al creer que su amor era verdadero?

Él siempre sería un mujeriego, un sinvergüenza, un libertino.

Abrió los ojos al sentir como acariciaba su mejilla y sólo en ese momento fue consciente de sus lágrimas, unas que eran por causa de su traición. Odiaba sentirse tan frustrada y celosa, él no le debía nada y menos por la manera en la que lo echó de su alcoba hace ya varias noches, pero igual era doloroso verlo hacer algo así.

La daga cayó al piso, relajándola de sobremanera, y esperó que la tristeza que destellaba en sus ojos fuera real, dado que si no le daba pena ponerla en una situación como esa, pensaría que ese hombre no tenía corazón.

—Yo confié ciegamente en ti —soltó de pronto el pelinegro, sobresaltándola—. Te dije que la amaba e incluso así quisiste hacerme daño.

Negó con rapidez y las lágrimas bajaron por sus mejillas, ella no iba a hacerle daño.

—¿No ibas a hacerme daño?

Siguió negando con la cabeza. ¡Ella lo amaba, maldita sea! Jamás sería capaz de hacerle algo.

Amaba a ese desquiciado y narcisista por excelencia, pero... Él no le respetaba, ni siquiera le era fiel. En ese momento pensaba tomar a Rosemary, no por nada la desnudó y maniató sin dudarle.

Sin darle una respuesta él se arrodilló ante ella y mirando su imagen en el espejo, sintió como el alma se le venía abajo al sentir sus labios sobre su vientre. Iba a engañarla, él iba a acostarse con Rosemary cuando aseguró amarla.

Sus besos descendieron, haciendo que su cuerpo le traicionara, y sin poder cerrar las piernas porque también las tenía atadas, Seraphina tiró la cabeza hacia atrás al sentir como sus dedos se abrían paso en su monte de venus y acariciaban su hendidura, descubriendo su humedad.

Él gruñó, enviándole un escalofrío por la espina dorsal, y ahogando un grito Seraphina se arqueó sintiendo su boca contra su clítoris, lamiendo sin piedad alguna.

Su cuerpo disfrutaba del momento, pero algo en su interior se desmoronaba poco a poco. Nuevamente clavó la vista en el espejo, viendo como él se aferraba a ella con entusiasmo y no dejaba de hacerle el amor con la boca.

No había nada que hacer, jamás podría esperar algo bueno de Lucien por lo que lo único que le quedaba era aceptar el trato de Victoria y disfrutar de lo que él podía ofrecerle por ese corto tiempo.

Sus músculos se tensaron con violencia y pronto sintió como su cuerpo se estremecía y liberaba su glorioso orgasmo, dejándola sin aliento. Él empezó a desatarle los tobillos, manteniendo la espalda tensa, y sin mostrar expresión alguna en el rostro lo vio incorporarse mientras atenazaba sus piernas por detrás de sus rodillas para ponerlas a la altura de su cintura.

—¿A qué querías jugar al ordenar que me maniataran y amordazaran?

Retiró la mirada, su orgullo y corazón roto le impedían pensar con claridad. Sintió como posaba su glande en su estrecha entrada y cerró los ojos, consciente que después de eso todo lo que alguna vez sintió por él tendría que irse a la basura.

Ella no aceptaría a un esposo infiel en su vida.

Gimió con desesperación al sentir como la acariciaba por sus labios internos con su verga y tiró de sus muñecas encadenadas, ya no quería estar ahí. No quería sentir ese placer, no quería ver como tomaba a otra mujer.

—Me pregunto qué tipo de castigo merecen las mentirosas como tú —farfulló y lo miró con rencor. ¡Él también era un menti...!—, esposa mía.

Abrió los ojos de par en par mientras él le quitaba la peluca para tirarla lejos de donde se encontraban y sin verlo venir sintió su dura penetración, reclamándola con vehemencia. Él le quitó el pañuelo de los labios en un dos por tres y antes de permitirle emitir sonido alguno devoró sus labios con hambre desmedida, como si hubiera querido besarla desde hace mucho.

Se aferró a él con las piernas, sintiendo un poco de paz al saber que él estaba al tanto de que Rosemary y ella eran la misma persona, pero fue inevitable no cuestionarse qué pasaría con ella después. Claramente Lucien intentó asustarla como venganza, pero qué tal si después de eso él decidía dejarla; o peor aún, pedía la anulación de su matrimonio.

Lucien creía que intentó herirlo, según él quiso traicionarlo y eso no era verdad.

Sus arremetidas se hicieron más fuertes y violentas y pronto se encontró sin sus labios sobre los suyos, gimiendo sin control alguno y gritando de placer.

No podía decir que él fuera delicado en el acto, pero nunca lo había visto tan entusiasmado y violento al mismo tiempo. El cuerpo le temblaba y la pasión le nublaba la cordura, ni siquiera podía emitir palabra por sus certeras arremetidas.

—Dime hasta donde mierdas llegaste con Ross, Seraphina.

Su demanda la tomó por sorpresa, pero trató de recuperar algo de compostura para poder responderle. Él sabía que era virgen cuando ocurrió su primera vez, prácticamente sus mentiras se habían ido al traste después de que él se enterara que era Rosemary, pero el conde... Ese era un tema aparte porque el castaño la había besado delante de su esposo.

—No fue nada... No llegué a...

—No me mientas.

Tiritó en sus brazos y jadeó ansiosa.

—Sólo fue un beso, yo... Mmm... —Le cubrió la boca con una mano y Seraphina chilló por la dura arremetida que hizo que su cuerpo convulsionara de placer mientras sus esencias se mezclaban.

Jadeante miró su reflejo en el espejo, sintiendo inmensas ganas de desvestirse completamente a su marido, y contuvo el aliento cuando él empezó a desatar sus manos.

Con los brazos entumecidos se las ingenió para abrazarlo por el cuello y enterró el rostro en su cuello mientras él la llevaba hacia la cama. Sus cuerpos aún estaban conectados y si era sincera no quería que él saliera de su interior.

La tendió con delicadeza sobre el mullido colchón y gimió adolorida cuando sus cuerpos se separaron; no obstante, él no se apartó de su puesto y la buscó con la mirada.

—Eres mía, Seraphina, y si tengo que maniatarte o amordazarte para que lo entiendas, así seguirá siendo hasta el último día de nuestras vidas.

—¡Ah! —Se arqueó al sentir que la penetraba con fuerza y lo abrazó por la espalda con determinación, bajando sus manos hasta posicionarlas sobre sus glúteos—. Lucien... sí, por favor, no te detengas.

Él se incorporó un poco y se despojó de su camisa rápidamente para colocarse contra ella piel con piel. Con los cuerpos sudorosos y las respiraciones jadeantes, ambos buscaron sus labios y se fundieron en las llamas del placer, alcanzando el clímax a los segundos.

Sus bocas se separaron y comprendiendo que era el momento, musitó:

—Yo también te amo.

Como si él no lo hubiera visto venir se tendió junto a ella y la envolvió en un fuerte abrazo, tratando de regularizar su respiración.

—¿Por qué querías hacerme algo así? —exigió saber.

—Iba a contarte la verdad y pensé que la única manera de conseguir que la escuches completa era atándote, lo siento.

Él suspiró aliviado, ¿realmente pensó que le haría daño?

—¿Qué le hiciste a Herbert? Él sólo siguió mis órdenes.

—Era yo, nunca llegaste a hablar con tu lacayo de confianza. —La sangre se le congeló y lo buscó con la mirada.

—¿Por qué no me dijiste nada en ese momento? —Dios santo, ella misma se desenmascaró ante Lucien.

—Estaba molesto, no quería actuar en un momento donde el enojo me dominaba. Necesitaba pensar con claridad.

Lo abrazó con fuerza, enterrando el rostro en su pecho.

—Nunca me fui al campo, Lucien, nunca me gustó vivir allí y preferí acudir a mi hermano y pedir su ayuda. Fue así como nació Rosemary e iniciamos con Las garras de Lucifer. No negaré que en un principio quise vengarme de ti y hacerte pagar tu rechazo, pero luego... no pude culparte, en el corazón no se manda y tú eras libre de querer a quien quieras.

—Perdóname, mi amor —musitó, besando su coronilla con ternura—. Nunca debí descuidarte tanto tiempo, si hubiera sabido que vivías en el club y todas las veces caminabas del brazo de Ross, desde hace mucho que ya te habría sacado de allí.

—No lo dejaré, Lucien, es mi vida y amo el club.

Él guardó silencio por largos segundos y no le dio una respuesta clara para el punto, era como si quisiera aplazar la discusión sobre ese tema.

—Me acerqué a ti porque hice un acuerdo con lady Victoria, debía embarazarme si quería irme de Londres y creí que usando a Rosemary sería más sencillo.

—Eras virgen cuando te tomé, ¿por qué?

El rubor trepó por sus mejillas y bajó la vista, apenada.

—Quería una anulación y usaría tu deuda para conseguirla, eres un despilfarrador.

—Era.

—No cuenta si sólo llevas menos de un mes fuera de las salas de juego.

Él presionó su abrazo y acarició su espalda con delicadeza.

—Eres una víbora, jamás creí que tu mente pudiera ser tan vengativa.

—Merecías un castigo.

—Lo tuve cuando me hablaste de tus amantes y me hiciste cosas que me hicieron imaginarte con otros. Maldición, ¿dónde aprendiste todo lo que sabes?

—Estuve rodeada de cortesanas —comentó risueña, encogiéndose de hombros—. ¿No me odias? —inquirió con temor y él ladeó la cabeza, divertido.

—Creo que esto sólo me ayuda a reforzar el amor que siento por ti. Eres única y especial, servicial e inteligente; es como si fuéramos el día y la noche, jamás entenderé cómo pudiste enamorarte de un inútil como yo.

Si bien ella fue quien alimentó esa inseguridad en Lucien, no quería que se sintiera de ese modo.

—No sé cómo pasó, pero me he enamorado de ti y no sé qué hacer con mis sentimientos — confesó con tristeza, acariciando su mejilla.

Era tan hermoso que le preocupaba no ser suficiente para él.

—Entrégamelos. —Sujetó su mano.

—¿Qué?

—Yo quiero tu amor, quiero estar contigo y no permitiré que te vayas a ningún lugar sin mí. Es más, ni bien llegemos a Londres te llevaré a mi casa y haré que todos respeten a la señora de mi hogar.

—¿Estás seguro que quieres esto? —Sintió un nudo en la garganta, irse con Lucien era aceptar su amor y abrirse a la posibilidad de tener un feliz matrimonio y una grandiosa familia.

El pulso se le disparó al ver su hermosa sonrisa y sin perder el tiempo se abalanzó contra él y lo besó con entusiasmo.

—Nada me daría más gusto, Lucien —confesó y pronto estuvo siendo víctima de sus labios y caricias.

Esa noche no llegaría a su alcoba, prefería quedarse ahí en la compañía de su esposo.

Confiaría en él, se iría a vivir con Lucien y abriría su corazón a la ilusión de tener su propia familia.

Capítulo 18

Al día siguiente, Seraphina se sentía tan ansiosa que no fue hasta antes de la cena donde pudo agarrar valor y juntar a sus dos hermanos para contarles qué decisión había tomado en cuanto al futuro de su matrimonio.

Tanto Connor como Zachary la miraban con curiosidad, ella no podía dejar de caminar de un lugar a otro mientras buscaba las palabras correctas. No podía dejar a su mellizo fuera de esa gran noticia, no cuando quería que él compartiera su felicidad con ella.

—¿Qué sucede? Te veo muy nerviosa —comentó el rubio, ya un tanto irritado por la situación, y ganando una gran bocanada de aire paró en seco y los miró a ambos, envalentonada.

—Cuando regrese a Londres me mudaré con mi esposo, he decidido darle una oportunidad a mi matrimonio.

Cuando terminó de emitir la última palabra, sonrió satisfecha al percatarse de que un gran peso desaparecía de sus hombros. No tenía idea de cómo lo tomarían sus padres, pero esperaba que ellos comprendieran su decisión al igual que Connor.

—¿Cómo? —La piel se le erizó al escuchar la dura voz de su mellizo y cuando quiso responderle, Connor se le adelantó.

—Nos alegra mucho saberlo, querida, ¿verdad, Zachary? Nosotros debemos apoyar a nuestra hermana y si ella cree que lo mejor es luchar por su matrimonio, nosotros sólo podemos apoyarla.

—Gracias —soltó con una sonrisa risueña, juntando sus manos con nerviosismo a la altura de su regazo—. Para mí es muy importante tener su apoyo. —Corrió hacia sus hermanos y los abrazó con fuerza, sintiendo un tanto extraña la tensión que estaba alojada en el cuerpo de Zachary.

¿No estaba feliz por ella?, ¿le preocuparía que su viaje por el continente se retrasara? Él podía irse solo; es más, era lo que se esperaba de él.

Ya luego hablaría con él a solas.

—Vamos al comedor, pronto servirán la cena y hoy es la última noche de esta exitosa fiesta.

Era verdad, a partir de mañana su vida cambiaría complementemente y se sentía ansiosa por todo lo que se avecinaba.

Estaba segura que Victoria estaría satisfecha con el resultado, pero su suegra la detestaría profundamente una vez que profanara su lugar como ama y señora de su casa; sin embargo, eso la tenía muy sin cuidado.

Lamentando que Lucien no haya querido asistir a la última cena, Seraphina disfrutó de la comida gustosa y decidió que iría a verlo más tarde para pasar la noche junto a él. Cuando la comida hubo llegado a su fin, su hermano envió a los comensales al salón principal para que pudiera apreciar un espectáculo sorpresa.

Necesitaban una gran despedida si querían que esa fiesta fuera conmemorada y aceptada en un futuro por los miembros de su club.

Decidió seguirlos sin hacer mucho revuelo, pero Zachary aprovechó que Connor se fue con los invitados, para tomarla del brazo y sacarla de un tirón de la casa por la terraza; bajaron la escalinata y trató de seguir su paso mientras se adentraban al jardín. Sabía que tarde o temprano él

buscaría hablar nuevamente con ella, pero no esperó que fuera en un momento así ni a esas horas.

Podría haber esperado hasta mañana, cuando se vieran otra vez en Las garras de Lucifer.

—Zachary, estás exagerando las cosas, ¿podrías soltarme, por favor? —Farfulló, rodando los ojos mientras la alejaba de la casa. No obtuvo una respuesta y se sintió ofendida por su actitud—. Jamás pensé que serías tan egoísta, sabes que siempre quise tener una familia y por fin tengo la oportunidad de hacer una.

¿Por qué se comportaba así? Todo indicaba que sólo guardó silencio ante Connor para decirle a solas lo que pensaba de su decisión en cuanto a su matrimonio.

—¡Pero no puedes hacerla con cualquiera! —exclamó al fin, volviéndose hacia ella, y la sujetó por los hombros, desesperado—. Tú no entiendes mi preocupación, no entiendes lo que siento en este momento, no dejaré que vuelvas con Portman. Él no te merece.

—Es mi esposo. —Le parecía estúpido que reaccionara así—. Es el hombre que debo respetar hasta el último día de mi vida y sé perfectamente lo que debo esperar de él.

—Aún puedes anular tu matrimonio.

Algo le dijo que no le dijera que esa ya no era una posibilidad.

—No te inmiscuyas en mis asuntos, Zachary, eres mi hermano y te adoro, pero jamás dejaré que decidas por mí.

Su hermano parpadeó varias veces y Seraphina intentó retroceder cuando presionó su agarre sobre sus brazos. Él no se lo permitió.

—¿Por qué?

—Porque quiero hacerlo, porque me casé para formar una familia —y porque amaba a Lucien— y quizás sea hora de que entiendas que no eres mi segundo padre, deja de controlar mi vida.

Zachary la soltó y por unos segundos le dio la espalda mientras alborotaba su rubia cabellera.

¿Es que no pensaba felicitarla o motivarla a seguir con sus planes?

Connor habría sido mucho más objetivo.

—No volverás con él —susurró su hermano en voz baja, pero ella sí que llegó a escucharlo—. No lo permitiré. —Abrió los ojos atónita, deseando matarlo por su terquedad.

Intentó retroceder cuando lo vio acercarse, pero Zachary atenazó sus brazos con precisión, manteniéndola muy cerca de él. Su aliento le informó que estuvo bebiendo más de la cuenta y tragó con fuerza cuando intentó tirar de ella hacia las caballerizas.

—¡Suéltame! ¡¿Qué diantres te pasa?! Tú no eres quien para decidir si me voy con mi marido o no.

Forcejeó y gracias a los santos consiguió que dejara de moverse y la fuerza de voluntades fuera allí, donde a puro tironeo intentó obtener su libertad. Lo menos que quería era llamar la atención de los invitados, aunque aún estaban un poco lejos de la casa principal. El fuerte brazo de su hermano rodeó su cintura, intentando inmovilizarla, pero ella no se dejó vencer y siguió luchando con determinación.

—Huiremos.

La estupefacción la golpeó con fuerza y lo miró horrorizada. Comprendía que el alcohol atontaba a los hombres, pero su hermano estaba actuando muy extraño.

—No dejaré que cometas el peor error de tu vida, Portman no te merece.

—No iré contigo a ningún lado. —chilló histérica, cansada de su enfermizo comportamiento, y lo empujó por el pecho

—¿Es que no lo entiendes?! —gritó fuera de sí, nuevamente muy cerca de ella, y Seraphina exteriorizó su impotencia.

—No, Zachary, no entiendo tu comportamiento y me estás asustando. Deja de preocuparte por mí, yo estaré bien co...

—Yo te amo, Seraphina.

Sonrió con ternura.

—Yo también te amo, Zachary, pero ambos sabemos que nuestras vidas deben sepa...

—Te amo como mujer —soltó de pronto, acallándola, y la piel se le erizó por el espanto que sus palabras provocaron en ella.

Inconscientemente dio tres pasos hacia atrás y no pudo ver la expresión de su hermano porque la visión se le nubló por las lágrimas de impotencia que amenazaron con salir por las comisuras de sus ojos. Tenía que ser un mal chiste, no pudo haber escuchado correctamente, seguramente mezcló las palabras.

¡Era su hermano!

—¡No te acerques! —Pidió al verlo avanzar en su dirección e intentó salir huyendo al percatarse que él no pretendía obedecerla; no obstante, no llegó muy lejos porque Zachary llegó a sujetarla—. ¡Eres mi hermano, maldita sea! ¡¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?! —Empezó a llorar sin consuelo alguno, ¿cómo hablaría de algo así con sus padres o hermano?

Eso sólo arruinaría a su familia, necesitaba hacer entrar en razón a su hermano.

¿Por qué Connor tuvo que dejar solo a Zachary justo ahora?

—Por eso, si nos vamos lejos nadie conocerá nuestro pasado y seremos muy felices.

Las ganas de vomitar la invadieron, ¿por eso insistía en que debían irse lejos, a donde nadie los conociera? Era una tonta, ¿cómo no pudo percatarse de nada anteriormente? Debió haber deducido que el comportamiento de su hermano no era sano ni normal.

—¡Yo no te amo! —chilló fuera de sí, empujándolo con todas sus fuerzas—. Amo a Lucien, es con él con quien quiero estar —confesó asustada, como si la sola mención del nombre de su esposo pudiera traerlo hasta allí para que la ayudara, pero sollozó con desesperación cuando su hermano ejerció mayor fuerza en su agarre.

—¿Lucien? —En ese momento comprendió que cometió un terrible error—. ¿Cómo carajos fue que llegaste a tener tanta confianza con el miserable de Portman? —Lanzó un jadeo adolorido por la presión que estaba ejerciendo en su brazo y deseó que alguien llegara para controlarlo, Zachary no estaba pensando con claridad—. Él no te ama, cariño —susurró con suavidad, intentando acariciar su mejilla, pero Seraphina la retiró con recelo—. Conmigo serás muy feliz, viajarás por el mundo y...

—¡No me iré contigo! ¡No te amo! Eres mi her...

Las ganas de vomitar la invadieron cuando su propio hermano juntó sus labios con dureza y luchó con todo ímpetu para obtener su liberación sin resultado alguno porque ahora su lengua arremetía contra sus labios para darse paso.

No podía estar pasándole eso, ¡Zachary era su hermano!

Una fuerza mayor tiró de su hermano hacia atrás y con el corazón en la boca vio como una sombra negra le estampaba un fuerte puño en el rostro, enviándolo hacia atrás. Rápidamente limpió sus lágrimas con las manos temblorosas, analizando qué podría decirle al individuo que los encontró.

Su propio hermano intentó forzarla.

—Que no se te ocurra tocar otra vez a mi mujer, Zachary. —La fría y dura voz de Lucien llegó a sus oídos y sollozó con desconsuelo un poco más aliviada.

Era él... La levita de Lucien se posó sobre sus hombros y lo abrazó con fuerza buscando un

poco de apoyo moral. ¿Cómo diantres llegó a suceder algo así?, ¿en qué se equivocó para que su hermano terminara confundiendo las cosas?

—No es tuya. —Cada músculo de su cuerpo entró en tensión y ambos vieron como el rubio se incorporaba, dispuesto a iniciar una pelea de ser necesario.

—Soy tu hermana, somos familia, debes recapacitar. —imploró entre llanto y el rubio lanzó una sonora carcajada, haciendo que ahora fuera Lucien quien se pusiera tan rígido como una vara.

—¡Tú no eres mi hermana!

Frunció el ceño consternada por su estúpido comentario y apretó la mandíbula.

—¡Tú eres...!

—¡Cállate! —vociferó Lucien, exaltado, y el miedo se alojó en su pecho.

—Somos familia, Zachary, jamás podría verte com...

—Tú eres una bastarda de Hailee y yo soy un bastardo del duque de Kent, nosotros no somos hermanos de sangre ni tampoco familia. Eso es lo que nuestros padres dijeron para evitar las habladurías.

—¡Zachary!

Y si las palabras de su hermano la dejaron petrificada en su lugar, con el corazón hecho añicos y las emociones a flor de piel, el grito de Connor hizo que su mundo se viniera abajo.

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas sin control alguno y el cuerpo le tiritó con violencia. Era una bastarda...Un acto de caridad del duque de Kent que decidió no abandonarla en un orfanato.

Sollozó ahogadamente, cubriendo su boca con una mano para no derrumbarse allí mismo, y Lucien la abrazó con fuerza, informándole sin necesidad de palabras que él conocía la verdad.

¿Cómo era eso posible? No tenía la menor idea, pero al parecer todos le vieron la cara de idiota.

¿Podía ser más estúpida?

—¡¿Qué?! Ella debe saberlo —espetó Zachary, intentando nuevamente acercarse a ella, pero Lucien la dejó detrás de su cuerpo para defenderla—. Por eso Connor odia a mi padre, porque él lo abandonó diez años en el campo con nuestra madre y de esa estupidez nacimos tú y yo.

—¡Basta, guarda silencio, maldita sea! —Ahora fue Connor quien tiró de él, furibundo, pero su hermano se zafó de su agarre.

—Dijiste que nunca estarías con alguien de tu familia. —Sonrió con malicia—. Entérate que el hombre con quien pretendes vivir bajo el mismo techo y tener un matrimonio normal; es tu primo, Seraphina, ¡tu madre se revolcó con su tío antes de que este muriera! Tú eres la prima del vizconde.

Lucien estampó otro puño en el rostro de su hermano y ella sólo atravesó un momento de crisis emocional y existencial al descubrir que se había acostado con su primo y posiblemente estaría llevando un hijo suyo en el vientre.

Dios santo, ellos no podían estar juntos, ¡eran familia!

Desesperada por no encontrar una solución o conseguir asimilar toda la información que le revelaba muchas verdades, Seraphina sintió como su pulso se descontrolaba y la cabeza empezaba a dolerle de tal manera que lo último que llegó a escuchar fue la voz de Connor, quien le pedía que se calmara y le informaba que todo estaría bien, que para todo existía una explicación.

¿Sería verdad?, ¿acaso no acababa de enterarse que el hombre que amaba no sólo la mantuvo engañada por años sino que nunca le dijo que eran familia y la condujo a cometer incesto?

¿Acaso su vida podía ser más desastrosa?

Había creído que por fin podría ser feliz junto al hombre que amaba, pero ahora descubriría que todo fue una vil mentira y la vida nuevamente le decía a gritos que no se hiciera falsas ilusiones.

Ella no podía quedarse en Londres, menos ahora que sabía del parentesco que existía entre su marido y ella.

Capítulo 19

Regresó a la ciudad en el mismo carruaje que Connor, dado que su hermano le había pedido un momento para hablar a solas y explicarle lo que realmente estaba ocurriendo.

¿Qué iba a explicarle?, ¿qué era el resultado del adulterio de su madre?, ¿qué fue un milagro que el duque no la abandonara en un orfanato?

—Te prohíbo juzgar a nuestra madre, Seraphina —ordenó Connor, como si leyera sus pensamientos, y las lágrimas nuevamente amenazaron con salir.

¿Entonces qué podía hacer en una situación como esa?! Estaba desesperada y necesitaba culpables.

—Las cosas se dieron de una manera que tú desconoces y lo mejor es que siga siendo así, ninguno de los dos fue un santo, ambos cometieron sus errores pero supieron salir adelante y nos criaron de la mejor manera posible.

—¿Siempre lo supiste? —inquirió dolida, viendo como asentía, y bajó la mirada apenada—. ¿Por qué él es así?, ¿por qué es tan bueno conmigo?

—Porque para Kent eres su hija, Seraphina, creo que el amor que te profesa a ti y a nuestra madre es lo único que impide que no lo odie tanto como yo quisiera.

—Pero no soy su hija, Connor, ¿cómo haré para verlo a la cara ahora?

Él sonrió amablemente y sujetó su mano con ternura.

—Ellos deben saber que estás al tanto de todo, cariño. Sé que hubieran preferido que este día nunca llegara, pero ya está aquí.

—¿Tú sabías del amor de Zachary? —La voz le tembló y bajó la mirada cuando él asintió.

—Lo siento, creí que con el tiempo él se daría cuenta que era una tontería.

—¿Nuestros padres lo saben?

—Sólo Malcolm, Hailee no sabe nada.

Le sorprendía que el duque no fuera capaz de odiarla, dado que desde que tenía uso de razón él siempre fue muy bueno con ella y la consintió en todo; aunque para nadie era un secreto que su favorito era Connor y era al único hijo que no podía llegar como realmente deseaba.

—Lucien es mi primo... ¡Estoy casada con mi primo! —soltó desesperada, recordando lo que realmente le angustiaba, y él la envolvió en un fuerte abrazo.

—No serán los primeros ni los últimos primos en casarse.

Pero igual seguía siendo una relación incestuosa y no podía tolerar que él no le hubiera dicho nada.

Antes de salir de la casa campestre él había pedido hablar con ella y su cobardía hizo que saliera huyendo, no tenía la menor idea de lo que él querría decirle ahora y no deseaba escucharlo. No se sentía lista para afrontarlo.

—¿Qué haré ahora?

Connor la miró con tristeza y supuso que sus siguientes palabras no le gustarían.

—Debes hablar con nuestros padres, no quiero que te guardes este sufrimiento para ti sola. Enfrenta tu realidad, trae a Rosemary a la vida sin necesidad de usar una peluca o maquillaje en

exceso y hazle frente a la situación.

No muy segura asintió, sabía que no podía esconderse de sus padres y tampoco quería hacerlo. Necesitaba respuestas y sólo ellos podrían dárselas, aunque... algo le decía que Victoria también tenía mucho para decirle.

—¿Qué haré con Zachary? —La idea de volver a ver a su hermano la horrorizaba, no sabía cómo podría reaccionar ahora.

—Yo me encargaré de él, ayer le escribí a nuestro padre y él ya está al tanto de todo. Ahora mismo te dejaré en su casa.

—De acuerdo.

¿Qué caso tenía dilatar lo inevitable?

Ella tenía que hablar con sus padres le gustase o no, y si era sincera consigo misma: quería dejar las cosas tal y como estaban con ellos. Amaba al duque de Kent, era la única imagen paterna que conocía, y no podía decir que su madre fuera mala cuando durante años dio mucho por todos sus hijos, inclusive Zachary que era un bastardo del duque.

Ambos lucharon por tener una familia feliz.

Ahora comprendía por qué Zachary y ella eran los únicos rubios y Connor era una copia fiel de los gemelos y su padre.

Llegaron a Londres y tal y como su hermano le advirtió, sus padres se encontraban al final de las escaleras de su mansión aguardando por ella. Bajó del carruaje con ayuda del duque y antes de que la puerta se cerrara con Connor dentro, se volvió hacia su hermano y sonrió débilmente hacia su suave guiño.

Él se reuniría con Zachary.

El carruaje se puso nuevamente en marcha y armándose de valor se volvió hacia sus padres. Su madre estaba tan pálida como una hoja y las ojeras de sus padres le informaban que ninguno tuvo una noche agradable.

—Hija... —susurró Hailee y sin poder contenerse abrazó a su madre, necesitaba saber que pese a todo su familia seguiría queriéndola como hasta ahora, que nada cambiaría entre ellos.

Por el rabillo del ojo vio la tensión en el cuerpo de su padre y consciente que era él quien seguramente estaría más nervioso, estiró su brazo y le pidió que se acercara. Como si Malcolm hubiera recordado como respirar soltó un suspiro inaudible y se unió al abrazo, besando su coronilla prolongadamente.

—Lamento no habértelo dicho antes —soltó su madre con lágrimas en los ojos—. Tu hermano reaccionó tan mal que temíamos lo que tú podrías hacer, cariño. Nuestra idea era que ambos lo supieran, pero no queríamos que cometieras una locura.

No quería ni imaginarse qué fue lo que Zachary hizo.

—Yo... sólo quiero que todo siga siendo como hasta ahora.

—Nada cambiará, cariño.

Ahora fue su padre quien la envolvió en un posesivo abrazo y se preguntó si quería saber sobre el pasado de sus padres; no obstante, recordar el odio que Connor sentía hacia Malcolm Aldrich hizo que prefiriera vivir en la ignorancia.

Si su madre lo perdonó, quizás lo mejor sería dejar todo en el pasado.

—Perdí el control, no actué de la mejor manera —espetó Zachary con la cabeza gacha, dispuesto a oír la reprimenda que Connor tenía para él.

—Ella no puede ser para ti, hermano. —Presionó su hombro como señal de consuelo y él asintió, avergonzado.

Le había arruinado la vida a su propia hermana.

—Lo mejor es que me vaya, ¿verdad? —Clavó la vista en el barco, había aplazado ese viaje por años pero ya no tenía caso seguir esperando, él jamás sería feliz en Londres, al menos no hasta que olvidara el absurdo amor que sentía por su hermana.

—Ciertamente.

—Lamento que todo haya terminado así.

Al final era su propio hermano quien tenía que expulsarlo de Londres para evitar que cometiera una locura, ¿podía ser más vergonzoso? Aunque él no lo dijera, Zachary sabía que le estaba haciendo un gran mal al ponerlo en una situación tan complicada.

Él siempre fue su hermano favorito.

—Ve con Ross —pidió, sujetándolo de los hombros—. Ten aventuras, conoce mujeres y disfruta de tu vida y dinero. El amor llegará cuando sea el momento y ni siquiera lo notarás. La mujer que es para ti puede que esté del otro lado del continente.

Lo menos que ahora quería era meterse en problema de faldas.

—Lo pensaré —susurró sintiendo un nudo en la garganta, ¿cuántos años le tomaría regresar a Londres?

Lo más probable era que ahora mismo su padre no quisiera verlo ni en pintura. Para Malcolm él siempre fue el último, ni siquiera siendo hijo de su sangre pudo ser más importante que Seraphina.

Él lo odiaba porque era la prueba y un constante recordatorio de todas sus crueldades.

Vio la nostalgia en los ojos de su hermano mayor y lo abrazó por la espalda como despedida. Era el momento de irse, no quería hacer que esa tarea fuera más difícil para Connor.

—Hasta pronto, hermano.

—Cuídate mucho, Zachary.

Asintió, quiso pedirle que cuidara de Seraphina y lo gemelos, pero prefirió irse silenciosamente y olvidarse por un momento de la única razón que lo ató por años a Londres.

Si él nunca se hubiera fijado en el brillo de su hermana, en su sonrisa y en lo fácil que era para ella superar las adversidades; ahora mismo se iría sabiendo que a su regreso podría abrazarla y seguir siendo su hermano.

Pero ahora... Ella seguramente lo odiaría con cada fibra de su ser por arruinarle la vida.

Seraphina sintió un nudo en la garganta al escuchar la noticia que sus padres tenían para ella esa noche y miró a Connor con los ojos abiertos de par en par, sintiendo como se le llenaban de lágrimas.

¿Enviaron lejos a Zachary porque le dijo la verdad?, ¿por su culpa su hermano se vio obligado a abandonar su hogar y su familia?

—¿Por qué no dejaron que me despidiera de él? —susurró con un hilo de voz, sintiendo como las manos le temblaban.

Al final sí perdió a su amado hermano.

—Hija, él tenía que irse, lleva años aplazando su viaje —espetó su padre en tono apaciguador y tragó con fuerza.

—No quiero perderlo, papá, es mi hermano.

Ella quería recuperarlo al igual que a sus padres, no deseaba que su relación se viniera abajo después del incidente que tuvieron en la casa campestre.

—Con el tiempo él superará todo y podrás escribirle, pero por ahora quiero que te mantengas al margen. —La dura voz de su padre dejó claro que no quería que tuviera contacto con Zachary, que lo más sano para ambos era implementar una gran distancia para olvidar el terrible episodio que vivieron el día de ayer.

—Como usted ordene, padre.

Quizá era lo mejor para ambos, sólo el tiempo decidiría lo que ocurriría con su relación.

La cena concluyó antes de las ocho y Connor la llevó hacia su solitaria casa en Mayfair.

Si todo hubiera salido bien y Zachary no hubiera hecho nada el día de ayer, ella ahora mismo estaría viviendo con su esposo, durmiendo con él y besándolo como deseaba hacerlo.

Pero ahora eso era imposible, él era su primo y no se creía capaz de obviar una verdad como esa.

Ingresó a su casa con los hombros caídos, rendida por el largo viaje y los últimos acontecimientos. Sus baúles ya estaban allí, esa misma mañana sus padres se encargaron de enviarlos por ella, por lo que lo menos que necesitaba era frecuentar con sus criados.

Saludó al mayordomo y sin dejarle emitir palabra se dirigió hacia su alcoba.

Necesitaba dormir, olvidar y despertar de esa pesadilla que estaba viviendo.

Quería regresar en el tiempo para poder odiar a su marido y seguir con sus planes de viajar por el mundo. No le gustaba sentirse tan vacía y sola, odiaba sentirse tan vulnerable y todo era debido a que estaba enamorada, a que había caído en las garras del amor y el suyo era uno imposible.

Entró a su alcoba y paró en seco al ver a Lucien en su dormitorio, sentado en el diván que estaba junto a la ventana.

¿Por qué estaba en su casa?

—No renunciaré a lo nuestro tan fácilmente.

—Debemos anular este matrimonio —espetó con frialdad, mostrándose indiferente.

—No puedes estar hablando en serio. —La miró con incredulidad—. Podrías estar esperando un hijo mío.

Abrió la boca para decirle que podría ser de otro, pero él le advirtió con la mirada que ni siquiera lo pensara.

—Fui el primero y el único en tu vida, no lo intentes.

—Eso puede cambiar —farfulló con molestia y lanzó un jadeo cuando él la abrazó por la cintura.

—Tú me amas, no hagas las cosas más complicadas.

—Tal vez no te amo —soltó sin expresión alguna en el rostro, tensándolo en el acto—. Dicen que el amor lo puede todo pero yo no estoy dispuesta a acostarme nuevamente con mi primo.

Él la soltó como si su tacto quemara y retrocedió un paso.

—Estás siendo cruel, Seraphina.

—No puedo ser amable contigo, todo este tiempo supiste que era una bastarda y nunca me dijiste nada.

Ahora comprendía por qué la repudiaba tanto, no era por su cuerpo ni manera de pensar; era la verdad sobre su nacimiento, él no toleraba tener que lidiar con una bastarda ni mucho menos tener que tratarla como si fuera una dama.

—No me interesaba, no sentía que fuera necesario tocar el tema.

—¡Claro que era necesario! Yo tenía el derecho de elegir si quería follarme a mi primo.

Él no le dio una respuesta, era como si tocar ese tema le costara mucho, por lo que ella le dio la espalda y se frotó el rostro con cansancio. Amaba a ese hombre, pero lo mejor para ambos era ponerle un fin a su relación y esperar que su hijo naciera para que ella pudiera largarse de una vez por todas.

—Vete, Lucien.

—Pe...

—Por lo que más quieras, sal de mi casa —imploró sin poder mirarlo y la voz se le quebró por la desesperación del momento.

Por unos largos segundos no escuchó una respuesta, pero luego él la pasó de largo. Antes de abandonar su alcoba él se volvió en su dirección y conectó sus miradas, provocando que la piel se le erizara.

—Esto no se quedará así, Seraphina.

Abandonó la casa donde su esposa se estaba quedando y descargando toda su rabia golpeó el carruaje con violencia desmedida para que este se pusiera en marcha. Si estuviera en sus manos, con gusto se encargaría de castigar a Zachary por la insensatez que terminó cometiendo el día de ayer.

¡Le había arruinado la vida!

Si no pensaba en algo, terminaría perdiendo a Seraphina porque sabía que no habría fuerza humana capaz de hacerle cambiar de parecer respecto al parentesco que tenían.

En un principio siguió a los hermanos por mera curiosidad y porque se había percatado del enojo de Zachary, pero nunca imaginó que terminaría presenciando una escena de ese calibre.

Zachary había cometido el error de enamorarse de Seraphina.

Maldición, cuando escuchó aquello su conmoción fue tanta que no supo cómo reaccionar. Escuchar su discusión y ver como el rubio sobrepasaba los límites de la obsesión lo dejó estupefacto, para todo el mundo eran hermanos y nunca se le ocurrió pensar que él generaría sentimientos amorosos por Seraphina.

Cuando él la forzó, besándola con violencia, Lucien no supo qué ángel se apoderó de él para evitar la muerte del rubio. Sintió inmensas ganas de partirle la cara. Ya no pudo seguir en su escondite y salió en defensa de su mujer, pero tuvo con conformarse con alejarlo de ella y darle un fuerte puñetazo en el rostro.

Sin embargo, lo que nunca pensó que sucedería era que Zachary gritara a los cuatro vientos el secreto de ambas familias, importándole muy poco el cómo le afectaría la noticia a Seraphina.

Eran primos; o al menos eso creía ella.

Si bien podía decirle que era un bastardo, Lucien no se sentía lo suficientemente preparado para contarle a alguien sobre su pasado, era algo vergonzoso y odiaba la idea de tener que aceptar que el título del que se jactó por años no era verdaderamente suyo. Además, era sabido que mientras más personas lo supieran, más probabilidades de que la verdad saliera a la luz existía.

Claro ejemplo lo que le ocurrió a Seraphina.

Al menos Zachary se encontraba en un barco camino a España, eso lo aliviaba demasiado porque ciertamente su comportamiento le había dejado mucho qué pensar. Ese joven que a penas y sabía de la vida realmente llegó a amar a Seraphina, cuando lo vio tan desesperado sintió algo de pena por él; el destino no lo quiso para ella porque si las cosas hubieran sido diferentes y Seraphina se le hubiera sido entregada a su abuela, él se encontraría en la misma situación que el

rubio.

Una vez en su casa se sirvió una copa de coñac y pensó en sus próximos movimientos para acercarse a su esposa, ella aún estaba conmocionada por la noticia y no tenía la menor idea de cuánto tiempo mantendría a sus nuevos demonios en ella.

Deseaba traerla a su casa, hacerle el amor de nuevo y decirle que de ahora en adelante su vida cambiaría para siempre, que por ella y sus futuros hijos dejaría el juego, que buscaría ser un hombre mejor.

Pero ahora no podía, no mientras ella no accediera a reunirse con él.

«Dile la verdad».

No, no podía decirle que era un bastardo. Ella lo rechazaría, dejaría de amarlo y lo miraría con desprecio. Él no era hijo de ningún noble, su sangre ni siquiera era azul, era por eso que Victoria le impuso casarse con su nieta de sangre, para que así el heredero llevara la sangre de un Pierce en las venas.

No eran los primeros primos que se casaban, quizá con el tiempo ella aceptaría su destino y volvería a abrirle su corazón, puesto que si era franco: no tenía la más mínima intención de decirle que era el producto de una aventura de su madre.

Por eso no podía culparla por no seguir a su corazón, porque él que inventó el dicho: «el amor lo puede todo», no tenía la menor idea de lo que decía. Él, por mucho que amara a Seraphina, no se creía capaz de decir en voz alta que era un bastardo.

Eso era imposible.

Capítulo 20

Los días transcurrieron con una lentitud aplastante y Lucien le dio otra larga calada al puro que degustaba en aquel momento mientras su madre se desplazaba de un lugar a otro por su despacho, totalmente encolerizada.

—¿Cómo es posible que no nos tomen en cuenta para ningún evento y tu mujer esté invitada a todos?

La respuesta era demasiado sencilla: su abuela estaba detrás de todo.

No le interesaba que no lo invitasen a sus aburridas fiestas aristócratas, pero ciertamente lo irritaba saber que Seraphina estaba en ellas haciendo quién sabe qué.

—Victoria se está saliendo con la suya, ahora que por fin tiene a su adorada nieta bastarda junto a ella empezará a dejarnos de lado. —Su madre estaba exagerando, era normal que Victoria no los tomara en cuenta porque Juliet era simplemente irritante cuando se lo proponía—. Te usó para que te casaras con ella y ahora te desecha como si fueras un trapo viejo.

No diría lo mismo, dado que Victoria los seguía manteniendo sin objetar y nunca fue egoísta con su persona.

—No me lo puedo creer, esto no se quedará así.

—Madre. —Una simple mirada bastó para que midiera sus palabras.

—No lo comprendo, Lucien, ¿cómo pudiste aceptar que nos haga esto? Deberías buscarla, hablar con ella y exigir tus derechos. No puede excluirnos de la sociedad así como así, que sirva de algo que esa gorda y fea mujer sea tu esposa.

—¡Suficiente! —bramó irritado, odiando que se refiriera así de la mujer que amaba.

Seraphina era maravillosa y su belleza era indiscutible, por lo que si no era por las buenas haría que su madre la respetara por las malas.

—Si hablará de mi esposa hágalo con respeto porque no toleraré un insulto hacia ella, ¿me entiende? —aseveró con rudeza y al ver la conmoción en el rostro de su madre, no tuvo más remedio que contarle la verdad, de lo contrario ella nunca pararía—. Seraphina es maravillosa y es la mujer que amo, madre. No me gusta que hable así de ella y estoy cansado de sus pataletas, suficiente tengo con tener que lidiar con toda la compañía masculina que seguramente recibe en las fiestas a las que Victoria la lleva.

Juliet lo miró con incredulidad, como si la idea de que amase a su esposa fuera absurda, y después de unos segundos rompió el silencio con una sonora carcajada.

—Estás bromeando, ¿verdad? No puedes amar a esa muchacha, es horrible, Lucien.

—Es perfecta —corrigió.

—No, tú la odias y lo haces desde que te enteraste que ella es la nieta a la que Victoria le dejará toda su fortuna —farfulló irritada, recordándole el por qué en el pasado fue grosero con Seraphina.

Siempre le tuvo envidia, porque ella era una Pierce y él un bastardo, un muchacho oportuno que nació en una cuna que no le correspondía. Sin embargo, su odio nunca estuvo justificado porque pese a todo Victoria siempre fue muy buena con él y no le culpó por el error que Juliet cometió en

el pasado.

—Por culpa de ella te casaste; porque si no era ella, Victoria no nos brindaría más dinero. ¿Acaso no recuerdas la rabia que sentiste en ese momento?

—Pero ella no era la culpable de nada, madre —espetó con frialdad—. Ella sólo fue una víctima en todo esto, fui yo quien la drogó.

—Tonterías —pateó el piso, enfadada—. Si no hubiera sido por ti, ella seguiría estando soltera. Debería ser más agradecida. —Aquel comentario hizo que su madre abriera los ojos sorprendida y lo mirara con entusiasmo—. Ella debe llevarnos a los eventos, ordénale que nos informe sobre su calendario, no pienso quedarme fuera de sociedad por su regreso.

—No lo haré, madre. Lastimosamente Seraphina nunca me obedece.

Algo que, si era sincero, le fascinaba.

—¡Pues haz que te obedezca!

—¡Suficiente! —Perdió los estribos y su madre respingó, asustada—. Salga de mi despacho, madre. Y no vuelva a importunarme porque sigo pensando qué diantres haré para traer a mi mujer a mi casa.

—Per...

—Y la va a respetar, porque si llego a enterarme de una falta hacia mi esposa la enviaré a otra de mis propiedades, ¿entendido?

En su vida le había hablado así a su madre, por lo que la pelinegra selló los labios y dándole un leve asentimiento salió de su despacho para dejarlo tranquilo.

Se frotó las sienes con cansancio, frustrado por el cómo se desarrollaron las cosas, pero no existía otra opción. Si no controlaba a su madre ella no sería de ayuda para reconquistar a su esposa. Durante años veló por la felicidad de Juliet y ahora ella tendría que dejar su egoísmo de lado y pensar en la suya.

Salió de su casa sin muchos deseos de compartir el té con su madre y se dirigió hacia la casa de Blandes. Hace unos meses, cuando lo había visto sufrir por amor, le había parecido un hombre patético y débil, pero ahora debía admitir que comprendía su sufrimiento.

Estar sin la mujer de tu vida era un suplicio.

Llevaba más de una semana sin ver a su esposa y estaba al borde de la locura, necesitaba verla, saber cómo estaba y rodearla entre sus brazos por horas. Sabía que las cosas con su familia habían terminado bien, o al menos eso fue lo que pensó cuando la vio junto a sus padres por Hyde Park hace unos días, al final Seraphina fue lo suficientemente inteligente como para no atormentarse con el pasado de sus padres.

No obstante, el más afectado fue él.

Zachary Aldrich seguramente estaría regocijándose por su triunfo.

—Portman, qué sorpresa tenerte por aquí —espetó su buen amigo cuando sintió su presencia en el salón después de que lo anunciaran y sin acostumbrarse a su ceguera, se acercó a él para saludarlo.

Blandes fue víctima de la locura de su tía y como resultado, después de toda una persecución, terminó sufriendo dos impactos de balas y cayendo por las escaleras recibiendo un fuerte golpe en la cabeza que le arrebató la visión. Nadie sabía cuánto tiempo duraría, pero algunos ya se habían resignado a que sería una ceguera perpetua.

—Estuve de viaje —comentó con una sonrisa ladina, no podía decirle que estuvo en una fiesta de perdición siguiendo a su alocada esposa.

—Te siento diferente. —Alzó las cejas, sorprendido—. ¿Ocurrió algo?, ¿el regreso de lady

Portman tiene algo que ver con tu comportamiento?

Suspiró con resignación, ladeando la cabeza; frustrado. Sus sentimientos eran tan fuertes que ni siquiera podía esconderlos de un invidente.

—Me tiene loco, Blandes.

—¿Hizo algo malo? —Frunció el ceño, confundido—. Sé que lady Portman es un poco incontrolable pero qué pudo haberte hecho para tenerte en este estado.

—Embrujarme, enamorarme locamente y luego rechazar todo lo que siento por ella como si fuera basura.

Por un momento vio la estupefacción en el rostro de su amigo, pero luego se molestó al ver su burlona sonrisa.

¡No era gracioso!

—Así es el amor, Portman.

—Debió quedarse en el campo —soltó sin pensarlo, pero luego recordó que todo este tiempo ella estuvo en Las garras de Lucifer, dándole vida a Rosemary.

Era el peor esposo de Gran Bretaña.

Después de Devonshire, claro está.

—No sé si te interesa, pero ella está con Aline en el salón verde tomando el té.

Las manos le sudaron por la anticipación y vio como Blandes se incorporaba y se apoyaba en el bastón que usaba como guía para moverse dentro de su casa. No necesitó pedirle ayuda para reunirse con ella porque pronto le pidió que lo acompañara a tomar el té con las damas.

Ingresaron al salón y su cuerpo reaccionó con adrenalina al ver a su esposa riendo junto a lady Blandes y lady Edevane, la prima de la cual Blandes descubrió su existencia hace poco. Las tres damas se volvieron en su dirección y la primera en recibirlos alegremente fue lady Blandes, quien no dudó en acercarse a su esposo y guiarlo a la mesa para que se uniera a ellas.

Saludó a las damas como correspondía y sin dudarle ni un segundo se sentó junto a su esposa y sujetó su mano para besarla por un largo lapso.

—Te ves maravillosa, querida —musitó con voz aterciopelada, lamentando ver la desesperación en su semblante.

¿Tanto le importaba el parentesco que según ella tenían?

—Gracias, milord.

Seguía molesta con él por esconderle la verdad, pero no había nada que él pudiera hacer al respecto. Ese secreto no era algo que uno pudiera contar a los cuatro vientos así como así.

La reunión de té transcurrió con normalidad y cuando su esposa se despidió de todos, Lucien fue astuto e informó que se iría con ella. Seraphina no tomó nada bien la noticia y cuando salieron de la casa, él despachó a su cochero informando que se iría con su esposa.

—Vete a casa, Lucien, tú y yo no tenemos nada de qué hablar —chilló irritada, viendo cómo se montaba al vehículo, y sin decirle nada al respecto golpeó el portón y este se puso en marcha.

—Aún tengo algo que decirte.

—¿Qué? —preguntó exasperada.

—Lo siento.

Nunca quiso herirla, si bien hace mucho tiempo desarrolló un leve resentimiento hacia ella, este ya no existía en su ser.

—¿Qué sientes, Lucien? —Lo encaró sin temor alguno—. ¿Sientes haberme mentido por años?, ¿sientes haberte aprovechado en varias ocasiones de tu prima?, ¿o sientes haberme atado a este matrimonio bajo artimañas?

—Sólo siento no haber podido evitar que tu hermano abriera su boca, de lo demás no me arrepiento ni un ápice —soltó con franqueza y cautamente se sentó junto a ella—. Nunca te mentí, nadie lo hizo, sólo queríamos protegerte. —Ella bajó la mirada y sutilmente la abrazó por la cintura—. No me arrepiento de haberte hecho mía un sinfín de veces, me arrepiento de no haberlo hecho desde nuestra noche de bodas. Te amo, Seraphina. —Ahora ella alzó el rostro con la sorpresa impresa en su semblante—. Y tampoco siento haberte hecho mi esposa, tú naciste para ser mi mujer.

Sin comprender por qué nuevamente se alteraba, Lucien dejó que lo apartara de un empujón y contó hasta diez para mantener la calma y no perder los estribos allí mismo.

—Pienso irme cuando dé a luz.

—¿Cómo? —Abrió los ojos, atónito, y ella se removió inquieta.

—Estoy encinta, ahora sólo debemos esperar que tu heredero nazca.

—Nuestro hijo, querrás decir. —Apretó la mandíbula, jamás concebiría que ella los abandonara; ¡eran una familia!

—Me acerqué a ti para embarazarme, mi plan siempre fue tener a tu hijo y luego largarme sola, no veo razón alguna para cambiar mis proyectos ahora.

—Nos amamos, Seraphina —bramó con impotencia—. Esa razón es más que suficiente para que aceptemos tener un final feliz.

—¡El amor no existe! —soltó con tristeza, haciéndolo sentir miserable—. Es algo que las personas idealizan para sentir que la conexión que tienen con la otra persona es algo especial.

—Tú me amas.

—No, lo que siento por ti es algo que morirá con el pasar de los días.

¡Esa mujer era exasperante!

—No si yo no lo permito.

Sin perder un segundo más se abalanzó sobre ella y tomó posesión de sus labios sin reparo alguno, envolviéndola firmemente con sus brazos en caso de que intentara escapar. Lo que ellos sentían nunca moriría, él jamás aceptaría que algo así ocurriera.

—Mmm... —gimió ella al sentir como se abría paso en su abrasadora boca y lo abrazó por el cuello sin deseo alguno de dejarlo ir. Se pegó a él, disfrutando de la unión de sus extremidades y sin perder el tiempo intentó abrirle los pantalones.

Lucien la ayudó con rapidez, haciéndola caer al piso del carruaje mientras este se sacudía, y con ayuda de la rubia se encargó de subir todas las telas que cubrían sus piernas.

¿A quién quería engañar la tozuda de su mujer? Lo que ambos sentían no moriría ni en tres vidas.

—Esto no está bien —soltó con impotencia, flaqueando en cada una de sus palabras, y él posicionó su rodilla por encima de su hombro.

—Hacerle el amor a tu esposa no es un pecado.

—Pero somos... —La calló con un beso, ayudándola a olvidar la culpa que aún la carcomía por dentro.

No eran familia, maldita sea, no aceptaría una separación por sus prejuicios.

La penetró con dureza, sintiéndola tensarse en sus brazos, y entre jadeos y suspiros lastimeros ella se entregó a él sin reserva, permitiéndole tomar todos sus miedos con desespero. Ambos sucumbieron al placer y alcanzaron la culminación al mismo tiempo, uniendo sus labios con vehemencia. Con las respiraciones agitadas y los cuerpos sudorosos, Seraphina dejó que la primera lágrima de culpabilidad se deslizara por su mejilla, dejándolo perplejo.

Rompió todo contacto al verla romper en un suave llanto y algo en su interior se estrujó al no ser capaz de controlar sus sentimientos ante esa imagen. Ella nunca se derrumbó de esa manera ante él, ni siquiera cuando Zachary le dijo que era una bastarda.

Tragó con fuerza, sintiéndose un ser ruín y egoísta por generarle tantos demonios internos a la mujer que amaba con cada fibra de su ser.

—No llores, mi amor —pidió con voz ronca, estirando la mano para acariciar su mejilla.

Ella retiró el rostro.

—No puedo evitarlo, tú y yo somos...

—Soy un bastardo.

La amaba tanto, que no quería que siguiera sufriendo. La amaba tanto, que no deseaba que se culpara por cometer incesto y tener un hijo de ambos en el vientre. Estaba tan loco por esa mujer, que prefería renunciar a ella por su rechazo que seguir viéndola en ese estado en el cual no era capaz de reconocerla.

—El vizconde de Portman nunca pudo concebir y soy el resultado de un desliz de mi madre, por eso es que nadie se rehusó a nuestra unión, mi amor, porque tú y yo sí nacimos para estar juntos, porque tu lugar es en la familia Pierce junto a mí. Victoria siempre lo quiso así desde el día que naciste.

Seraphina se incorporó con rapidez, sentándose en el asiento que estaba en frente, y se alejó de él como si su contacto la quemara.

Él sonrió con amargura.

—¿Te avergüenza saber que soy un bastardo?, ¿lamentas saber que llevas en tu vientre al hijo de un donnadie?

Ella negó con rapidez, pero no fue capaz de emitir palabra alguna.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó con un hilo de voz y él sonrió con desgana.

—Porque sabía que me rechazarías, porque a diferencia tuya yo no tengo sangre azul. —Se incorporó con parsimonia y sin molestarse en mirarla por última vez, arregló el estado de sus prendas—. Pero no tolero verte así, no puedo con la idea de romper todos tus ideales por una vil mentira. No te sientas mal por ser mi esposa, ya conoces mi mayor secreto y espero sepas guardarlo.

Golpeó el carruaje con fuerza para que este detuviera su marcha.

—Lucien...

—No quiero tu compasión, Seraphina —espetó con amargura—. Acepto tu trato, aceptaré a mi hijo cuando lo tengas y dejaré que te libres de este vergonzoso matrimonio.

Salió del carruaje sin mirar atrás y buscó uno de alquiler para llegar a su casa lo antes posible.

Al final, el amor sí lo podía todo.

Él había renunciado a Seraphina para que ella fuera feliz y si bien sentía un nudo en la garganta, el alivio que lo invadió en ese momento no tuvo precio. No quería volver a ver esas lágrimas en su mísera existencia.

Capítulo 21

Era una estúpida, una tonta e idiota que no fue capaz de articular palabra en el momento más importante de su vida: cuando su marido le confesó un secreto que seguramente llevaba años carcomiéndolo por dentro.

Y lo hizo por ella.

Nuevamente sintió una emoción embriagadora en el pecho y sonrió tontamente.

No eran primos, ¡lo suyo sí era posible!

¿Era eso a lo que Victoria se refirió cuando se vieron hace unos días?

No te atormentes por ello, querida, llegará el día en que Lucien te dirá algo muy importante y lo hará porque te ama.

Si no le dijo nada en su momento fue porque jamás pensó que él sería un hijo ilegítimo de lady Juliet, no porque sintiera asco o vergüenza de él. Maldición, ella también era una bastarda y le importaba muy poco si su sangre era azul o no.

¡Lo amaba!

Tenía que hablar con él, decirle que no pensaba irse a ningún lugar y se quedaría con él y el hijo que ahora mismo crecía en su vientre. Se abrazó el abdomen, permitiéndose respirar con alivio después de tantos días de tensión, y se imaginó el gran futuro que le esperaba junto a Lucien.

Por fin podrían ser felices, ya no existía razón alguna para mantenerse alejada de su marido ni tolerar la idea de que él tuviera que buscarse a otra mujer para formar su familia.

Tenía que hablar con él, era tarde pero estaba dispuesta a ir a su casa para aclarar de una vez por todas todos los malentendidos que estaban viviendo. Ya no quería seguir perdiendo el tiempo, suficiente tenía con los dos años que se alejó de él y decidió no luchar por su matrimonio como para añadir más tiempo a su sufrimiento.

Ordenó que le prepararan el carruaje, era un poco más de las diez pero no le importaba. A fin de cuentas la casa de Lucien era la suya y ella podría ir cuando quisiera.

—Milady, su hermano desea hablar con usted.

¿Connor?, ¿qué hacía su hermano a esa hora en su casa? Se dirigió al recibidor y frunció el ceño al verlo cruzado de brazos, algo disgustado por tener que estar allí.

—¿Ocurrió algo?

—Sucede que me informaron que tu marido entró a Las garras de Lucifer sin membresía y como ni tú ni Zachary estuvieron allí para poner orden, no hay nadie capaz de sacarlo del club.

No podía ser verdad, Lucien no podía volver al juego justo ahora que tenía pensado dejarlo. Eso sólo lo hundiría.

—Yo me encargaré de todo —determinó con voz firme y se encaminó hacia su carruaje.

—A ver si de una vez por todas te dignas en ser feliz, Seraphina. —Fue lo último que llegó a escuchar por parte de su hermano antes de montarse a su vehículo y ordenar que la llevaran hacia Las garras de Lucifer.

Ni bien ingresó al lugar que fue su hogar durante dos años pidió a su doncella que la ayudara a

disfrazarse de Rosemary y agradeció que su agilidad brillara aquel día. Una vez que tuvo la peluca puesta y su vestido carmesí en orden, abandonó su alcoba y salió al salón de juegos de su club.

Lucien estaba en una mesa completamente solo, sumergiéndose en el alcohol mientras la nueva cortesana intentaba seducirlo.

Empuñó sus manos con ira contenida y gracias a los santos uno de los lacayos llevó a la mujer lejos de su hombre porque no tendría reparos a la hora de dejarla calva. Él se inclinó sobre la mesa, como si estuviera esperando a alguien, y levantando el mentón se acercó a la mesa y tomó asiento frente al pelinegro.

—¿A qué debo el honor de su visita, querida? —Ironizó con una sonrisa burlona, ingiriendo el líquido ambarino de su copa, y lamentó ser la culpable de su estado—. Yo, un simple...

—Basta —ordenó, mirando a los alrededores.

—¿Qué?, ¿te avergüenzas? —Ver el dolor en sus hermosos ojos grises no la hizo sentir mejor, él realmente estaba afectado por la verdad que le confesó esa tarde.

—No, sólo no quiero que cometas un error del cual puedas arrepentirte toda tu vida.

—Ya me enamoré, ¿qué otro error puedo cometer?

Se sintió dolida por sus palabras, pero no dejó que se le notara. Él estaba actuando así por el efecto del alcohol, estaba segura que el día de mañana se arrepentiría por hablarle de ese modo.

—Quiero quedarme contigo, Lucien —musitó con sinceridad, dejando que él conociera sus verdaderos sentimientos, y no supo qué hacer mientras él guardaba silencio.

Respingó cuando lo vio llamar a uno de los lacayos para pedirle que le trajera las cartas.

—Apostemos.

—¿Qué?, ¿por qué?, ¿no es esto lo que ambos queríamos?

—Después de ver tu semblante esta tarde, no quiero nada contigo —escupió con desprecio, inclinándose sobre la mesa—. Si tú ganas, iniciamos nuestra vida de felizmente casados desde mañana. —Tragó con fuerza, ¿cómo fue que las cosas terminaron así?—. Pero si yo gano, cumplirás tu palabra y una vez que des a luz me entregarás a mi hijo y te largarás lejos de mi vista.

Endureció su semblante, odiaba que le hablara de ese modo, pero comprendía sus razones; estaba dolido y para un hombre como su marido el golpe que le dio en el ego esa tarde era algo que no sanaría tan fácilmente.

—De acuerdo.

Él siempre perdía, no tenía suerte en el juego y a diferencia suya: ella siempre conseguía lo que quería; y esa noche lo quería a él para toda la vida.

El lacayo llegó con las cartas y ordenó que empezara a repartirlas.

Se estaba jugando mucho al aceptar la propuesta de Lucien, más porque sabía que no sería capaz de irse y dejarlo a él y a su hijo, pero necesitaba demostrarle que le importaba, que estaba dispuesta a luchar por su felicidad sin importarle si era o no un bastardo. Lo hirió profundamente al quedarse sin habla en el carruaje, en ese momento no pudo pensar con claridad, y ahora debía hacerle frente a su terrible error.

El juego inició y no se sintió a gusto con sus cartas, apenas tenía dos pares, pero por supuesto mostró un rostro inexpresable imaginándose que la sonrisa burlona de su esposo sólo sería una treta para confundirla y hacerla actuar sin meditar sus jugadas.

No caería en su juego, no dejaría que la engañara.

Esa debía ser su partida, eran dos pares de As, no podía perder con esa mano contra el hombre más desafortunado en el juego que existía en Gran Bretaña.

Llegó la hora de mostrar sus cartas y Lucien le hizo un gesto con la mano.

—Las damas primero.

Con una sonrisa triunfante enseñó sus dos pares y la esperanza resurgió en su pecho al ver que de pronto se ponía serio y clavaba la vista en sus cartas. Él debía perder, ellos necesitaban una oportunidad para ser felices.

¡Zachary no podía echarle a perder la vida!

—Espero sepas a donde te irás, querida, porque tengo una flor imperial.

Enseño sus cartas, provocando que la sangre se le congelara, y sin entender cómo era posible que él ganara justo esa partida, lo miró ojiplática.

Lucien le regaló una sonrisa retorcida y se recostó en su asiento, satisfecho.

—Eres libre, ahora sal de mi vista.

Apretó la mandíbula totalmente dolida por sus duras palabras y evitó que las lágrimas la asaltaran. Hace dos años ella se había alejado de él por voluntad propia, pero ahora era su esposo quien la estaba obligando a abandonarlo cuando entre ellos había más que un simple contrato matrimonial.

Se amaban, pero los prejuicios los estaban condenando.

Podía rogarle, decirle que no lo hiciera, pero eso no iba con Seraphina Pierce.

¿Él la quería lejos?; pues que así fuera.

—Sólo quiero dejar en claro una cosa, Lucien. —No podía irse sin decirle lo que realmente pensaba. Él la miró con sequedad, esperando que hablara—. Mi silencio de esta tarde no fue por lo que tú piensas, la sorpresa que me generó la noticia me dejó fuera de mis sentidos no por lo que significaba, sino por lo que para ti representaba tener que decirme ese secreto.

—Vete, ya perdiste. —Retiró la mirada.

—Antes de venir al club tenía pensado ir a buscarte a tu casa, quería un inicio para ambos, pero ahora eso es imposible.

Él no le dijo nada.

—Te amo, Lucien, y espero que este sentimiento que siento por ti pueda morir el día que tú mismo me envíes lejos de la familia que siempre quise tener. —Se incorporó, ahogando las lágrimas que quería expulsar, y sin esperar una respuesta le dio la espalda y se dirigió hacia la salida de Las garras de Lucifer.

Ya no tenía nada más que hacer allí.

—¡Tú, maldita zorra! —Una voz desconocida resonó en sus tímpanos y antes de poder identificar a su dueño, se vio arrastrada hacia atrás por una fuerza mayor y enviada hacia una de las mesas de juego haciendo que todos se exaltaran y las piezas cayeran al piso.

¿Qué diantres...?

Levantó la mirada y vio al señor Peterson fuera de sí, él era uno de los comerciantes más adinerados de la ciudad, nunca antes se había dirigido a Rosemary y no comprendía por qué ahora reaccionaba de una manera tan violenta.

—Señor Peterson. —Hizo una mueca adolorida por el golpe que recibió en la costilla, pero no se encogió—. ¿Puedo saber qué le su...?

—¡Sin el conde de Ross como tu protector tú no vales nada! ¡Hoy mismo te enseñaré el trato que merecen las zorras como tú!

Se abalanzó contra ella, dispuesto a golpearla, y conteniendo el aliento esperó que la mano del grotesco hombre impactara contra su rostro. Sin embargo, eso nunca sucedió y sólo llegó a ver cómo alguien lo embestía hacia atrás llevándolo a caer sobre la mesa de la ruleta.

Era la primera vez que le ocurría algo así dentro de su propio club y estaba conmocionada, apenas y podía pensar con claridad por el miedo que le recorría por las venas. Iba a golpearla, ese imbécil pretendía golpearla sólo porque ahora no contaba con la protección de Ross.

—¡Va a matarlo! —El grito de uno de los miembros del club la obligó a regresar a la realidad y cuando dirigió la vista hacia el hombre que estaba golpeando fieramente a Peterson, las piernas le temblaron.

—¡Basta! —chilló espantada, sujetando del brazo a Lucien para que se alejara del hombre que ya estaba inconsciente.

—¡Voy a matarlo, es un malnacido! —bramó fuera de sí, intentando zafarse de su agarre, y Seraphina se permitió sollozar amargamente.

—No más, Lucien —musitó débilmente, sintiéndose indispuesta por el fuerte olor a sangre.

Él se quedó inmóvil, entrando en tensión, y bajó los brazos con frustración mientras miraba el cuerpo laxo del hombre que pretendió golpearla.

—Debí protegerte desde un principio —soltó con voz rota, aún estático en su lugar—. Creí que te encargarías de él con facilidad, pero...

Pero ninguno de los dos recordó que era una simple mujer incapaz de protegerse de la bestialidad de un salvaje.

—Sácame de aquí, por favor —imploró con tristeza y la voz de su hermano llegó a sus oídos.

—Yo me encargaré de todo, lleva a Rosemary a un lugar seguro —ordenó Connor con frialdad, inspeccionando el cuerpo de Peterson con el pie—. Sigue con vida, pero no creo que sea por mucho tiempo, meterse con Rosemary es llamar a las puertas del infierno —anunció en voz alta, dejando claro que no quería que ella volviera a sufrir un asalto de ese tipo.

Lucien la tomó en brazos, sorprendiéndole nuevamente por la fuerza que tenía, y Seraphina lo abrazó por el cuello enterrando el rostro en su pecho. Una vez en el carruaje él se limitó a pegarla contra su pecho mientras acariciaba su nuca en silencio y Seraphina se permitió disfrutar del momento en silencio por unos minutos, dado que había algo que no podía quedarse en su mente, atormentándolo.

—No es tu culpa, yo me confié.

—Perdóname —soltó frustrado, presionando su abrazo, y sonrió con ternura.

—La próxima vez tendré más cui...

—No puede haber una próxima vez.

—No volverá a suceder, se te olvida que sé cuidarme sola.

—No pienso dejarte sola otra vez.

Lo buscó con la mirada y acarició su barbilla, pensativa.

—No quiero tu protección de ocho meses, Lucien, eso...

—Toda la vida, mi amor. —La piel se le erizó cuando él acunó su mejilla y los ojos se le llenaron de lágrimas—. No puedo dejarte, no puedo permitir que te marches, te amo como no tienes idea y creí que lo mejor sería dejarte marchar, que así serías libre de hacer lo que quisieras, pero soy un egoísta y prefiero tenerte a mi lado.

—Yo tampoco quiero irme. —Estiró el cuello para besarlo en los labios—. Llévame a nuestra casa, quiero quedarme en tu cama y no salir de allí en mi vida.

El carruaje se detuvo y supuso que aún no era el momento de presentarse en la casa de lady Juliet, la madre de Lucien la odiaba y para el pelinegro ella siempre sería su prio...

—Me alegra que estés predispuesta a quedarte en mi cama toda una vida porque si no me vería obligado a usar las cadenas.

Parpadeó varias veces, confundida, y sonrió abiertamente cuando la puerta del carruaje se abrió indicándole que estaban en la casa de su esposo, su nuevo hogar.

Se incorporó un poco para susurrarle algo al oído.

—No me molestaría ser encadenada a tu cama —bromeó con picardía y se mordió el labio inferior cuando él presionó su agarre.

—¿Aceptarías ser mi sumisa una noche? —Enarcó una ceja, siguiéndole el juego, y ella se encogió de hombros.

—Puedo aceparlo, siempre y cuando tú lo seas durante dos noches.

Lucien lanzó una estridente carcajada y despertando a la mitad de la servidumbre, él la llevó hacia su alcoba dando órdenes de que mañana a primera hora se enviara a los lacayos a la casa en Mayfair de Victoria para recoger los baúles de su mujer, puesto que la señora de la casa había vuelto a su hogar.

FIN

Epílogo

—No me lo puedo creer —susurró con incredulidad viendo por la ventana del despacho de su esposo lo que sucedía en el exterior de su casa.

—¿De verdad? Yo lo veía venir —comentó Lucien, evaluando su libro de cuentas que había empezado a tener movimiento desde que Connor decidió brindarle el puesto que Zachary dejó en Las garras de Lucifer para asegurarse de que ella siguiera teniendo protección.

Sí, ahora ambos manejaban uno de los clubes más populares entre los burgueses.

—No me soportó ni siete meses.

—En ese sentido mi madre fue paciente —bromeó su marido y cerrando el libro de cuentas, lo dejó de lado y se acercó a ella.

Ambos intercambiaron una mirada de complicidad y rieron por lo bajo.

Al final la vizcondesa viuda, su no muy adorada suegra, había decidido mudarse de la casa de su hijo porque según ella: vivir bajo el mismo techo que su nuera era imposible, algo que Seraphina no comprendía porque su comportamiento era digno del de un ángel caído del cielo.

—Es lo mejor, mi amor, no deseo que nada te estrese durante el embarazo.

Seraphina esbozó una sonrisa mientras su esposo acunaba su abultado vientre y después ladeó la cabeza, divertida. No había día que Lucien no sintiera ansiedad por el nacimiento de su hijo, la idea de tener al fruto de su amor en brazos lo estaba volviendo loco; y ni qué decir de Victoria, se veía tan feliz por el cómo las cosas habían terminado para ellos que ahora aportaba una gran suma de dinero al club que ambos manejaban para ayudarlos de alguna forma a reestablecer la fortuna que tiempo atrás su marido perdió en el juego.

Gracias a Dios nunca más sintió la necesidad de participar en uno.

—Pronto llegará navidad, ¿pensaste dónde pasaremos las fiestas?

—Sí, Blandes nos invitó a su casa de campo y he decidido aceptar.

Eso quería decir que irían todos los amigos del duque y su familia política. Recordó que Aline sería una grandiosa compañía y sonrió con emoción contenida.

—He de suponer que lady Devonshire también irá, ¿no es así? Desde hace unos meses que empezó a ser vista nuevamente en la ciudad —aunque debía admitir que su estado era algo lamentable—, dudo que su esposo la deje.

Lucien hizo una mueca y eso bastó para que ella comprendiera la respuesta: Devonshire no tenía interés alguno de pasar con su esposa las fiestas navideñas.

Jamás comprendería lo que estaba ocurriendo dentro de ese matrimonio, pero suponía que en el momento menos pensado el conde de Ross volvería para ayudar a la pobre muchacha que estaba condenada a ser la esposa del despiadado conde de Devonshire.

Era un milagro que el hombre siguiera vivo, Ross ya lo habría matado desde hace mucho.

—¿Llevaremos a tu madre? —jugeteó con el pañuelo de su marido y él asintió.

—Así no lo quiera.

Era lo mejor, lo menos que quería era que lady Juliet sintiera que quería robarle a su hijo. Tarde o temprano terminaría conquistando a su suegra, ella era irresistible.

Siete años después.

Había pasado tanto tiempo desde que vio por última vez a su mellizo —porque para Seraphina jamás dejaría de serlo—, que apenas y podía reconocer en él al jovencuelo que tiempo atrás fue su mejor amigo.

Zachary estaba hecho todo un hombre, sus rasgos se habían endurecido con el pasar de los años y su barba le daba un aspecto varonil y sofisticado. Al final le había tomado casi ocho años regresar a su hogar y lo había hecho de una manera bastante original desde su perspectiva, dado que jamás se habría imaginado que su hermano se casaría con una americana.

Observó a su cuñada con curiosidad; era sólo una niña, según lo que su madre le dijo tenía dieciocho años, por lo que dedujo que el embarazo de la joven era una de las razones para que su hermano hubiera accedido a casarse con ella.

¿Qué habría ocurrido entre ellos?

Claramente Blair no pertenecía a la clase alta ni de los yanquis.

Pudo percatarse que aún le costaba comprender qué cubierto era el indicado para cada plato y que incluso su acento era extraño, ella había hablado con muchos americanos y ninguno se asemejaba al de Blair. Normalmente los yanquis caminaban con soltura y trataban de encajar entre ellos, pero esa hermosa muchacha de ojos color violeta y cabellera color miel, apenas y podía mirarlos a los ojos por más de tres segundos.

Clavó la vista en su hermano y Zachary enarcó una ceja, burlón, al ver como observaba a su esposa.

Él sabía lo que estaba pensando, por lo que miró de reojo a su mujer y luego encogió los hombros como si no le importara en lo absoluto lo que ella y los demás pensarán de Blair.

Buscó a Connor con la mirada y su hermano asintió, confirmándole sus sospechas.

La única razón por la que su hermano se casó con Blair: era el bebé que tenía en su ya abultado vientre.

Sintió algo de pena por la muchacha; no obstante, de alguna forma vería una manera de ayudarla a sobrellevar la vida inglesa junto a sus duros habitantes, quienes seguramente serían muy duros con ella.

Gracias a Dios, su madre y su suegra no dudarían en apoyarla, aunque la última adoraba pasar la mayor parte del tiempo en Las garras de Lucifer con su adorado disfraz para entretenerse todas las noches.

¿Quién diría que Juliet llegaría a amarla tanto por sacarla de su monótona y aburrida vida aristócrata?

Sonrió de lado, al final la familia Pierce sí resultó ser la familia perfecta para ella.

Nota de autora.

Querido lector:

Deseo que en este momento te encuentres muy bien de salud al igual que tu familia, actualmente el mundo está en una lucha conjunta y espero el triunfo esté de nuestro lado. Muchas bendiciones para ti y tus seres queridos.

Gracias por acompañarme en la historia de Seraphina y Lucien, quienes debo confesar son mi pareja favorita. El siguiente libro es de los condes de Devonshire y espero poder presentártelo para Julio.

Para obtener mayor información de mis historias, te invito a seguirme en mis redes, donde podrás encontrarme como:



Vanny Ferrufino.